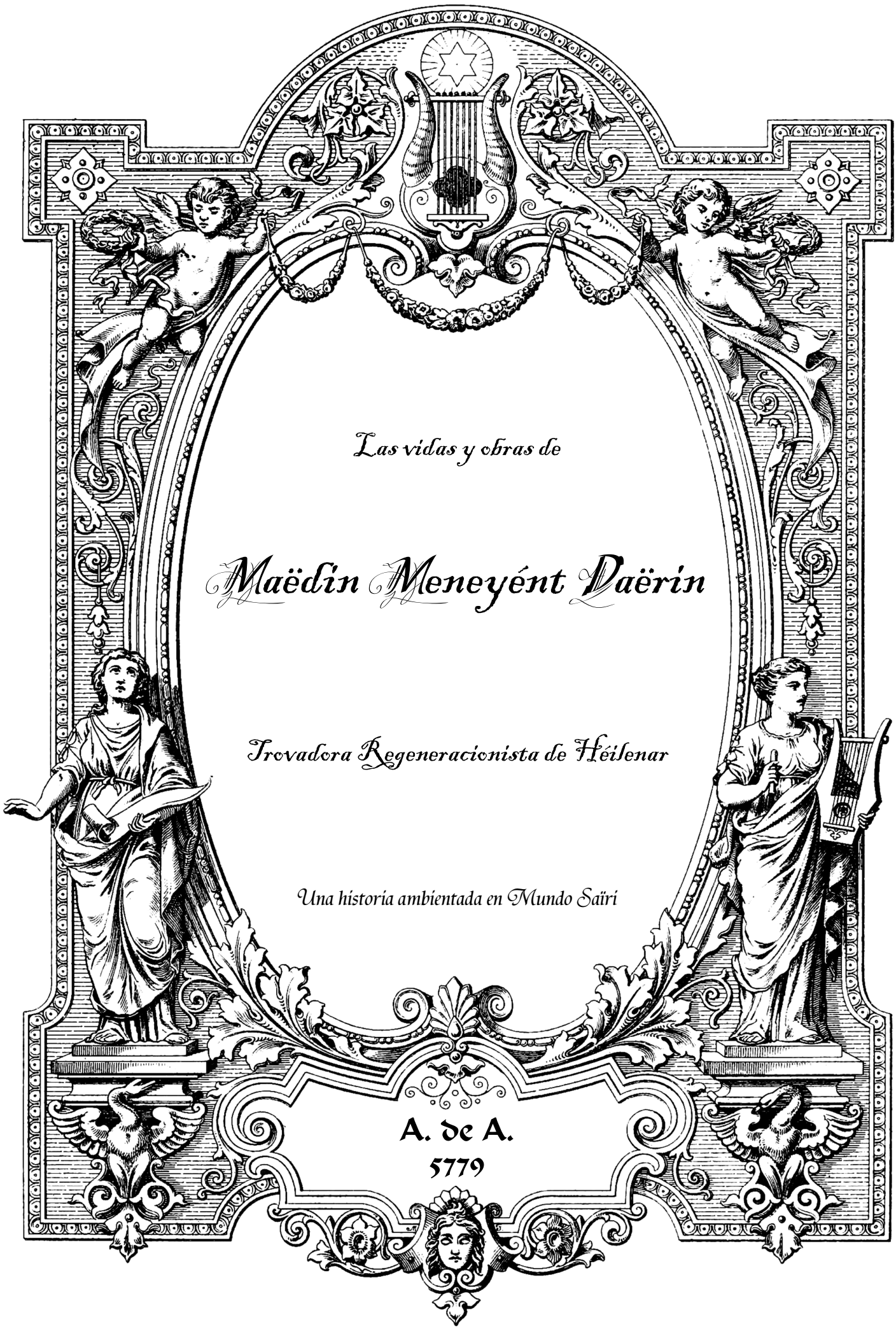


Las vidas y obras de

Maëdin Meneyént Daërin

Trovadora Regeneracionista de Héilenar

Una historia ambientada en Mundo Saïri

A. de A.

5779

Estimado Lector:

Haz de esta obra cuantas copias quieras,

y obséquialas gratuitamente a tus amigos, parientes, vecinos, clientes...

Solo te pediré que no te lucres con ella, pues tampoco yo lo hago

A. de A.

(Agla de Agartha)

Obra registrada en "Safe Creative"

31/05/2019 1905311039680

Puedes enviarme tus críticas, comentarios e impresiones

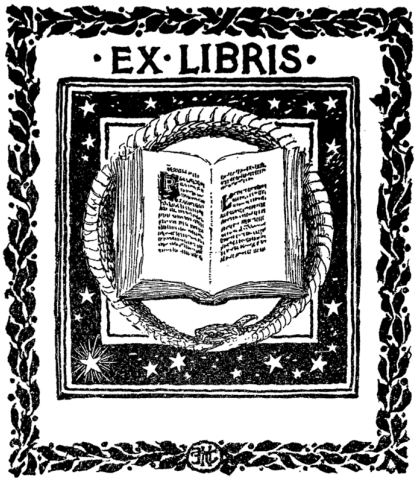
domovilu@gmail.com

Visita mi Blog

https://domovilu.wordpress.com/

O mi Red Social

https://mewe.com/profile/5cca98da1703b8065bcf3791



Introducción

Nos encontramos en el Siglo XXVIII, que marca el período de mayor declive para la veterana Orden Maëdi la cual, hostigada esencialmente por su Orden gemela, los Sorien, se hallará en repliegue permanente a lo largo de este siglo y los siguientes. Repliegue que culminará con el último éxodo gradual, protagonizado por la Comunidad de Hiketh que huirá por etapas hacia el Continente Pequeño dentro de dos siglos. En tan dura época tocó vivir a nuestra protagonista, devenida en el típico faro de luz entre tantas sombras desalentadoras.

Maëdin Menyént Daërin nació en la llamada "Capital de Puncó", Vayedern, pero abandonó sus amables bosques a los 19 años para trasladarse a Anariánt, donde recurrió a su ciencia para prodigar desinteresados cuidados a los desamparados. Allí la sorprendió el letal recrudecimiento de la psicosis antimaëdi, generada por los Sorien hacia fines del siglo anterior al denunciar públicamente la política de control armamentístico solapado que, en su afán por evitar nuevas masacres genocidas, estaban desarrollando algunos Maëdern a nivel internacional. Viéndose súbitamente amenazada, aquella había buscado refugio en Aleyént. Pero la tregua le duró poco. Para el año 2734, y con treinta y ocho de edad, tuvo que abandonar su refugio que estaba siendo evacuado por la Comunidad amenazada. Menyént intentó ganar entonces su lejano país oriental, el Láyed. Pero ya el camino se había plagado de escollos, insalvables para una mujer empecinada como ella que, pese a la adversidad, rehusó pasar a la clandestinidad reemplazando su hábito característico por alguna otra forma más discreta de vestir. Finalmente, su destino la alcanzó como un rayo fulminante en 2742 en los bosques del Ellvu, donde se había escondido a la espera de una oportunidad para completar la huida hacia su país.

Allí se inicia nuestra historia…

Mæëdin Meneyént
Dæërin, ary el Elln
A. de A.
28 Oct.
2018

I
¡Atrapada!

Se ocultó entre el follaje de la mejor manera posible, confiándose al verde consolador que facilitaría el mimetismo de su hábito Maëdi. Llevaba ocho años de esa manera, huyendo de rincón en rincón cual bestia acorralada por la jauría y sin salida posible: cualquier vía de escape que intentara, más tarde o más temprano había demostrado estar bloqueada. Primero había tratado de correr en dirección a Dj'iar; pero esa era al parecer la opción más evidente, y estaba tan celosamente custodiada que no halló modo de alcanzar el lago con sus arboledas, ni de día ni de noche. Entonces pensó en las estepas, pero esas vastas extensiones de terreno desnudo eran si cabe, más fáciles de vigilar aún. De haber optado por ellas, le habrían dado caza inmediata. Finalmente, no le quedó más remedio que ir con el corazón en un puño, siguiendo con deprimente lentitud la trayectoria más imprevista y expuesta: atravesando las populosas regiones al Sur del Río de Ädi, prefiriendo las áreas pobladas a las silvestres, ocultándose en los rincones más inverosímiles durante las horas de luz, para procurarse alimento, bebida y continuar su marcha, solamente en las pocas horas tardías en que las calles se hallaban prácticamente desérticas.

En su periplo urbano, pasó las largas jornadas diurnas escondida en depósitos abandonados, galpones ruinosos, sótanos de edificios atestados de residuos y trastos inútiles, y en lugares más desagradables aún; temblando ansiosamente, con la respiración contenida y el pulso frenético latiéndole en las sienes ante el menor ruido ligeramente próximo, que captasen sus sentidos agudizados hasta un extremo explosivo por la crítica necesidad de mantenerse en alerta permanente. Muy tarde, cuando la noche ya envejecía sobre unas barriadas industriales mal iluminados, se atrevía a salir, buscaba alimento en estado aceptable entre los desechos comerciales de tiendas y locales de comidas rápidas, bebía de los surtidores públicos y se apresuraba a continuar su ruta mientras le fuera posible: apenas un par de horas cada vez, hasta que con las primeras luces del alba, la ciudad amodorrada comenzaba su nueva rutina cotidiana. Incluso con tan sigilosas precauciones, vivió de sobresalto en sobresalto hasta alcanzar el Ellva.

¡El Ellva! A estas alturas de su desesperada travesía, era casi como hallarse a las puertas del Láyed. Y sin embargo, ¡tan lejos aún! Los interminables enfrentamientos entre Usnir y Enedir tenían aquel bosque por epicentro perpetuo de sus belicosas escaramuzas. Un conflicto eternamente soliviantado por la vieja cuestión milenaria: *¿a quién pertenecen las "tierras de Irienir"?*

Menevént se sorprendió a sí misma evocando a ese Imperio con cierta dosis de nostalgia:

–Por entonces no me habría visto en este brete –se dijo, suspirando con amargura–. ¡No estaba prohibido ser Maëdi!

No le faltaba su cuota de razón. Cierto que bajo el dominio imperial de Irienir y fuera de las Islas, quien vistiese un hábito Maëdi era inmediato objeto de sospechas. Pero mientras nadie te pescase "con las manos en la masa", cometiendo en persona el temerario delito de transcribir, pues nada: podías hacer tu vida tranquilamente, aunque no sin cierta incomodidad ante la suspicacia del entorno general. La prueba: una comunidad Maëdi íntegra se había instalado de la noche a la mañana en Aleyént, ¡y al tan terribilísimo Imperio había tenido completamente sin cuidado! Y así, sin más, los habían dejado estar...

Sin embargo, lo más grave del caso no era la actual proscripción de su Orden, sino el dolorosísimo hecho de que tal ilegalización hubiese sido propuesta y estimulada en gran medida, por los Sorien... Era desalentador pensar retrospectivamente en los esbirros del universalmente detestado emperador de antaño, como una opción preferible a los Enlaces actuales. Meneyént se acurrucó en su refugio sobre la maraña enramada, como buscando desaparecer. ¡Desaparecer! ¡Quién supiera desvanecerse en el éter, como los Saïrien! Ella solo sabía reparar las heridas de la guerra y preservar la vida, los motores esenciales de su muy especializada disciplina. Porque Meneyént era Trovadora, pero no una Guardiana de la Tradición, sino solamente Regeneracionista: su especialidad profesional eran el crecimiento acelerado y la reconstrucción minuciosa de tejidos dañados o perdidos. Sabía curar heridas en el hombre, el animal y el vegetal. Y lo hacía con amorosa dedicación...

El inconfundible ruido del roce de unas piernas con los altos pastizales, y el crujido del manto de hojarasca siendo triturado al andar, le reveló que posiblemente se acercaba una patrulla. Había algo inquietante en esos sonidos característicos: su aproximación metódica. Como si quienes lo producían no fuesen un grupo errático moviéndose por la espesura al azar, sino al contrario, unas gentes que se acercan con deliberada intención a un objetivo previamente señalado. ¿Vendrían a por ella? ¿La habrían detectado? ¿¡Pero cómo!? Aún sin disolverse en el éter como un Saïri, Meneyént podía ser silenciosa y discreta hasta la invisibilidad, perdida con su hábito Maëdi entre las alturas de un frondoso techo siempre verde.

Un súbito disparo hendió el recogido silencio de un área que como ella, se mantenía en tensa expectativa, intimidada por la ominosa presencia de intrusos. La bala la atravesó de lado a lado, arrojándola a tierra de un solo golpe seco. Quedó tendida de cara al techo forestal, dolorida y asustada, contemplando con angustioso espanto a los tres hombres, enormes y robustos vistos desde el ras del suelo, que se erguían amenazadores en torno a ella: dos soldados de Enedir, acorazados y armados hasta los dientes, y un Sorian.

¡Un Sorian! Luego, él había conducido al grupo hacia allí. Él debió descubrirla, se dijo, recurriendo al Ojo de su Conciencia Extendida. La llamada Orden Genérica estaba utilizando la ciencia adquirida en sus remotos orígenes de su predecesora, la Restringida, para perseguirla ahora con implacable tesón.

–¡Tu nombre, Maëdin! –exigió aquel con un rugido iracundo.

–Meneyént Daërin –respondió ella con una trémula vocecita quejumbrosa.

–¡Tu disciplina! –inquirió a continuación.

–Trovadora... –comenzó ella, pero él la interrumpió con un bramido colérico:

–¡Guardiana de la Tradición!

Estos eran los Maëdern buscados y perseguidos con mayor saña por los combativos Enlaces: se decía con razón, que a un Guardián de la Tradición Maëdi le bastaba con la escueta guía del Libro de las Llaves de Milie [sobre dicho libro ver, "El legado de Manervi", en el Tercer Libro de los Mitos y Leyendas] para restaurar su Orden al completo, con sus diversas ramificaciones y Disciplinas. Por eso mismo, eran detestados con una inquina particular. Y para peor, desde la caída del Imperio de la Virtud, habían sido los principales ejecutores de la solapada política del control armamentístico internacional.

–No, Sorian –replicó ella con su dolorida vocecita trémula–: solo una auxiliar médica, experta en Regeneracionismo...

–¡Tu Registro! –reclamó él de manera harto previsible: ese era el único método inequívoco de corroborar o desmentir tal pretensión.

–Mi intimidad es solo mía –susurró ella, resuelta y desafiante aún en la derrota–, jamás desnudaré mi conciencia ante un prepotente autoritario.

Con esas palabras airadas, renunciaba a la que quizás habría sido su única oportunidad de liberarse de un destino aciago; pero la Trovadora estaba escogiendo de entre dos males, al que juzgaba menos malo: a estas alturas, la brecha que una empecinada "disputa por la preeminencia" abriese entre ambas Órdenes era tan abismal e insalvable, que cualquier Maëdi prefería dejarse matar antes que compartir el menor retazo de su ciencia con un Sorian. ¡Cuánto menos con un Enlace! Un trasvase inevitable si un poder externo examina tus archivos... A partir de ese momento y hasta exhalar su suspiro final, Meneyént invertiría toda su potencia mental en rechazar (con éxito) la más leve intrusión.

–¡Entonces confiesa! –Estalló él, lanzándole un brutal pisotón al pecho.

Los frágiles huesos de la enflaquecida mujer crujieron por el impacto, y su cuerpo menudo se sacudió como si acabara de recibir una fuerte descarga eléctrica. Sus labios liberaron un tenue quejido exangüe y se desvaneció, debilitada por el torrente de sangre perdida.

Por desgracia y contra lo esperado, su suplicio no había hecho más que empezar. En lugar de dejarla desangrarse hasta morir allí mismo, sus captores se empeñaron en detener la hemorragia y prolongar su vida; aunque jamás se le permitió recuperarse por completo de unas heridas que en realidad, se fueron acumulando a medida que se sucedían las pavorosas sesiones de tortura. Peor aún: el suyo era un tormento continuo, ya

que los interrogadores se turnaban para asediarla sin pausa, alternando los métodos. Los militares recurrían a los tradicionales basados en la simple aplicación de fuerza bruta, aniquilando sin piedad su salud y figura. Cuando, tras horas y más horas de infructuoso "tratamiento", se retiraban a reponer sus agotadas fuerza y paciencia, aquel Sorian terrible tomaba el relevo, para someterla a continuación a los más fulminantes ataques mentales, que los Enlaces desarrollaran como métodos de defensa personal en épocas más aciagas.

Tanto los unos como el otro la acusaban de saboteadora y espía; delitos por los cuales se le exigía más que una confesión, un señalamiento e identificación de cómplices concretos. O en su defecto, que informase por lo menos acerca de cualquier colega suyo que se encontrase merodeando la región. Meneyént, que enseguida se resignó a cesar de clamar su inocencia, en cambio rogaba con su extenuado lloriqueo balbuceante:

–Por favor, Sorian, déjame ir...

Era un pedido deliberadamente ambiguo: la desahuciada mujer no solicitaba la restitución de su libertad truncada, ni que se le diese una oportunidad de completar el interrumpido viaje de regreso a su país. No era tan necia ni ilusa como para esperar nada semejante... Sino que a su manera, estaba suplicando una "piadosa" ejecución rápida que aquel no estaba dispuesto a concederle. Como cualquiera sabe, también la muerte es una forma de liberación...

Sin embargo, su oponente principal no estaba por la labor: se habría dicho que disfrutaba con sádico placer morboso, cada segundo de su despótico ejercicio de poder sobre aquel desfigurado, endeble y consumido cuerpo femenino. Reaccionaba a las desgarradoras súplicas de la desgraciada riéndose en sus narices, y citándole con su más arrogante tono dogmático, la Regla Maëdi (y Sorian) que inhibe a sus miembros de suicidarse...

– *"Eres una depositaria, no la dueña de tu vida. Solo Quien otorga la vida, posee la potestad de tomarla. Nosotros los mortales, no tenemos derecho a escoger la muerte como opción. Ni nos es lícito reintegrar el alma, antes de que nos sea reclamada"* –pasando por alto que la misma prohíbe por extensión, subyugar o asesinar a otras personas; como ella no se abstuvo de reclamarle:

–Conozco mi Regla, Sorian. No soy yo, sino tú quién la violenta.

Lo cual para el caso, lo traía por completo sin cuidado: ¡no la dejaría ir tan fácilmente!

Por fortuna y aunque dominara tantas técnicas destructivas, ese hombre no conocía ninguna constructiva. Por ejemplo no sabía (como Meneyént sí habría sabido en su lugar) prolongar la vida mediante el recurso de origen Saïri, de insuflar parte de la propia vitalidad en el agonizante. Médicos y Trovadores Maëdern recurren a ese método para apuntalar los erráticos signos vitales de un paciente en peligro, a fin de concederse la tregua necesaria para atender sus heridas y estabilizarlo. Así consiguen tantas veces el prodigio de salvar cantidades de vidas en situaciones desesperadas que en teoría, imposibilitarían salvarlas.

Continuamente agredida pero con su salud atendida con tan poca profesionalidad, Meneyént, una isleña a fin de cuentas, iba feneciendo lenta pero inevitablemente. Una muerte sufrida y angustiosa pero a partir de cierto punto, irreversible. La frustración más ultrajada se apoderó de aquel hombre al comprender que, por más que hubiese deseado prolongar los tormentos de su prisionera por la eternidad, aquella se deslizaba ya por la fatal pendiente que la conduciría a su pronta liberación definitiva. ¡No podía ser! En un iracundo empeño por ejercer su domino sobre ella hasta el último suspiro, decidió que no: no le permitiría apagarse lentamente. ¡Le prodigaría un final súbito, brutal, y vejatorio! ¡La obligaría a entregar el alma en un pináculo de sufrimiento atroz!

Con esa decisión en mente, la hizo trasladar de la siniestra cámara de tortura que ocupase en el último par de semanas, a un infecto calabozo subterráneo; una insana mazmorra oscura, tétrica y húmeda, con su suelo profundo anegado de detritos malolientes. Incapaz siquiera de sentarse en su sitio, la menuda y delgada mujer se hundía recostada en la inmundicia, y debía realizar supremos esfuerzos por mantener la cabeza sobre el nivel del espeso menjunje fétido que le servía de lecho. Pero cada vez que conseguía lo imposible e intentaba aprovechar la fugaz oportunidad de respirar, allí estaba él para enviarla de un violento pisotón en la boca, de regreso al fondo cenagoso. La pobre Trovadora se asfixiaba, cubierta por un manto hediondo de desechos putrefactos. Era una pavorosa manera de morir.

De súbito, él dejó de presionar. Instintivamente, ella pujó por salir a respirar una vez más. Él aguardó el momento de ver emerger su pringoso rostro desfigurado, para descargar un último golpe letal; pero esta vez no sobre la lamentable cara de la mujer, sino sobre su pecho enflaquecido. Los huesos del esternón y las costillas se quebraron en una miríada de astillas. La tráquea, aplastada, quedó obstruida. Con los ojos desencajados, Meneyént hacía colosales esfuerzos por respirar, pero por más que boqueaba con aterrada insistencia, sólo conseguía escupir sangre, mientras todo su ser se sacudía en convulsos espasmos.

Vencida al fin, se hundió definitivamente en su vejatorio sepulcro apestoso, que ni siquiera una vez muerta se le permitiría abandonar...

II
Período de licencia

Una luz diáfana inundó la tétrica estancia tras la muerte de su víctima. Curtido por una vida dedicada a la altruista persecución de misántropos Maëdern y Usnirothien genocidas, Gariun Leh'id Sorian no se dejó conmover ni impresionar. Sin embargo, algo más preocupante ocurrió inmediatamente a continuación. En lugar de difuminarse hasta desvanecerse en el éter como cabía esperar, aquella brillante luminosidad pareció ir concentrándose paulatinamente, hasta quedar reducida a una fulgurante hebra delgada pero inusitadamente densa, de una intensidad indescriptible, casi palpable. Acto seguido, la delgada hebra de luz iridiscente saltó hacia él. Solo tras haberlo tocado se apagó, dejando el ambiente sumido en su tenebrosa oscuridad.

Si aquel suceso inusitado consiguió preocuparlo, incomodarlo o emocionarlo por un instante, dicha sensación habrá sido tan fugaz, que no llegó a arrancarle el menor gesto de sorpresa o disgusto. Ni tan siquiera un fruncimiento de entrecejo, un encogimiento de hombros o cualquier otro ademán. Nada. Para el caso, incluso de haberse tratado de alguna forma de ataque póstumo, ¡el inocuo intento había fracasado! El Enlace se giró sobre sus talones y abandonó el nauseabundo pozo subterráneo con paso firme y sin mirar atrás. Llegado a las estancias superiores de la fortaleza militar, lucía fatigado pero satisfecho.

También sus patrones estaban conformes: oriundo de Neir, Gariun llevaba quince años trabajando a sueldo pero con abnegada lealtad para el gobierno de Enedir. Cooperaba con ellos en su interminable lucha contra Usnir, que debido a sus conocidas prácticas tradicionales de conquista genocida, se había vuelto casi tan universalmente repudiada como en la Antigüedad lo fuera su arrasada vecina del Norte, Irienir. Curioso era que hasta la fecha, nadie hubiese intentado una coalición de naciones para aniquilarla. Eso no quitaba que fuesen motivo internacional de desprecio y escarnio. Ayudar a quienquiera la enfrentase era por lo tanto, socialmente aceptado. Gariun estaba haciendo un servicio a la humanidad, además de ganándose honradamente el sustento asesorando y asistiendo al ejército de Enedir. Pero entretanto, los mejores años de su vida se iban para no volver... El agotado Enlace llevaba esos quince años sin ver a su esposa, y todavía no había tenido tiempo siquiera, de engendrar un solo vástago de ella. Eran una joven pareja de recién casados cuando fue llamado al servicio de aquella metrópolis y él, tentado por el renombre y la ganancia, acudió. ¡Jamás habría imaginado que su contrato se prolongaría tanto!

–Se acabó –dejándose caer pesadamente sobre un mullido sillón en la oficina del comandante de la guarnición, Gariun exhaló un suspiro frustrado.

–¿Ha confesado? ¿Conseguiste escudriñar en su conciencia o sonsacarle algo?

Ansioso y expectante, el comandante tocaba sin saberlo una herida candente en el humillado amor propio del Sorian; hasta ayer el único interrogador infalible de la fortaleza: nadie resistía el fuego iracundo de su mirada. Atravesaba cual dardo agudo las conciencias de los prisioneros, ahorrándoles por una parte los tormentos espeluznantes de las cámaras de tortura, mientras simultáneamente proporcionaba a sus jefes una información abundante y veraz. Pese a ser la más frágil reclusa capturada en siglos, Meneyént era la única que había conseguido la imposible proeza de mantenerse impenetrable hasta el final.

El Sorian meneó lentamente la cabeza encapuchada, evidenciando su acusado cansancio. Sus ojos vidriosos parecían lagrimear.

–Nada... Nada... Ha persistido en su irreductible contumacia hasta el final –calló unos segundos, sumido en reflexiones desalentadoras–. Créame que no los entiendo –comenzó a murmurar con lentitud, como si hablase para sus adentros más que para su condecorado auditorio–. ¡Qué nivel de fanatismo irracional! Porque dígame usted: ¿qué tanto le costaba concederme el acceso y liberarse de sospechas si era inocente, o en su defecto cooperar voluntariamente, evitándose un suplicio atroz de ser culpable? Uno tras otro: son todos iguales. ¡Qué manera tan necia de ensañarse consigo mismos!

–Se te nota terriblemente fatigado –comentó el comandante con tono comprensivo.

–En realidad, estoy peor de lo que parezco a simple vista: siento mis nervios a flor de piel, y a punto de estallar. No doy más.

No exageraba: aunque procuraba contenerse, el Enlace temblaba visiblemente de pies a cabeza por la tensión acumulada.

–¿Y si te tomaras una licencia? –le propuso entonces, añadiendo con aire confidencial–. Escucha: si mis fuentes no me fallan, se está cocinando algo grande. Mejor sería que volvieses a casa, descansaras, recargases las baterías y volvieras más adelante, a participar con fuerzas renovadas del empeño común. ¡Ya te llamaremos cuando te necesitemos!

Coincidía justo con lo que Gariun ardía en deseos de solicitar. Aceptó, no sin antes insistir en que volvería con gusto apenas lo requiriesen.

–No dejéis de llamarme.

–Descuida. Nos mantendremos en contacto permanente contigo.

Esa misma tarde partía en tren, de regreso al añorado País del Elde: un penoso viaje de más de cinco días de duración, ya que en el Área Central (que a causa de su desquiciado período ludita apenas superado, empezaba a quedar notablemente rezagada en términos tecnológicos con respecto a los extremos oriental y occidental del Continente Grande) todavía se seguía utilizando la lenta y pesada locomoción a vapor (mientras que el Este y el Oeste contaban con trenes más veloces, impulsados por locomotoras diesel). Para peor, la

formación se veía compelida a aminorar la marcha cada vez que debía sortear tramos deteriorados. El mantenimiento de las infraestructuras seguía siendo deficiente en muchos sitios.

Daremlith, su soriánica esposa, lo recibió con tanta alegría como la que la embargara el día de sus esponsales. Pese a la prolongada ausencia y la abnegada espera, ni su amor ni su admiración hacia él habían sufrido la menor mella. Por el contrario, su benévola veneración por su marido crecía a medida que le llegaban noticias de sus gloriosas gestas acometidas en tierras lejanas, las cuales él prefería evitar mencionar en su presencia:

–Daremlith... sé buena y dispénsame de entrar en detalles. No te das una idea de lo duro que es para mí –se quejaba él–. La gente superficial me considera un hombre insensible, pero se engañan. Me oprime el alma tener que causar sufrimiento a terceros. Constantemente debo sobreponerme a mucho dolor y continuar a pesar de mi congoja, en la certeza de que merece la pena en aras de un objetivo superior. De lo contrario, hace rato que habría renunciado...

Ycomprensiva, ella evitaba insistir, consolándolo en silencio. La buena mujer estaba tan convencida como él, de la filantrópica necesidad de la labor titánica por él asumida; y enternecida por su tesón y capacidad de autosacrificio en pos de su misión, se esforzaba en no sobrecargar su conciencia con ningún peso adicional.

Le preparó una recepción festiva... ¡apoteósica! Y se fundieron en un estrecho abrazo de las almas enlazadas y armoniosas. En la recogida intimidad de la noche, tuvieron una prolongada velada romántica y se amaron... ¡Volcaron uno sobre la otra los anhelos de tantos años de separación y espera! Una y otra vez con apasionado fervor mutuo, cada cual sinceramente agradecido de la mera existencia del otro, en una dulce comunión física y espiritual que hacía merecer el esfuerzo de haber permanecido tantos años mutuamente fieles, deseándose y ansiándose desde la distancia.

Un río de dicha sublime los arrastró a ambos en esos primeros días de resarcimiento apasionado. Deliberadamente aislados entre sus cuatro paredes, encerrados en su realidad feliz, pasaron unas jornadas de ensueño dedicados por entero al reencuentro y el goce. Tan intensa era la vorágine de sentimientos embriagadores, que ninguno de los dos percibió que en la tercera noche, al consumar la fructífera unión de sus destinos, *algo más* pasó desde él hacia ella en el instante de hacerle el generoso donativo de su semilla.

Daremlith concibió por fin de su esposo, y nueve meses más tarde alumbró a una niña diminuta y frágil que, apenas ella sostuvo en brazos, fijó en los suyos sus tiernos ojos recién abiertos y le sonrió con candor, como manifestando una confianza plena en su protección maternal. El inusitado gesto admiró a la mujer, pero no dijo nada. Se limitó a sonreír de regreso a la recién nacida, que enseguida se aplicó a su tarea de succionar

mientras, anegada de una paz sobrenatural, se dejaba arrullar hasta caer en el delicioso sueño de la inocencia. Gariun contemplaba a su hija fascinado: era la criatura más pequeña que viese jamás.

–¡Es más sutil y delicada que un pimpollo de rosa!

Sin embargo, pronto se hizo patente un extraño fenómeno adicional respecto a Ninaïth, su retoño: por una parte, siempre se confiaba sonriente a los brazos protectores de su madre. Pero bastaba con que su padre se le aproximase demasiado para que, incluso antes de que él alcanzase a tocarla, ella se desatase en un potente llanto que una vez iniciado, era muy difícil apaciguar.

–¡No me quiere! –sollozó la primera vez, tan afligido como sorprendido.

–No te preocupes –lo consoló su esposa–: es normal que los niños de pecho no acepten a nadie fuera de sus madres; y que hasta cierta edad consideren extraño y amenazador a cualquier otro individuo, padre incluido. ¡Tengamos paciencia! Lo irá superando gradualmente, a medida que crezca y se habitúe a ti.

Parecía una explicación razonable, que el Enlace aceptó con resignación, disponiéndose a una larga lucha para acceder al corazón de su hija. Pero la criatura acababa de cumplir apenas su primer año de vida, cuando Gariun fue reclamado desde Enedir y partió, a engrosar las fuerzas internacionales destinadas al asedio del Láyed.

Su licencia había expirado.

XX
La niñez enmudecida

En los años siguientes, Ninaïth creció y se desarrolló con normalidad, salvo por algunos detalles preocupantes: no importaba cuántos cuidados se le prodigaran, siempre era inusitadamente pequeña, delgada y débil para su edad. Su endeble y quebradiza contextura contrastaba de manera chocante con la robusta y recia complexión de los pobladores de Neir, Sorien incluidos. En un país montañoso de inviernos tan prolongados y crudos, eso mantenía a su madre continuamente preocupada por la salud de la niña que entretanto, y para mayor desazón materna, con cuatro años recién cumplidos todavía no había pronunciado su primera palabra.

No obstante el peculiar contratiempo, Ninaïth demostraba ser una niña avispada. Su madre la inscribió en el parvulario... Así y ya que no hablaba, por lo menos aprendería a comunicarse por escrito. Pero incluso en esto, la niña no tardó en decepcionarla. Pese a su empecinado mutismo y aislamiento social, que lejos de atenuarse se acentuaron, era evidente que había aprendido a leer y escribir rápido y bien: sus cuadernos de tareas escolares eran pulcros e irreprochables. Sin embargo, llegada de la escuela a casa no se comunicaba con nadie de ninguna manera: invariablemente se traía un libro del parvulario y finalizadas las tareas escolares tras la comida, se enfrascaba en su lectura.

Acercándose a inspeccionar qué clase de material estaría ocupando con tan tiránica exclusividad las tardes de su hija, Daremlith se quedó pasmada. Ninaïth leía lo que por entonces, casi ningún Sorian que se precisase (¡incluyéndose a sí misma!) leía ya: Literatura Menor Maëdi [los Maëdern dividen su acervo literario en dos grandes categorías: "Literatura Menor" y "Literatura Mayor". La primera, redactada en lengua vernácula, se dirige al público general, no necesariamente perteneciente a su Orden, siendo amena, variada, de lectura fácil y engañosa apariencia superficial; mientras que la segunda, redactada en la Lengua Saïri, es profunda y especializada, destinada al estudio exclusivo en las Academias de ambas Órdenes]. Y para peor, lo hacía en su idioma y escritura originales, sin traducir. ¡Eso no se enseñaba en el parvulario! Curioso que hasta el momento, nadie se hubiese molestado en retirar esos libros de las estanterías en las cuales, no obstante, habían ido quedando confinados a los rincones más remotos, olvidados y prácticamente inaccesibles. La niña tenía que estar buscándolos, rescatándolos de su afrentoso relegamiento y escogiéndolos deliberadamente. Luego, ¿dónde y cómo habría aprendido semejante lengua y escritura?

–Ninaïth, hija, dime: ¿realmente estás *leyendo* esos libros? ¿Qué virtud particular les encuentras, que no posean los demás?

Dado que tras haber sido preguntada, su hija se encogió de hombros y prosiguió la interrumpida lectura como si nada, tras dar muchas vueltas al asunto Daremlith concluyó que por lo visto, aquella simulaba leer.

¿Pero por qué lo haría? Sería, se dijo, a fin de tener una excusa válida para permanecer encerrada en su hosco mutismo...

Interiormente incómoda, prefirió quedarse con esa respuesta sin escarbar, pese a que su intuición materna la aguijoneaba con intensidad inmisericorde. El mismo objetivo podía conseguirse tranquilamente, leyendo un material menos controvertido: libros infantiles comunes y corrientes que sí se la suponía capaz de comprender; en lugar de tomarse la ardua labor de rebuscar para llevarse unos libros cada día más impopulares... Porque una vez agotados los ejemplares disponibles en su parvulario y ávida de títulos novedosos e interesantes con los que saciar su espíritu sediento, Ninaïth comenzó a recorrer las diversas Academias y Salas de Lectura del enorme vecindario, en pos de más Literatura Menor Maëdi.

Sucedió poco después de su quinto cumpleaños: acababan de comer y Ninaïth se disponía a acometer sus tareas escolares, cuando palideciendo de súbito, profirió un desgarrador grito de angustia:

–¡Velmeniú! –tras lo cual, se desvaneció.

Esa tarde levantó fiebre y pasó la noche temblando en espasmos atormentados. El mal duró cuatro días más, agravándose por momentos. Ningún tratamiento parecía ayudar. Atardecía su cuarto día de convalecencia cuando volvió a gritar:

–¡Velmeniú! –y se desató en un llanto clamoroso. La fiebre trepó hasta el límite de lo admisible y la niña cayó en un peligroso sopor agónico. Su madre corrió en busca del médico.

Ninaïth pasó una semana completa de agonía intermitente, debatiéndose entre la vida y la muerte. Su abnegada madre, que no se apartaba de su lecho ni de día ni de noche, ocasionalmente la veía brillar en la oscuridad y, temerosa de estar asistiendo a sus estertores finales, suplicaba con ansiedad a esa vida tan quebradiza:

–Mi ángel de luz, por favor... ¡no me abandones!

¡Y Ninaïth no la abandonó!

Poco a poco y merced a una atención esmerada, la crisis fue superada y la niña recuperó la lozanía. Pero algo en ella había cambiado: ya no sonreía. Lo habitual era verla melancólica y abatida, además de tan retraída como siempre. Y a partir de entonces se hizo la costumbre de perderse entre las montañas, aislándose en sus valles emboscados. Ninaïth se internaba en las serranías sobre las cuales se apoyaba el flanco austral de la estrecha y prolongada barriada de extramuros (unos muros de los cuales, dicho sea de paso, apenas subsistían los cimientos: los seísmos se habían ensañado con Axeirra Elde en los ya casi olvidados años de ausencia de sus Sorien, desposeyéndola de sus antiguas murallas, pese a lo cual los milenarios edificios soriánicos, casas, talleres y Academias del Durrexu Elde Lenn se mantenían incólumes), escalándolas a los

brincos con la inigualable agilidad de una gacela, hasta hallar refugio en algún rincón apartado, inaccesible para cualquiera que desconociera sus técnicas de antigravitación desarrolladas a lo largo de los siglos anteriores por las Trovadoras del Láyed, y que pronto convirtió en su retiro predilecto. A resguardo de inquisitivas miradas ajenas, leía con concentrado deleite cuanta Literatura Menor le venía en gana, hallando así solaz y consuelo para su alma atribulada. Y escapando simultáneamente a un entorno que cada vez percibía como más hostil: sus compañeros de clase, a los que pronto se sumaron otros niños del vecindario, se habían hecho la costumbre de perseguirla para mofarse de ella, de su mutismo, de su melancólico aislamiento, y de su tonto empecinamiento en "fingir que leía" unos libros que nadie creía que supiera leer en realidad... y quizás mejor así.

Pero Daremlith no había olvidado la primera y única palabra que, por dos veces, oyese pronunciar a su hija. Apenas se le presentó la oportunidad, fue a consultar al Decano de Enlaces, el más dotado políglota de su Comunidad:

–¿Qué es "velmeniá"?

Él tradujo con desdeñosa apatía:

–En Layedi, la lengua de Héilenar, significa "abuelo" –pero amante de los idiomas a fin de cuentas, además de Maestro por vocación, añadió enseguida con metódico rigor catedrático–: "velmeniá", "abuelo"; "velmeniént", "abuela".

Daremlith agradeció el dato y se retiró reflexionando extrañada. *"Abuelo..."* ¿Qué podría haber sucedido, y dónde? ¿Qué habría espantado tanto a su hija, hasta el punto de amenazar con demoler los cimientos de su frágil vida infantil? Peor que eso: ¡Layedi! Hasta que su niña muda había decidido abrir su boca, solo había atinado a pronunciar una única palabra en la casi proscrita lengua de Héilenar... Y le constaba que, pese a que ahora se ocultaba solitaria entre las montañas para dedicarse a lo suyo sin exponerse a molestias fastidiosas, aquella seguía empeñada en leer Literatura Menor Maëdi.

Y... sí: evidentemente, si conocía *una* palabra, bien podía saber más. ¡No era simulado! Ya no había manera de eludir esa inquietante realidad: Ninaïth *realmente* leía en Layedi, aunque nadie se lo hubiese enseñado.

Gariun regresó a casa un año y medio después del curioso acontecimiento. La tarde declinaba, cuando él hizo su ingreso en la austera vivienda, con el ánimo exultante. No más verlo, Daremlith interrumpió sus actividades y salió a recibirlo, con una alegría desbordada que cesó de súbito, tras alcanzar a percibir ambos esposos enamorados, que su hija emitía un quejido lastimero y se escabullía intimidada hacia el interior de la

habitación, acurrucándose lo más lejos de él que le permitían las reducidas dimensiones del inmueble, como si buscara desaparecer.

–Te fuiste cuando solo tenía un año –señaló Daremlith con lógica irrefutable–, y ahora tiene seis. No te recuerda. No sabe quién eres. Para ella eres un completo desconocido. Un extraño. ¡Y tu hija es de carácter muy asustadizo!

–No te preocupes... Admito que no esperaba una reacción tan radical, pero sí contaba con recibir cierto rechazo receloso... ¡y vine preparado! Le he traído un regalo magnífico que nadie podría rechazar. Confío en que me abrirá una entrada a su corazón. ¡Mira!

Y así diciendo, buscó entre sus efectos y sacó un enorme medallón labrado en Plata Sorian, una maravilla única del arte más delicado, una elegante y fiel reproducción de la flor característica de las islas, insignia de su Orden derrotada y de su recientemente depuesta Casa Real: ¡la primorosa Victoria Regia!

–Ven, Ninaïth: te traje un regalo –le dijo, mostrándosela–. Una joya sin parangón. ¡Mi más preciado trofeo de guerra! Vamos, ¡acércate! Quítate el medallón que llevaste hasta ahora, y ponte esta belleza en su lugar.

Ninaïth lo miró temblando espantada. Con movimientos maquinales, retiró de su sitio el clásico medallón de Neir que portara hasta el momento, desabrochándolo del cuello de su capucha y retirándolo de su cadenilla. Entonces se lanzó hacia su padre a la carrera, arrancó de su mano extendida el medallón Maëdi mientras emitía el agudo chillido de un águila abatida en pleno vuelo, y huyó veloz en dirección a las sierras. La consternada pareja de Sorien se quedó mirándose en silencio.

–Ahora sí que ya no entiendo... ¿Qué le ha pasado? –musitó él.

–No lo sé... Estoy tan pasmada como tú –suspiró ella–. Es difícil entenderla en ocasiones: ¡Ninaïth jamás pronuncia palabra! En gran medida, vivo tratando de adivinar lo que piensa o siente. Sólo puedo decir, que conozco a dónde ha ido: tiene una especie de refugio secreto entre las montañas. Acude a él cada vez que se siente incómoda o intimidada. En fin...

–Ya volverá... –concluyeron al unísono, sin gran convicción.

Pero la tarde se convertía en noche y la oscuridad avanzaba. Contra sus costumbres, Ninaïth no volvía. Próxima la medianoche, Daremlith suspiró agobiada:

–Iré a buscarla.

Y salió al encuentro de las montañas. Desde sus bases invocó al Saïri que, comprensivo y solícito, la condujo en brazos hacia el valle emboscado en que la atormentada niña se refugiara. Allí la encontró al fin, tendida de bruces entre los espesos matorrales que crecían sobre el declive montañoso cubierto de hierba. Su

luz brillaba con un resplandor más manifiesto que el que alcanzara a percibir el año anterior, durante el pico de su agonía. La niña se agitaba en sollozos plañideros:

–Velmeniú... vel-me-niú...

–Ninaïth –su madre tuvo que llamarla muchas veces con suave ternura, hasta que aquella se dio por aludida y se volteó a mirarla. Tenía el rostro bañado en lágrimas, y seguía estremeciéndose como una hoja trémula embestida por el viento.

–Ninaïth, hija, vamos a casa –dijo Daremlith. Sentándose con trabajoso esfuerzo en su sitio, la aludida negó con un gesto afligido.

Su madre la observó con atención: ya se había colgado y abrochado el enorme medallón nuevo, quizás dos o tres veces más grande y pesado que el que luciese hasta el momento, y por lejos más hermoso. La niña lo acariciaba con un cariño inusual y seguía lagrimeando en silencio. Su luz inmaculada la rodeaba, envolviéndola en un halo diáfano. Ya no pronunciaba palabra, pero Daremlith no lo dejó pasar:

–Ninaïth, dime: ¿quién es ese abuelo al que lloras tanto?

La niña se sacudió con visible pavor y se quedó tiesa, dejando incluso de lagrimear. Con sincera empatía, su madre insistió:

–Sea lo que sea, puedes confiar en mí: te guardaré el secreto.

En lugar de responder de inmediato, su hija le clavó una mirada penetrante. Daremlith percibió la presencia de un poder insospechado tras esos tristes ojos infantiles: el poder de una gran conciencia voluntariamente reprimida, que ahora la escrutaba con comprensible recelo. Finalizado el riguroso examen que, pese a no haber durado más que una exigua fracción de segundo, a la mujer pareció eterno, la acongojada niña asintió. ¡Entonces habló!

–Soy Maëdin Meneyént Daërin –dijo, ante el atónito asombro de su madre–, Trovadora Regeneracionista de Vayedern. Ese hombre siniestro que tienes por esposo me asesinó hace siete años, torturándome con saña indescriptible hasta matarme, antes de regresar a ti la primera vez. Pero por más que ansiaba liberarme y huir lejos de las tenebrosas sombras de este mundo para nunca más volver, no lo conseguí: me quedé como pegada a ese hombre y cuando volvió a tu lado, mi alma venía también. De él pasé a la nueva vida engendrada entre vosotros un par de días después. Esa soy yo...

–¡Ninaïth! –la interrumpió su madre. Atrapada sin remedio entre el amor a su esposo y a su hija, Daremlith se hallaba en una horrible encrucijada moral. No tomaría partido por ninguno contra el otro. No deseaba renunciar a ningún amor, ni traicionar ninguna lealtad. Estaba dispuesta a hacer auténticos malabares con tal de conservarlos a ambos– No deberías hablar así de tu padre...

–¡Pero si ese asesino no lo es! –protestó la niña entre lágrimas– Mi auténtico padre es un hombre mayor, pacífico y bueno, que en estos momentos huye tiritando, enfermo y desposeído. De los últimos exiliados del Láyed en resignarse a partir, corre por su vida a través de los gélidos páramos del Norte. Gracias a la mancomunada agresión criminal pergeñada por tu esposo y sus aliados, ha perdido para siempre su patria y su hogar, dejando atrás lo que construyó para sí y para otros a lo largo de una vida entera de tesón y dedicación.

–Pero tú... ¿de dónde sabes esas cosas con tanta certeza? –A la buena mujer le estaba demandando un esfuerzo colosal, no solo digerir el torrente de información (asaz desagradable) tan súbitamente provisto por su hija hasta ayer recalcitrantemente muda, sino además, aceptar una realidad tan imprevista como inverosímil.

–Conservo mi Registro anterior abierto, y mis facultades de antaño intactas. ¡Sé bien quien soy! En cuanto a mi abuelo por el que me oíste clamar, fue el último Rector General de las Islas. Mi rey, indigno y pusilánime, lo traicionó a cambio de una paz que no merecía ni obtuvo, entregándolo a tu marido. ¡Estas son fechas que puedes contrastar! Porque al presenciar esa escena grité angustiada por primera vez, anticipando lo que vendría a continuación: que ese hombre terrible lo asesinó igual que a mí, tras someterlo a días y noches de sádicas vejaciones. Viéndolo expirar con tanto sufrimiento, volví a gritar días más tarde. Sabrás así que no te engaño. A mi venerable abuelo, un noble anciano de casi cien años, perteneció el precioso medallón que ahora es mío, no por concesión de nadie, sino por legítimo derecho. Ese carnicero insaciable se lo robó después de ultimarlo, y sin saberlo lo ha reintegrado a su único descendiente vivo en el Área Central.

–Solo una cosa no entiendo: si eres capaz de hablar con tan elocuente fluidez, ¿por qué enmudecías tan obstinadamente hasta hoy?

–Por mi notorio acento Layedi, que me pondría en inmediata evidencia. No lo puedo disimular; y habiendo sufrido una ejecución espantosa una vez, me aterra la idea de volver a experimentar nada similar. Por eso –concluyó temblando–, te ruego por lo que más quieras: cumple tu promesa y no me delates, ¡o me condenarás a un nuevo suplicio infamante!

La niña se estremeció, desatándose en un nuevo llanto desconsolado. Su luz brillaba con más intensidad que nunca, aunque parecía vacilar, como la llama de una vela que amenaza apagarse.

–Mi ángel de luz, ¡no temas! –rogó Daremlith– Aunque me duela terriblemente lo que has dicho, mantendré mi palabra: te cuidaré, te protegeré, te guardaré el secreto. ¡No cedas a la depresión autodestructiva y vuelve conmigo! No puedes permanecer sola en estas montañas. El frío y el desamparo te matarían...

Ninaïth asintió con un gesto silencioso e hizo ademán de incorporarse obediente, pero cayó de regreso donde estaba. Los párpados se le cerraban de agotamiento. Lanzando un último suspiro entre afligido y

exhausto, se echó de costado durmiéndose al instante. Pero Daremlith invocó al Saïri nuevamente, y aquel las cruzó de regreso al Durrexu Elde Lenn. La mujer completó el trayecto al hogar portando en brazos el cuerpo liviano y agobiado de su hija, que acababa de sumirse en un nuevo período de convalecencia.

IV
Kaïnu, perseguidor implacable

Meses después del segundo y definitivo regreso de su marido, Daremlith volvió a concebir y nueve meses más tarde, alumbró a su primer hijo varón, al que llamaron Kaïnu y creció fuerte y lozano. Por su parte Ninaïth que, reconocida "superdotada", acababa de ingresar en la Academia de Médicos y Herbolarios un año antes de lo normal, persistía en sus inveteradas costumbres: no hablaba ni media palabra con nadie, y desaparecía durante horas no solo de la casa, sino incluso del vecindario, para internarse en busca de recogida tranquilidad hacia su valle emboscado en las Sierras. Pero nunca iba sola: indefectiblemente llevaba consigo un tomo de "Nociones de Medicina Complementaria para Herbolarios", materia auxiliar de su especialidad escogida.

Pronto era la predilecta de Instructores, Maestros e incluso del Decano, entusiasmados por sus progresos y el rigor de sus empeños. La niña se aplicaba con ahínco y placer, se notaba a las claras que disfrutaba el estudio, y amaba con genuina pasión ambas ciencias escogidas: en la asignatura principal, la Herboristería Terapéutica, avanzaba a la par de los demás, prestando concentrada atención a sus clases y presentando laboriosos trabajos impecables. En cambio, en la secundaria progresaba con redoblado tesón, completando en cada año y por cuenta propia, el material destinado a ser estudiado en dos. Sumida de continuo en los estudios, a Ninaïth nunca parecía faltarle la excusa perfecta para no socializar en absoluto, ni siquiera en casa y con su familia, donde se mantenía tan retraída y silenciosa como siempre. Pero a su padre dolía en el alma el amedrentado rechazo que la niña seguía demostrando en su presencia. Conducta cohibida que contra lo esperado, lejos de mitigarse a medida que su hija crecía, parecía crecer junto con ella.

Frustrado en sus esperanzas de ganarse su cariño y confianza jamás, Garian derramó su inmensa necesidad de amar y ser correspondido, en su vástago que creció sabiéndose desde el primer día, especialmente amparado por la misericordia paterna. Incluso Daremlith, más cauta a la hora de exteriorizar unos sentimientos que desaprobaba por potencialmente contraproducentes, intuía en su fuero íntimo que Kaïnu era en realidad, el primer hijo *genuinamente* suyo; mientras que Ninaïth no era más que una presencia foránea, artificialmente injertada entre ellos por una mueca inusitada de un insensible destino caprichoso.

En este ambiente transcurrieron los años siguientes, hasta que Ninaïth tuvo diez años y Kaïnu tres. Entonces comenzaron los problemas...

En una ventosa y fría noche invernal, la familia reunida en torno a la mesa baja cenaba con soriánica parsimonia, una espesa sopa caliente y sustanciosa. De súbito y sin causa aparente, Kaïnu liberó un grito dolorido, tras el cual se desató en un típico llanto infantil. Quizás se hubiese quemado con la sopa, o mordido

la lengua por error, o cualquier otro percance insignificante de esos que con frecuencia aquejan a los chiquillos en su primera infancia, y que normalmente se vuelven esporádicos hasta desaparecer, a medida que van creciendo y aprendiendo a lidiar con las complejidades del mundo que les rodea. Podrían haberlo consolado con palabras dulces, unas caricias o un par de besos y seguir como si nada a continuación; pero en lugar de ello, su madre preguntó con natural solicitud:

–Kaïnu, ¿qué pasó?

El niño, que no dejaba de hacer pucheros, en lugar de responder señaló a su hermana sentada junto a él. Otra característica reacción de esa edad tan tierna en que los niños, con su rudimentaria lógica, asumen que todo lo que sucede tiene que ser provocado deliberadamente por alguien, y si el suceso es desafortunado ha de haber pues un culpable, y aquel no puede ser sino quién se encuentre más próximo en ese momento, así se trate incluso de un objeto inanimado. ¿Quién no ha escuchado jamás a un chiquillo quejarse entre lágrimas e hipidos, de que "la silla mala le pegó"?

Del mismo tenor había sido la espontánea reacción de Kaïnu, y así tendrían que haberla interpretado. Pero en lugar de ello, su padre montó en cólera y tras cruzar un sonoro bofetón en el rostro desprevenido de su hija, que cayó al suelo de costado por la violencia del impacto, se aplicó a amonestarla con ira derramada:

–¡Malvada! ¿Cómo te atreves a abusar de tu superioridad física para maltratarlo? ¿No te da vergüenza, atacar sin motivo a tu hermano, siete años menor que tú? ¡Sal de aquí de inmediato!

¡Salir! ¿A dónde saldría la espantada y dolorida Ninaïth, en medio de la noche helada y ventosa? Se levantó temblando de pies a cabeza y salió trastabillando, perdiéndose en las oscuras callejas del vecindario, en busca de un refugio que halló en la desértica Sala de Lectura más próxima. También allí hacía frío, pero por lo menos estaría a cubierto. Calentó el infaltable samovar, tomó un libro de los anaqueles y se aplicó a leer mientras, en su empeño por mantenerse caliente, bebía un vasito de té humeante tras otro.

Un par de horas más tarde, Daremlith acudía a buscarla con ánimo conciliador. La buena mujer, tan convencida como su esposo de la culpabilidad de su hija, discrepaba sin embargo en la rudeza del castigo, y así se lo hizo saber apenas aquella saliese, desencadenando un debate que a la postre ganó así:

–Gariun, querido, ¡deberías refrenarte! A veces pierdes la noción de tu propia fuerza. ¡Podrías haberla dejado parapléjica con ese golpe!

–Si cada prepotente, recibiese una dosis de su propia prepotencia aumentada, otro mundo tendríamos. ¡No hay otra manera!

–Escucha, Gariun: no estoy defendiendo su agresión. Pero al fin y al cabo es solo una niña, que ahora estará triste, dolorida y muerta de frío allá afuera, ¡con este vendaval endemoniado!

El Enlace no respondió. Seguía con la ira reflejada en el rostro ceñudo, y Daremlith temió insistir. Pero horas más tarde, consciente de la parte de razón contenida en las palabras de ella, cedió:

–Vale: lamento haberme excedido. Ve, búscala y tráela de regreso. ¡Pobre niña! Para el caso, ya estará suficientemente escarmentada.

Daremlith no se lo hizo repetir. Visiblemente aliviada, se detuvo lo apenas indispensable para rastrear rápidamente el vecindario con el Ojo atento de su Conciencia Extendida antes de salir, sabiendo con certeza hacia dónde dirigir sus pasos.

–Vamos, Ninaïth –le dijo con suavidad conciliadora, tomándola del brazo para ayudarla a incorporarse–: deja de afligirte y volvamos a casa. Pero sé buena y procura que lo de hoy no se repita. Cierto que tu padre reaccionó con desmesura, y ahora lo lamenta. Pero tu acción tampoco fue correcta. ¡No debiste agredir a tu hermano así, sin motivo y siendo tan pequeño e indefenso!

La joven amonestada le posó una mirada incrédula, pero no dijo nada. La siguió con tristeza resignada y regresó, sabiéndose más abandonada e incomprendida que nunca. Pero su suplicio no había hecho más que empezar...

A esa edad tan temprana, cada chiquillo es como un investigador científico en miniatura: viven experimentando con curiosidad acerca de lo que les rodea, en su afán por comprender y acumular la experiencia vital que habrán de necesitar para desempeñarse con mayor o menor habilidad durante el resto de sus días. Constantemente revisan por dónde pasan los límites, qué se consiente y qué no, cómo funcionan los engranajes de ese sofisticado universo humano en que han caído, qué desencadena los diversos fenómenos físicos, y así sucesivamente. Como era de esperar pues, Kaïnu tomó nota de la inusitada reacción paterna ante un mero movimiento de su dedo, que ni siquiera había llegado a ser una acusación directa pronunciada en alta voz. Dejó pasar los días y, cuando el incidente anterior parecía por completo superado y olvidado, lo volvió a intentar. Esta vez fingió un pequeño percance insignificante y se largó a llorar con aparente desconsuelo. Preguntado con solicitud acerca de qué le había pasado, repitió el gesto silencioso de señalar a su hermana que, sentada en un rincón, estudiaba un voluminoso manual ilustrado de Herboristería Terapéutica con abstraída atención.

Por insólito que pudiese parecer, ¡el resultado fue el mismo! De nada ayudó la palpable evidencia de que ella ni se había movido de su sitio, ni podía haber cometido nada en particular, bueno o malo. Llovió sobre su menudo cuerpo quebradizo una cascada de golpes e insultos coléricos, imposibles de atajar o mitigar así se acurrucase amedrentada, buscando escudarse tras su libro abierto. Así, de manera harto fortunita, Kaïnu acabó descubriendo el embriagador placer sublime que puede sentir el pequeño y débil, cuando ejerce un

dominio despótico sobre el más grande y presuntamente fuerte. El inexperto mocoso, desprovisto todavía de cualquier base ética por las limitaciones propias de su edad, se dejó seducir de inmediato por esa irresistible adicción a lo que percibía como una casi divina omnipotencia. A partir de entonces, las escenas de ese estilo proliferaron, agriando las ya tensas relaciones de Ninaïth con sus padres. Incluso Daremlith, quién más y mejor había procurado ampararla al principio, acabó viéndose arrastrada por el clima de rechazo hacia ella.

Desde ese momento, ya no importó demasiado que la agrediesen o no: compelida por las circunstancias a mantenerse perpetuamente a la defensiva, alerta a la menor señal de ataque un en ciernes, la niña ya no volvió a gozar de un instante de tranquilidad mental en ese hogar. Pero lo peor estaba todavía por llegar...

Meses más tarde, su madre volvió a alumbrar a otro niño. De la noche a la mañana, Kaïnu se encontró desplazado del centro de las atenciones, tanto paternas como maternas. Como es natural, empezó a sentir celos del advenedizo usurpador. Procuró descargar sus frustraciones recurriendo al ya trillado protocolo de fingirse víctima de su maliciosa hermana, pero incluso las viejas tretas parecían dar resultados decepcionantes. Era un hecho: había dejado de acaparar la atención exclusiva, y esa súbita pérdida de protagonismo le laceró el alma.

Decidido a vengarse, esperó con paciencia su oportunidad, acechando noche y día en busca de una ocasión en que el retoño quedase momentáneamente desatendido. Durante meses le fue por completo imposible, pero a medida que el bebé fue creciendo y demandando un cuidado menos intensivo, a la postre halló su oportunidad. Su odiado hermanito tendría poco más de un año recién cumplido, cuando aprovechando un breve descuido materno, Kaïnu se le acercó con sigilo y lo apaleó. Daremlith acudió con premura a la voz de su llanto, pero cuando preguntó a Kaïnu por lo sucedido, aquel respondió con su "palabra mágica":

-Ninaïth.

La jovencita de doce años no se encontraba ni remotamente cerca. Estaba estudiando en su refugio montañoso pero contra toda lógica, su inmejorable coartada no le valió de nada. Volviendo para la hora de la cena, encontró a ambos padres iracundos: Gariun la castigó con una violencia irrefrenable y de inusitada duración mientras Daremlith, de pie junto a él, aprobaba su acción dirigiendo a su hija una severa mirada de reproche. Apenas consiguió escurrirse de la cruel golpiza, Ninaïth huyó llorando despavorida, de regreso al amparo protector de las sierras. Difícil imaginar la dolorosa impronta que aquella experiencia dejó en su alma. El hecho de que incluso estando ausente, nunca podría prever qué clase de recepción la aguardaría al momento de su desprevenido regreso: ¡eso socava la paz espiritual de cualquiera!

Comprensiblemente, al día siguiente no volvió. Al otro, el Decano en persona pasó por su casa a preguntar por ella:

–Disculpa, Daremlith, ¿por qué tu hija lleva dos días seguidos sin acudir a clase? Con lo que le encanta venir... ¡Esto no es habitual en ella!

La abochornada mujer tuvo que explicar lo ocurrido:

–Es que anteayer se produjo un incidente desagradable. Parece que mi hija está celosa de sus hermanos menores, y no pierde la ocasión de hostigarlos... Peor aún: lo hace a mis espaldas, cuando los sorprende desamparados. ¡Finge estar ausente, entra con sigilo y causa daño!

–Pero si como dices, tú no estabas presente, ¿cómo puedes saber lo ocurrido con certeza?

–Para su desgracia, mi hijo Kaïnu la vio entrar, apalear al bebé y huir a continuación. Volvió por la noche con su más hipócrita cara de inocente, ¡pero a mí no me engaña!

–Luego, ¿debo entender que la has expulsado?

–No... No exactamente. Gariun la castigó y ella escapó. No ha vuelto desde entonces.

Mil y una dudas instantáneas atravesaron la sagaz mente del Decano, pero con esa cautela sopesada que caracteriza a los ancianos, se reservó sus objeciones.

–Comprendo –dijo, y se despidió. Al instante siguiente acudía en busca de Krinaïlé, para que lo condujera junto a la mejor discípula con que su Academia contara jamás. Solícita ayuda del Saïri de por medio, la encontró pálida, temblorosa y afiebrada, echada de espaldas sobre la hierba esponjosa, apenas resguardada de las inclemencias por la tupida enramada de un par de arbustos silvestres, el rostro ojeroso cubierto por su libro abierto y sumida en un sueño extenuado. Se aplicó a despertarla con amoroso tesón paternal, hasta que volviendo en sí, ella posó sobre él una mirada triste, tristísima, anegada por una congoja abismal.

–Ven conmigo, Ninaïth –le dijo con dulzura–: te llevaré a mi casa. Entre mi esposa y yo te cuidaremos y estarás bien. No hay nada que temer.

Ella asintió con un leve gesto de aprobación, y él cumplió lo dicho. A partir de ese día, Ninaïth vivió en casa de su Decano, recuperando pronto su lozanía y vitalidad. Conoció así su primera tregua bendita en los últimos años, y la disfrutó con serena gratitud. Aunque seguía encerrada en su atronador mutismo, ya no huía cada tarde hacia el consolador refugio entre las montañas. Terminadas sus clases en la Academia, tenía un tranquilo y acogedor hogar sustituto al que regresar a mediodía, en cuyo seno permanecía estudiando con placentero tesón hasta la hora de cenar y acostarse. Sin embargo, ¡tampoco esta tranquilidad recién recuperada estaba destinada a durar!

Medio año más tarde se produjo por fin la, a estas alturas, inevitable catástrofe. Cierta mañana, entrando en casa tras haber salido brevemente al mercado, Daremlith encontró a su retoño muerto en el suelo,

con el cráneo aplastado por algún objeto pesado que, de alguna manera, había caído fatalmente sobre él. Indagando por lo que pudiese haber acontecido, recibió la consabida respuesta de siempre:

–Ninaïth.

Hecha un torbellino de furia, la pobre mujer corrió hacia la Academia de Médicos y Herbolarios, con el rostro demudado en una espantosa mueca de odio y sufrimiento. Irrumpió como una tromba, para abalanzarse sobre su hija a la que levantó en vilo y arrojó hacia afuera con descontrolada violencia, mientras le gritaba iracunda y transgrediendo sus promesas:

–¡Tú!, Maëdin Meneyént Daërin, ¡mujer nefasta!, ¡insaciable demonio vengador!: ¿has venido a destruir mi familia? ¡No te consentiré! –Y se aplicó a patearla con saña.

El Decano palideció, y corrió a defender a su pupila con el rostro lívido de espanto. Rodeado por los curiosos estudiantes que presenciaban anonadados el inesperado suceso, le costó conseguir que la furibunda mujer cesase en su agresión y se fuera. Para entonces e invocada mentalmente por él, su esposa ya había llegado y, extremando precauciones, entre ambos alzaron y se llevaron a la joven de regreso a la protección del hogar. La desvanecida muchacha estaba cubierta de moretones, y posiblemente tuviese además, algunas costillas rotas. Ya en casa, se aplicó a revisarla y curarla pero la pobre infeliz, consumida por la fiebre, no despertaba.

¡Qué contratiempo! Aquel Maestro apremiado sostuvo un acalorado debate con su esposa, respecto a la conveniencia de los pasos a seguir:

–¿Realmente crees lo que dijo su madre: que tenga algo de Maëdin? –comentaba él– Por una parte, eso explicaría muchas cosas. Pero por la otra...

–A estas alturas, es irrelevante –interrumpió ella–. Sea o no cierto, ya no puede quedarse ni un día más. Recuerda el gentío apretujado en torno a vosotros, y piénsalo: ¡pronto se correrá la voz, y sobrevendrá el desastre!

–Es que tal y como está, si me atrevo a moverla se me podría morir por el camino –objetó él.

–Puestos a escoger entre dos muertes, mejor una apacible a una violenta. ¿No crees? –sentenció ella.

–Piénsalo otra vez: sacarla a la intemperie en su estado, y partir en busca de un santuario...

–¿Tienes algún refugio concreto en mente?

–Pues... me siguen inquietando las palabras de Daremlith, por eso estoy barajando la posibilidad de trasladarla a Draïr. ¡Pero eso implica cruzar Andú! En su situación actual, quizás no sobreviva al esfuerzo.

–Incluso así, vale la pena intentarlo.

La polémica continuó hasta coincidir con compartidos temores y pesar, en que la salvaguarda de la joven demandaba una acción inmediata, así redundase en un momentáneo deterioro de su endeble salud. Pues tenía

razón la mujer del Decano: tras el alarmante suceso, la vida de Ninaïth peligraba severamente en su ciudad natal. ¡No podía demorar su partida! Secundado por su esposa, el anciano aprontó lo imprescindible con urgente celeridad, y apenas cayó la noche tomó a su desvanecida paciente en brazos y se encaminó a la montaña; una vez más, buscando la ayuda de Arinaïlé.

El fin de la cacería

La joven despertó de su sopor febril en medio de la agreste montaña, súbitamente atenazada por ráfagas de viento frío que golpeaban su cara desgreñada. Miró confundida en derredor: estaba prácticamente "volando" por sobre las afiladas cumbres nevadas de una imponente muralla montañosa, en brazos de un enorme Saïri de pétreo rostro desconocido, que la transportaba con premura junto con su Maestro, en el cual acabó posando la muda mirada cargada de interrogantes.

–Lo siento Ninaïth, pero después de aquello, ya no podías demorarte ni un instante. ¡Tu vida peligraba! – ella lo siguió mirando silenciosa, con una expresión que aún reflejaba la presencia de cuestiones sin resolver.

–Estamos cruzando Astu: te conduzco al Oeste, a Draïr. Decidí este traslado porque si realmente tienes alma de Maëdin, allá estarás a gusto: tu Orden posee una Comunidad enorme en esa ciudad, y además disponen de un área residencial exclusiva separada. Será tu oportunidad de vivir tu vida tranquila y feliz.

Su protegida le dirigió una sonrisa agradecida para, confiada, dejarse arrastrar de nuevo al sutil mundo de la inconsciencia. De ese submundo umbrío solo emergió en un par de brevísimas ocasiones, para hallarse en distintos tramos de la ruta ferroviaria a Draïr. Seguía sintiéndose terriblemente debilitada y enferma, gozando de apenas los cuidados básicos más rudimentarios que su Maestro era capaz de improvisar en el curso de la apresurada huída. Solo despertaría percibiendo una mejoría sustancial días más tarde, ya en el seno de su nueva familia adoptiva. Entonces, abriendo sus ojos y viéndose entre gente que vestía el hábito verde de los Alumnos de Milie, sonrió aliviada y serena.

–¡Buenos días! –la recibió una alegre voz femenina, casi recitando la Lengua Saïri con su cantarín acento Maëdi– ¿Cómo está mi preciosa de Neir?

–Bien, gracias –respondió la joven, en Layedi–. Feliz de verme a resguardo entre gente buena.

–Pero tú... –comenzó a decir la mujer perpleja, todavía indecisa entre usar una u otra lengua.

–Soy Maëdin, aunque me hayan traído hasta aquí desde Nerai. La mía es una historia larga y triste. ¡Ya te contaré! Entretanto, reitero lo dicho: me alegra saberme entre amigos.

–¡Pues arriba, mi niña valiente! Siéntate y te serviré un té. Has pasado unos días terribles antes de despertar. ¡Nos has mantenido en vilo constante! Temíamos que no superases el trance...

Mientras la dueña de casa se disponía a servirla, Meneyént se sentó en su rincón, apoyando la espalda cansada contra la pared. Al cabo, ambas bebían y conversaban con serena camaradería. Meneyént narró sus amargas peripecias acumuladas durante dos vidas, acompañada por constantes gestos y exclamaciones de admiración por parte de su anfitriona. Una vez finalizó el relato, la buena mujer se estremecía solidaria:

–Sí que lo has tenido difícil... No es de extrañar que llegaras tan vapuleada. Pero míralo desde esta perspectiva: también has sido muy afortunada de encontrar protectores, incluso estando inmersa en una comunidad tan hostil. Solo no alcanzo a entender, por qué se te ha impuesto una transmigración tan inusual...

–Pues yo tampoco lo entiendo... Hasta el momento, lo he sentido como una especie de condena. Aunque sigo sin comprender qué habré hecho para merecerla.

–¡No te aflijas! –la consoló su anfitriona, añadiendo una máxima tradicional de su Orden– Ninguna pregunta habrá de quedar eternamente sin resolver.

Meneyént terminó de beber y comer el austero refrigerio, y se echó a dormir otra vez. Seguía durmiendo horas más tarde, cuando llegó el dueño de casa y la miró con preocupación. Su esposa lo despreocupó:

–Ya ha despertado. Hemos bebido juntas, y me contó sus avatares. Ven, siéntate y te repetiré la historia mientras cenamos.

También él lucía consternado al finalizar la narración.

–¡Pobre niña! ¡Qué experiencias pavorosas! –exclamó.

–¡Chist! No se te ocurra tratarla de niña –le reconvino ella–. Saca cuentas y verás, que sumando la edad de su vida anterior a la actual, es una mujer de unos sesenta años... ¡Y no se mantuvo ociosa! De lo poco que alcanzamos a conversar, he deducido que es una estudiosa aplicada. En cualquier caso y a pesar de las apariencias, deberemos poner especial atención en considerarla adulta, y tratarla en consecuencia.

Sobrevino el silencio, solo quebrado por el tenue sonido de la cubertería en acción. Al cabo, el dueño de casa musitó pensativo:

–Había oído infinidad de rumores respecto a las persecuciones antimaëdern del Área Central, y el asedio al Láyed. Pero nada de lo escuchado hasta ahora se acerca ni a la décima parte de este testimonio. Es indudable que los discípulos de Leveri decaen... ¡Pero los genuinos correligionarios de su Maestro Fundador, pagamos el precio! ¡Ay, Leveri! ¿Qué nos has hecho? A veces me pregunto si existe la Justicia en este mundo...

Su esposa lo miró sin replicar. Aquel era un pensamiento desalentador, muy difícil de evitar.

En Draïr, Ninaïth conoció una auténtica paz serena, tranquila, sin temores ni congojas. Pronto comprobó que su dedicado Decano la había dejado al amable cuidado de una madura pareja de sabios Maëdern, que entre ambos ejercían los al parecer, oficios favoritos de la propia Meneyént: él era Herbolario, y ella Médica. La joven pudo permitirse pues el lujo de cambiar de hábito, recuperar su nombre Layedi original, hablar su propio idioma con soltura y, en ausencia de una Academia local idónea, aplicarse a aprender de ambos tutores de manera alternada y con apasionado empeño, observando con atención, preguntando con tino y escuchando las respuestas con seriedad.

Un día se demoraba en el hogar, aprendiendo del Maestro Herbolario al que ayudaba a surtir y administrar la botica. Al día siguiente acompañaba a la Maestra Médica en sus rondas de visitas a los pacientes, asistiéndola en lo que fuese menester. Siempre servicial y de buen talante, era además una excelente discípula, a la que daba gusto enseñar. Y en sus ratos libres, estudiaba con sedienta avidez cualquier libro especializado al alcance de las manos. Tanto los volúmenes sobre Medicina como los dedicados a la Herboristería abundaban en ese hogar bendito, en el cual la joven hizo grandes y rápidos progresos. Porque así como reprimida y agobiada se había sentido desde siempre en Neir, así de liberada para expresar su personalidad con espontánea alegría se sintió por fin en Draïr: entre aquellos Maëdern, Meneyént se convirtió en un torbellino de optimismo, vitalidad juvenil y ansias de superación personal. Ese período transcurrido en la Capital del Oeste constituyó, como siempre recordaría con nostalgia, la época más dichosa de su vida.

Kaïnu tendría unos siete años cuando de súbito, enfermó con inexplicable gravedad. Su salud sufrió un deterioro vertiginoso, desde que empezó a vomitar al atardecer, y hasta que a media noche su cuerpo ardía y se sacudía, y el niño deliraba afiebrado.

–Ninaïth.... Ninaïth... –Se quejaba inquieto, entre espasmódicos balbuceos: en su delirio, el nombre de su hermana mayor se repetía con obsesiva insistencia.

Sus padres se asustaron. Gariun fue el primero en reaccionar:

–¡Es ella!, ¡es esa hija ingrata otra vez! ¡Nunca nos dejará en paz!

Por fortuna, todavía desconocía la genuina identidad Maëdin de la joven. Por lo menos en lo que a él concernía, Daremlith sí que había cumplido su palabra, inventándose sobre la marcha una excusa cualquiera con que explicar la escena (de conocimiento público a estas alturas) que ella misma montara en la Academia de su hija. Incluso así, la reacción del hombre fue tan desmesurada como de costumbre: pronunciando maldiciones, amenazas y anatemas, salió disparado en dirección a la estación del ferrocarril, resuelto a cortar el mal definitivamente y de raíz.

Daremlith, más práctica, invocó mentalmente al mejor Médico.

–Se ha envenenado con la savia de una planta silvestre, muy común en la región –dictaminó aquel, tras revisarlo a fondo–. Posiblemente lo hiciera de manera accidental: basta con que quebrase una hoja o tallo sin darse cuenta, se mojase un dedo y con un gesto maquinal, sin pensarlo, limpiara esa gota lamiéndola. Dado el peso exiguo del infante, alcanza y sobra con esa dosis: la lechosa savia de esa planta es de altísima toxicidad.

Mientras recetaba los medicamentos con su posología adecuada, el galeno recomendó armarse de paciencia:

–Prepárate para unas jornadas muy duras. Si consigues doblegarla, la enfermedad sólo comenzará a dar signos de remitir, de aquí a tres días...

Daremlith se estremeció, carcomida por las dudas. Aterrada, consultó el tema con el Médico:

–¿Y no cabe la posibilidad, de que la mano vengativa de mi hija se oculte tras la fortuita intoxicación? Al fin y al cabo, ¡las plantas con sus efectos son su especialidad!

–Cuesta creerlo –replicó él, pensativo–: en primer lugar, porque estas cosas le pueden acontecer a cualquiera, sin mediar premeditación ni malignidad. ¿Para qué obstinarse en buscar retorcidas conspiraciones, si la verdadera respuesta puede ser tan simple? Pero en segundo lugar, piénsalo: ¿cómo y para qué lo haría ella? Estando tan lejos y sin obtener de ello beneficio alguno... ¡Es una sospecha carente de sentido!

Y se guardó el tercer argumento, el principal en su opinión, pero que sabía inútil ante su público actual: ¡la buena de Ninaïth era por completo incapaz de semejante vileza! Incluso así, a Daremlith le costaba convencerse. Aún objetó, como si esgrimiese la prueba definitiva:

–Si ella no está relacionada, ¿por qué mi hijo no hace más que mencionarla al delirar?

¡Buena cuestión! El Médico, que también se la planteaba, tenía sus propias conjeturas al respecto, pero debía avanzar con cautela si quería llegar al meollo del problema. Procuró razonar con calma:

–No puedes demandar excesiva lógica a un delirio, siendo un acto irreflexivo por definición. Pero se me ocurre un motivo plausible: ¿quizás el niño ya está tan habituado, que acusar a su hermana de lo que sea, se le ha vuelto un acto reflejo?

–No lo sé... –musitó Daremlith, aturdida entre su también reflejo impulso de creer a su hijo a rajatabla, y la creciente angustia de la duda. ¿Y si estaba por volverse cómplice de un error irreparable?–. No lo sé. A veces cuesta imaginar qué podrá estar pasando por las mientes de una persona que desde su nacimiento, vive encerrada en el más hermético ostracismo. Como sea, mi esposo ha determinado que ella es culpable, y partió dispuesto a escarmentarla de una vez y para siempre.

Indagando así, paso a paso y con paciencia, el galeno consultado se anticipó a la siguiente desgracia en ciernes, apresurándose a evitarla: saliendo de ese hogar desquiciado, el Decano de Médicos dirigió su urgente advertencia mental a Draïr. Meneyént dormía el placentero sueño de los inocentes cuando, oportunamente alertado, su tutor-Maestro la despertó con apremio:

–Arriba, Meneyént: tu vida peligra. Debemos partir de inmediato –la joven, que recién se había dormido haría poco más de media hora, tardaba en despabilarse. Su protector insistió–: si te apresuras, todavía alcanzaremos a salir con el último tren, antes de medianoche. Perderlo significaría desperdiciar valiosas horas de ventaja. ¡Vamos, Meneyént! –La adormecida adolescente de catorce años hizo ademán de preguntar.

Apremiado, él se lo impidió– ¡Ya habrá tiempo de sobra para hablar, cuando estemos cómodos y tranquilos en el vagón!

Viéndolo tan alarmado, ella se apresuró. Ambos se despidieron de la Médica, que participaba de los preparativos en silencio, y partieron en taxi. Media hora más tarde estaban en la terminal: alcanzaron su tren y salieron a horario, con destino a la lejanísima Äiketh, a un día y medio de raudo viaje hacia el Norte. Por el camino, el buen Herbolario fue poniendo a su pupila en antecedentes. Ella se espantó. ¿Es que no había manera en este mundo, de escapar al obsesivo lazo de su hermano? Entre aquel y su padre, habían acabado por formar un dúo siniestro de juez y verdugo, a cual más perverso y arbitrario. Con tantos miles de kilómetros que separaban Draïr de Neir, y no bastaban, ¿quién le aseguraba que en Äiketh hallaría por fin, la tan ansiada seguridad?

–¡Es él! ¡Es ese hombre nefasto otra vez! ¿Cuándo me concederá reposo? –Meneyént lloraba y se estremecía, pese a las consoladoras palabras de su tutor que hacía vanos esfuerzos por insuflarle ánimos, describiéndole la holgada situación de los Maëdern en la ciudad a la cual se dirigían, *"por lejos mejor que la nuestra en Draïr"*:

–Son oriundos de Äleyént; los que consiguieron alcanzar la Cordillera y cruzarla tras la dispersión de su Comunidad. Y en Äiketh los tienen en gran estima, tanto las autoridades como los ciudadanos comunes...

¡La dispersión de Äleyént! Ella misma había estado allí al momento de producirse. No pudo evitar el impulso de plantearse que, de haber optado por encaminarse al Oeste en lugar de empeñarse en alcanzar sus Islas, quizás llevaría dos décadas viviendo tranquila en Äiketh como una más de dicha Comunidad, completamente ignorada por esa familia de Sorien abominables que la acosaban sin descanso. Volvió a desatarse en un llanto conmovedor. Recién tras muchos intentos de consuelo por parte de su protector, se avino a preguntar:

–Si tanto en Draïr como en Äiketh tenemos comunidades numerosas, ¿qué tanta diferencia me haría, estar aquí o allá? ¿Por qué en Draïr correría un peligro que en Äiketh no?

–La diferencia la hace el poder –replicó él con sencillez–: en Draïr, los Sorien ostentan la preponderancia política, gozando plenamente de unos derechos civiles que a nosotros nos son denegados por sistema. Y ese poder lo emplean para someternos por la fuerza. En la práctica, eso significa que cuando tu enemigo llegue a mi ciudad, acudirá a sus colegas Sorien en primer término. Ellos secundarán su empeño. Y por más que nos pese, nosotros quedaremos inhibidos de ayudarte. Pues incluso siendo tantos, en Draïr se nos trata peor que al polvo, siempre bajo los pies de quien desee pisotearnos. En cambio, en Äiketh es diferente: las leyes y las autoridades nos amparan, y estamos en pié de igualdad con los demás; no somos ni más ni menos que nadie. ¡Como debe ser! Por eso, es el mejor y más seguro lugar para acudir en estos momentos.

–¿Y qué hay del Continente Pequeño? –objetó ella. Sabía que sus compatriotas Maëdern habían evacuado el país a favor de ese remoto refugio inalcanzable: quizás el único destino posible hasta el cual su empecinado perseguidor no podría seguirla, si ella se replegase hacia allí.

–Meneyént, piensa: retirarnos paulatinamente allende los océanos, renunciando a participar de la sociedad humana, ¿no sería una sutil manera de morir? Y además: ¿crees que nuestra Orden fue fundada para cerrarse como una ostra y sobrevivir aislada sólo para sí misma, sin aportar nada provechoso a los demás?

–¡Maestro! –se espantó ella–: ¿estás insinuando que mis hermanos, amigos, parientes y vecinos del Láyed deberían haberse dejado masacrar, en lugar de ponerse a resguardo?

–¡Jamás lo quiera la Unidad! No me malinterpretes, Meneyént: no los estoy juzgando. Supongo que de haber estado allí, habría procedido igual. ¡No les dejaron opción! Pero yo estoy en el Oeste. Nuestra situación es diferente. Aquí tenemos mucho trabajo por realizar, y la gente nos aprecia. Incluso en Draïr, a su peculiar manera, todavía desean nuestra presencia. ¡No estaría bien abandonarlos por egoísmo y comodidad!

La joven reflexionó unos momentos. Comprendía el punto de él pero, hastiada de la persecución constante, seguía tentándole la idea de arribar a un posible "puerto seguro" y definitivo. Objetó con pausado razonamiento:

–Supongamos que mañana el mundo nos rechaza en bloque. Según tu postura, al instante perderíamos nuestra razón de ser. ¿Tendríamos que resignarnos a la condena universal y dejarnos exterminar, en lugar de procurar esa "egoísta supervivencia que solo nos beneficiaría a nosotros mismos", en tu opinión?

El buen hombre se estremeció.

–No lo sé, Meneyént. Créeme que no lo sé. Este es un tema que se sigue debatiendo acaloradamente por doquier... Solo espero que nunca nos veamos en esa situación tan espantosa que describes. Me pregunto si en un caso como ese, el propio mundo conservaría su razón de ser... No sé si me explico.

–Eso... –murmuró ella, cavilando con aprehensión– Esa es una afirmación muy extrema de hacer...

–Quizás. Pero piénsalo otra vez: la finalidad del mundo es la superación personal de cada individuo humano. Precisamente ese, es el objetivo fundacional de nuestra Orden, que originalmente los Sorien compartieron, pero que poco a poco y cegados por otras finalidades, están perdiendo u olvidando. Luego, con nosotros fuera del tablero, ¿qué te quedaría?: ¿los mezquinos afanes guerreros de conquista, control y supremacía que parecen mover los engranajes del mundo actual?

Vencida por lo tardío de la hora, Meneyént se durmió reflexionando en esas cuestiones... Y tuvo un sueño inquieto. Junto a ella, su protector suspiraba afligido:

–Oh, el Láyed, país bendito... ¡Lo hemos perdido! Qué desgracia irreparable...

Gariun llegó a Draïr, sólo para constatar con frustración que el pájaro ya había volado. En ese momento, podría haber renunciado a sus propósitos y vuelto a casa. También podría haber resuelto seguir sin dilaciones el rastro de su hija fugitiva. En lugar de escoger cualquiera de estas dos, optó por una tercera opción: descargar sus iras en primer término, sobre el "cómplice local" de su hija, el osado Maëdi que la ayudara a escapar.

Asesorado por los Sorien respecto de su identidad, esperó su regreso con paciencia, tras lo cual prácticamente se pegó a sus talones, siguiéndolo subrepticiamente hasta su casa. Una vez allí, se abalanzó con ímpetu asesino contra el hombre que venía cansado y desprevenido, tras los días invertidos en ir y volver, más su ajetreada pero fructífera jornada en Kiketh, resolviendo los negocios de su protegida. El aguerrido Enlace lo molió a golpes, mientras un nutrido grupo de Sorien custodiaba la puerta, a fin de garantizarle plena libertad de acción. Arrojado con violencia contra su mesa baja, sometido a una lluvia brutal de los frascos de vidrio que, conteniendo diversas hierbas y preparados medicinales, poblaban las estanterías que cubrían las paredes de la vivienda, el menudo y delgado Herbolario sucumbió a la brutal embestida, sufriendo una muerte tan súbita como violenta y gratuita. En parte satisfecho, Gariun se fue a comer y descansar en la Academia de sus anfitriones. Por la tarde reemprendería la cacería.

Cuando la esposa del Herbolario volvió a casa tras completar su ronda de visitas médicas del día, encontró su interior caótico y revuelto, y a su marido irreconocible por lo profusamente herido y mutilado, arrojado sin vida en medio de los destrozos. Esa noche no pudo hacer ninguna otra cosa que no fuese llorar. Pero no estaba sola: la enlutada Conciencia Extendida de Meneyént lloraba junto con ella.

Inmersa en el cuidado de su hijo, que doblegado por las fiebres, acababa por fin de caer en un sueño extenuado, Daremlith tardó en percibir la tercera presencia en la habitación. Muy poco a poco fue tomando nota de la luminosidad especial que invadía los recovecos del cuarto en plena oscuridad nocturna, entonces alzó la cabeza y se volvió.

–Ah, tú –masculló con rabia al reconocerla–: ¿has venido a congratularte de tu obra siniestra? Vete de aquí, bruja asesina. ¡Tus horas están contadas!

–¿Y si por una vez en tu vida, procuraras ser razonable? –sugirió la interpelada con lenta suavidad– Veamos: ¿a cuántos asesinos conoces, capaces de resplandecer con semejante fulgor?

Alcanzada de pleno por la lógica inapelable del argumento, Daremlith enmudeció. Se quedó cavilando confundida. Al cabo, consiguió musitar un intento de refutación:

–Pero si no fuiste tú, ¿entonces quién...?

–Míralo –le respondió la luminosa aunque etérea presencia de Meneyént–: habéis criado un monstruo. Es la obra de vuestras manos, y a un paso está de aniquilaros. ¿Piensas que con asesinarme a mí, se acabarán vuestros pesares? ¡Te equivocas! Ese veneno tan potente que probó por descuido: tú y tu hijo por venir erais los destinatarios. Porque tal y como lo habéis criado, Kaïnu es completamente incapaz de concebir cualquier Universo que no gire para y exclusivamente en torno a sí mismo.

–¿Tú qué sabes...? –Comenzó a objetar Daremlith, pero una Meneyént progresivamente exasperada le impidió continuar.

–Ese hombre aborrecible acaba de asesinar a mi Maestro y ahora devora las distancias otra vez, acudiendo a ultimarme con irreflexiva presteza –casi clamaba con espanto, esa voz etérea cargada de dolor irritado–. Yo te advierto: ¡mi sangre derramada no redimirá la vuestra! Permítele continuar: tras el inútil sacrificio de mi vida, podréis seguir viviendo en el engaño por unos días o semanas más. Pero mucho antes de lo que esperas, ¡tu bienamado hijo predilecto os matará! Demasiado tarde para arrepentiros o repararlo, os enfrentaréis indefensos a la agonía más prolongada y cruenta que os creáis capaces de imaginar. Te estoy ofreciendo pues, una última oportunidad crucial: sálvame y sálvate, a ti y a tu último hijo en gestación. Vete ahora mismo a buscar al Decano de Enlaces, único cuya autoridad tu esposo acatará. Dile que despierte al niño y revise su Registro. Así, de manera sorpresiva, cuando la modorra todavía atenaza sus sentidos. Una vez que él te dé su veredicto, confío en que tu conciencia sabrá dictarte lo que debes hacer.

La etérea presencia de su hija se desvaneció disolviéndose en el ambiente tras estas palabras. La habitación volvió a quedar en la penumbra, pero Daremlith no se apresuró a seguir el consejo, mandato, o lo que fuese. Dudaba. Miraba a su hijo predilecto, profundamente dormido tras una jornada completa de lidiar con la fiebre y los temblores, y dudaba. Una criatura tan tierna y desvalida, ¡de ninguna manera podía ser capaz de esos hechos tan terribles de los cuales su hija lo acusaba! Uno podría decir, que si tan segura estaba de la inocencia del niño, ¿qué tanto exponía con examinarlo? Pero de eso se trataba precisamente: cuando alguien anhela creer en algo, no está dispuesto a tomar iniciativas tendientes a socavar esa fe.

Por otra parte, su hija lo había percibido con acierto: Daremlith estaba encinta otra vez, y la mera posibilidad de perder a este último vástago también la sacudió. Posiblemente, ya no tendrían otra oportunidad: ella y su esposo eran gente madura.

Tras mucho pensarlo, y con una enorme cuota de reticente aprehensión, se levantó con resignada lentitud, encaminándose a la casa del Decano de Enlaces.

–Maestro... ¡Maestro! –Llamó desde el umbral, manteniéndose a distancia por respeto.

Por lo avanzado de la hora, le costó despertarlo. Cuando por fin el anciano abrió los ojos, ella suplicó que la siguiese sin demora, haciéndole un sucinto resumen de la situación:

–Maestro, por favor, tenéis que venir con urgencia.

–¿Pasa algo grave? –preguntó despabilándose con pesadez, sin comprender por qué ante una emergencia lo molestaban a él, en lugar de al Decano de Médicos.

–Pues sí, pero... ¿Cómo explicarlo? He tenido una aciaga premonición repentina, y me urge vuestra confirmación. Solo necesito una cosa: mirad en el Registro de mi hijo, y decidme qué veis. ¡Quizás más de una vida dependa de ello!

–Pero Daremlith, a esta hora... ¿No puede hacer lo mismo tu marido?

–¡No está en la ciudad!

–¿Y tan crucial es, que no lo puedas diferir hasta mañana?

–Por favor, Maestro, ¡no demoréis! Con cada segundo que pasa, el peligro aumenta. No. ¡No se puede aplazar! Venid... Venid ahora mismo –la mujer se deshacían en llanto y temblaba con intenso temor al suplicar.

Todavía escéptico, el hombre acabó cediendo por compasión. Iría, vería y verificaría. Total, ¿qué tanto le costaba sacar de dudas a esa mujer afligida y asustada?

Una vez allí, el Decano despertó al niño de manera súbita, y sin darle la menor posibilidad de despabilarse, horadó su conciencia con su mirada penetrante. Apenas vio lo que vio, retrocedió consternado. Casi de inmediato e invocados por el anciano, otros Enlaces irrumpieron en la vivienda para llevarse al infante aturdido. Entonces explicó a la azorada mujer:

–Jamás había visto nada igual: ¡ese niño es un asesino serial! No solo ha asesinado a tu segundo hijo, y no solo planeaba a envenenarte. Es que también una larga serie de accidentes misteriosos acontecidos en el vecindario en el curso de los últimos años, parte de ellos mortales, ¡son obra suya! Tuve que interrumpir mi examen por la mitad, porque la lista es terrorífica. Habrá que interrogarlo y juzgarlo... Lo siento, Daremlith –añadió esto último al ver que la desconsolada madre se desmoronaba.

Aquella hizo soberanos esfuerzos para reponerse, y decir:

–Maestro, hemos vivido estos años tomando a mi hija Ninaïth por única responsable de todos nuestros males. Mi esposo está viajando a su encuentro, determinado a aniquilarla. ¡Debéis detenerlo!

El Decano de Enlaces palideció. Su venerable rostro de anciano se deformó en una breve mueca de espanto, mientras murmuraba para sí en voz muy baja:

–Ahora entiendo... –y se aplicaba a detener el siguiente desastre, dirigiendo un apremiado mensaje a su discípulo– Gariun, ¡Gariun!: detente en tu empeño ahora mismo, y regresa...

El hombre, a un tercio del trayecto entre Draïr y Kiketh, intentó discutir:

–No desperdiciéis vuestra energía en vano, Maestro. Estoy resuelto a no volver, hasta no haber erradicado al mal para siempre –pero pronto tuvo que rendirse a la evidencia:

–¡No seas necio! Presta atención: tengo pésimas noticias para ti. He mirado en el Registro de tu hijo, y lo he hallado responsable de un sinfín de atrocidades. En estos momentos es prisionero de los Enlaces, que se turnan para interrogarlo. Si no vuelves enseguida, no llegarás siquiera para la ejecución.

–¿Qué? ¡Eso es imposible! ¡Debe tratarse de una calumnia! Maestro, por favor: no os dejéis...

–¿Es que dudas de mi palabra? No se trata de nada que nadie me dijese: ¡yo mismo lo he escudriñado! El proceso ya se ha iniciado, y continúa inexorable. Si no regresas de inmediato, te expones a no volver a verlo con vida.

–¡No! Por lo que más queráis, Maestro, ¡no me hagáis eso! Permitidme hablar con él, por lo menos una última vez...

–Eso depende de ti; de la premura con que regreses. ¡Evita cualquier distracción!

–¡Me vuelvo ahora mismo!

Así que bajó en la siguiente estación y emprendió el abatido retorno. Quería ver a su amado hijo antes del final. Quería brindarle su cálido apoyo paternal durante el proceso. Y en particular: quería revisar su Registro, y cerciorarse por sí mismo. En su fuero interno, aún esperaba hallarlo inocente...

Todavía tardó cuatro días en desandar esa ruta de tantos miles de kilómetros. Entretanto, las diarias sesiones de interrogatorios de una hora de duración habían comenzado, ante el espanto de unos Enlaces inquisitivos que descubrieron ante sí a un narcisista criminal impenitente: recluido por aquellos según la ancestral costumbre soriánica de Neir, en las profundidades más remotas de una antigua mina abandonada, Kaïnu iba admitiendo sus crímenes uno por uno, recreándolos para su severo público con un placer obsceno y abundando en detalles morbosos. Parecía enorgullecerse de sus actos, regodeándose con procaz insolencia en la renovada aprehensión que su descripción minuciosa y realista provocaba en los adultos.

Tal y como reconoció, se había vengado de manera brutal de niños inocentes, por las nimiedades más insólitas. Rara vez les causaba accidentes mortales. Tras sus primeras tentativas exitosas, había aprendido que mejor era dejarlos lisiados de por vida, concediéndose el placer adicional de contemplarlos en su ruina, un día tras otro. En total, Kaïnu era directamente responsable de cinco muertes, y once casos de lesiones de distinta gravedad; de los cuales no solo se vanagloriaba sino que además, muchas veces en el curso de los interrogatorios se mofaba con descaro de sus anonadados interrogadores, riéndose de sus "prejuicios morales" en sus narices. A sus jóvenes siete años, ya era un asesino desalmado y un delincuente contumaz. ¡A saber en qué sujeto abominable se habría convertido, de no haber sido detenido a esta edad!

Para cuando Gariun arribó a su ciudad, encontró a su esposa completamente abatida.

–¡Oh, Ninaïth, mi ángel de luz...! –se lamentaba ella– Tantos años soportando en silencio las acusaciones y castigos más injustos... ¿Qué hemos hecho con ella?

–Ha renegado de nosotros –masculló él con aire afrentado.

–¿Y qué esperabas? ¡Si la hemos acosado con saña! Pobre niña... y tanto para que al final, resultó ser inocente. Y no solo eso: es que de habernos empeñado en seguir por dónde íbamos, habríamos perdido también al bebé...

–¿Cómo está Kaïnu?

–Puedes verlo si quieres, no te lo impedirán. Yo no me he atrevido: se me parte el corazón de imaginar las condiciones a que lo habrán reducido. Ya sabes lo severos que podéis llegar a ser los Enlaces.

–Iré ahora mismo. Aunque sea para brindarle mi apoyo, y consolarlo.

–Vale, pero no esperes encontrarme al volver. Me voy. ¡No quiero estar cerca cuando se produzca la ejecución! Prefiero rehacer mi vida lejos, junto a nuestra noble hija hasta ayer despreciada.

¡Dicho y hecho! Esa tarde abandonó la localidad para siempre.

VI
Aires nuevos, vida nueva

Saliendo de su ciudad natal por primera vez, de mediar otras circunstancias Daremlith habría disfrutado aquel viaje. ¡La sucesión, variedad y contraste de paisajes era asombrosa! La primera etapa, en tierras del Área Central, la hizo en esos viejos y pesados ferrocarriles a vapor, con sus característicos vagones de madera que de tanto mecerse con los vaivenes del tren, parecían amenazar con desmontarse por sí solos a mitad de camino.

Atravesó territorios que según la memoria escrita de los Sorien, antaño habían sido ricos y prósperos, pero que ahora se agostaban empobrecidos por las guerras y conflictos que apenas acabados, ya se insinuaban cual nubarrones tormentosos en el horizonte internacional. De las tierras montañosas del Sur pasó a las llanuras subtropicales hasta arribar a Vaïta, otrora una capital orgullosa, en la cual hubo de descender para tomar otro tren, tan achacoso y desvencijado como el anterior, que la trasladaría al Oeste. La línea férrea cruzó durante horas el majestuoso bosque de Aïdi, que impresionaba la vista incluso desde el interior de aquella vieja pieza de ingenieril civilización. Para cuando dejó atrás la foresta, el terreno ascendía otra vez: con jadeante esfuerzo y lanzando con bravura su espesa humareda negra, la colosal locomotora conducía a sus vagones en línea recta hacia la Cordillera, como si quisiera embestirla con furia. Pero no hubo tal colisión: la formación se introdujo por un largo túnel de factura Saïvir (lo cual significa suave, recto, iluminado y ventilado), emergiendo a la luz del día un par de horas después.

Una vez más, Daremlith tuvo que transbordar. A partir de aquí viajaría en los modelos al uso en las tierras occidentales: más rápidos, confortables, limpios y modernos, capaces de devorar en un solo día la distancia que a sus vetustos colegas del Área Central demandaría dos. La región lucía tan agraciada como sus trenes: se notaba, ¡y cómo!, que la guerra llevaba siglos sin visitar estos parajes. El paisaje era más colorido y luminoso, incluso se diría que más joven, a este lado de las Montañas que Separan. A través de las ondulantes llanuras pródigas, salpicadas de sembradíos por aquí y de campos de pastoreo por allá, su tren la condujo a Draïr; la pujante y populosa capital de occidente, en el centro de cuya Ciudad Nueva descendió para, en esa misma Terminal pero cambiando de andén, tomar su último tren que siguiendo la línea de la costa, la llevaría por fin hasta la remota ciudad boreal. Ya poco de salir, apenas atravesaron en dirección noroeste el último muro constituido por las estribaciones septentrionales de las Sierras Siamesas, tuvo la grata oportunidad, esa que nadie olvida, de contemplar el océano infinito por primera vez. Extasiada, sació su vista durante las primeras horas, mirando hacia el horizonte marino con reflexiva concentración. Pero a medida que la monotonía de ese nuevo paisaje se prolongaba perdió el interés, recayendo nuevamente en su tensa apatía.

Llegando a Ïketh, una ciudad todavía modesta que se construía con efervescente rapidez, Daremlith consultó por el paradero de su hija. Pese a las comodidades y atenciones de que gozara a bordo, especialmente desde su ingreso en los países occidentales, venía cansada, tanto física como anímicamente, con la paciencia erosionada por el insomnio, los remordimientos y el apremio. Pero allegándose a la Academia de Médicos y Herbolarios como le fuera indicado, por más que la buscó no la pudo encontrar. Casi se le va el alma a los pies. ¿Y si había recorrido una distancia tan intimidante, en vano? ¿A dónde habría huido su escurridiza hija en el ínterin? ¿Dónde buscarla ahora?

–Disculpad –dijo acercándose al hombre más anciano de la sala, asumiendo con acierto, que debía tratarse del Rector–: ¿no habéis visto por aquí a mi hija?

–Su... ¿hija? –el viejo Maëdi la miraba desconcertado, acariciándose la barba.

–Pues, sí... Verá usted: es que ahora viste vuestro hábito, y supongo que también habrá cambiado de nombre. Si no me equivoco, se habrá presentado como "Maëdin Meneyént Daërin", y tiene que haber llegado la semana pasada, procedente de Draïr.

–¡Ah, ella! Pues lo siento, señora, pero difícilmente pueda verla hoy –le explicó–: es que en la mañana de ayer se produjo un accidente fatal en una obra en construcción. El brazo horizontal de una de esas grúas enormes que usan ellos, se desprendió y cayó aplastando a varios albañiles. Hemos enviado voluntarios para ayudar a atenderlos en el hospital. Su hija partió con ese grupo. Desde entonces y en tanto los heridos no estén fuera de peligro, se ha propuesto acudir a diario. Volverá después de medianoche, y para entonces estará demasiado agotada... –viéndola desanimarse, añadió– Yo le recomiendo buscar alojamiento, reponerse de las fatigas del viaje, y aguardar con calma a que ella la pueda recibir.

Daremlith se retiró pues a una casa de huéspedes dentro del vecindario Maëdi pero, con los nervios crispados y poco dispuesta a cumplir también la segunda parte de la recomendación del Rector, mantuvo el Ojo de su Consciencia a la expectativa del regreso de su hija que, rehusando acogerse a la hospitalidad de nadie en particular (¿temería acarrarles algún perjuicio, como a su tutor de Draïr?), paraba en el edificio de su Academia.

En efecto, el accidente había sido grave. Al desprenderse aquel enorme y pesado brazo horizontal, había caído golpeando y demoliendo las incipientes estructuras, atrapando entre los escombros a muchos obreros que no alcanzaron a dispersarse. Sin embargo, el peor damnificado había sido el operador de la grúa: quedó en un estado tan calamitoso que, pese a que aún respiraba al ser ingresado en Urgencias, los médicos no le daban grandes esperanzas y pasaron de él, aplicándose a los demás.

Rodeada por su puñado de voluntarios, Meneyént se fijó por objetivo, no solo salvar a este hombre, sino más todavía: dejarlo "como nuevo", recuperado por completo. Tenía por delante una tarea titánica. Entre la conmoción y los golpes recibidos, aquel pobre operario tenía los huesos pulverizados, pero eso era lo de menos. ¡Lo peor era su cráneo! Se había resquebrajado en miríadas de fragmentos, algunos del tamaño de astillas, gran parte de los cuales se habían incrustado además en la masa encefálica. Y como si tal cuadro no resultara suficientemente desalentador, la cavidad craneana estaba anegada en sangre, que ejercía una presión destructiva sobre la materia gris. Tal era el panorama que tanto desanimara a los médicos: tras hacerle sus tomografías y radiografías, decidieron que incluso si lo salvaban, el hombre quedaría en estado vegetativo de por vida. Habiendo tantos damnificados por atender, ¿valía la pena dilapidar tiempo y recursos en este?

Meneyént lo asumió como un desafío personal. Su razón de ser era "preservar la vida": para eso estaba allí. Además, la acuciaba el último discurso que su Maestro le dirigiera durante su viaje en tren: *"¿crees que nuestra Orden fue fundada para cerrarse como una ostra y sobrevivir aislada solo para sí misma, sin aportar nada provechoso a los demás?"* Su planteamiento, que en ese momento quizás solo pretendía ser meramente filosófico, en el recuerdo sonaba como un mandato.

Pese a ser la más joven de su grupo, Meneyént lo dirigía con consensuada autoridad. Para entonces, ya no quedaba nadie en el Continente Grande capaz de equiparar su nivel de conocimiento. No es de extrañar: estaba sumando la experiencia de dos vidas. Pues si bien su segunda vida aún era demasiado breve, por otra parte no había desperdiciado ni un segundo: tan intensa y sostenida había sido su dedicación al estudio. De regreso en sus actividades clínicas, pasó el día anterior, el primero y más crucial, ocupada en drenar el cráneo y detener las hemorragias internas, disolver las astillas clavadas en el cerebro y liberarlo de cualquier presión dañina ejercida sobre él. Hizo que se le administrase un Reconstituyente diluido en el suero, y lo indujo a un Sueño de Restauración Profunda. A continuación, nota a nota, fue enhebrando las viejas y potentes melodías más antiguas de su Disciplina, firmemente arraigadas en la tradición de una ininterrumpida cadena de forestadores, amorosos restauradores de la Creación. Porque los Trovadores Regeneracionistas curan cualquier clase de heridas, reverdecen los bosques calcinados y sostienen la vida en su amplia variedad con sistemático tesón, conjugando el poder de la música, la modulación de sus voces y la concentración mental. Luego, para cuando ella se retiró la noche anterior, el hombre ya estaba estabilizado, y por fin contaba con genuinas expectativas.

Seguía hoy por dónde lo dejara: se aplicó a reconstruir el tejido neuronal dañado, y a reparar las fracturas del cráneo. Consciente de la vitalidad de cada instante, Meneyént trabajaba durante horas sin interrupción hasta que, literalmente, se derrumbaba en su sitio. Entonces bebía un Reconstituyente y se retiraba a la Sala de Enfermeras, a tomarse un té, comer un bocado de algo y dormir veinte minutos en Sueño

de Restauración Profunda [en un mundo que divide sus días en veinte horas de cien minutos cada una, sus "veinte minutos" de descanso estarán equivaliendo a unos quince de los nuestros]. Uniendo dicho medicamento a su Técnica se reponía de manera tan instantánea, que culminada la exigua pausa se la podía ver de regreso, corriendo por los pasillos en dirección al quirófano ocupado por su paciente [gracias a la acertada combinación de fármaco y técnica, dicha pausa le valía tanto como dormir ciento veinte minutos; esto es, una hora y un quinto]. Se pasó desde el amanecer hasta cerca de la medianoche, catorce horas de un día de veinte, atendiendo con abnegada dedicación a este único hombre. Para cuando abandonó el Hospital esa noche dispuesta a regresar al amanecer siguiente, iba tan exhausta que los párpados se le cerraban solos, y desandaba el camino hacia su Academia caminando "por reflejo", como una sonámbula. Pero apenas ella se retiró, los médicos de la guardia nocturna se aplicaron a hacer a aquel operario, una segunda ronda de radiografías y tomografías, que los dejó perplejos: Meneyént y su equipo Maëdi estaban operando un genuino prodigio. Los daños observables en cerebro y cráneo ya se habían reducido a menos de la mitad. Llamaron al profesor jefe del Departamento de Urgencias, para que viese los resultados a su vez. Aquel vio, y decidió que necesitaba a esa "eminencia" en su nómina, a cualquier precio.

Entretanto y de regreso en su Academia, Meneyént se obligaba a consumir algún alimento y beber unos sorbos de té, antes de caer rendida. Sentada ante la mesita baja comía con los ojos entornados, dormitando parcialmente a pesar de mantenerse todavía en estado de vigilia... o casi. En el hospital, sus equipos de ayudantes se estaban turnando para asistirla: un puñado de Médicos y Herbolarios la acompañaba por siete horas desde la mañana, el otro por siete horas adicionales hasta la medianoche. Sólo ella estaba haciendo esas catorce horas, prácticamente de corrido (quitando sus esporádicos intervalos, que oscilaban entre tres y cuatro diarios). No es de extrañar pues que, pese a que aquella acabase de entrar sin esmerarse demasiado en ser sigilosa, Meneyént no notase la presencia de su madre frente a ella, sino hasta que la nombró repetidas veces. Daremlith venía ansiosa por quitarse un enorme peso de su conciencia, disculpándose y reconciliándose.

–¡Oh, Ninaïth, cuánto me alegra encontrarte! Necesito hablar contigo...

Pero Meneyént le posó sus cansados ojos que se cerraban por sí solos, y le dijo en un soñoliento balbuceo:

–Ahora no, madre, por favor. Necesito descansar... –y uniendo el acto a la palabra, se acurrucó en el suelo allí mismo, durmiéndose de inmediato.

Le gustase o no, Daremlith tendría que atender el consejo del Rector que, por lo visto, hablaba con conocimiento de causa.

Al día siguiente, Meneyént terminó de reconstruir el tejido neuronal y de reparar las fracturas de cráneo. A partir de allí, considerablemente aliviada por haber salvado lo principal, se dedicó con calma y método a

reconstruir lo demás: los huesos, músculos y algunos órganos internos de diversa importancia. Pero pasado el mediodía y volviendo de su segunda pausa de veinte minutos, un médico la detuvo a mitad de camino, diciéndole:

–El profesor jefe del Departamento te espera en su despacho.

Meneyént acudió, temiendo que la aguardaría una reprimenda: *"¿qué habré hecho mal?"*, se decía mientras se aproximaba a la oficina. Golpeó con tímida suavidad.

–¡Adelante! Pasa y ponte cómoda –la recibió aquel–. Dime: ¿qué desearías beber?

–No... Nada... –rechazó Meneyént con timidez. Pero él, ansioso por complacerla, se rehusó a dar por buena esa respuesta.

–Eso no estaría bien... –Y llamando al servicio, pidió–: tráenos un whisky y un té. Procura añadir algo dulce en que hincar el diente.

El ayudante de cocina fue y volvió trayendo las bebidas solicitadas, entre las cuales depositó una pequeña bandeja llena de unas deliciosas y muy elaboradas masitas secas. Meneyént agradeció abochornada pero, ateniéndose a las rigurosas reglas de urbanismo de su Orden, no podía afrentar a su anfitrión una vez le había servido un refrigerio. Así que lo fue consumiendo con la comedida parsimonia característica mientras conversaban.

–¿Sabes qué es esto? –comenzó él, extendiéndole las radiografías del paciente atendido por ella: una primera serie correspondiente a su ingreso en Urgencias, junto con la última tomada la noche anterior. Meneyént miró, y se limitó a pronunciar el nombre de aquel desafortunado operador de grúas.

–En efecto, se trata de él –confirmó el profesor–. Pero entiende, Maëdin: quizás entre vosotros, tu ciencia sea considerada mera "auxiliar" de la medicina, como afirmas tú. ¡Pero para nosotros, es francamente prodigiosa! Lo que has conseguido en un par de jornadas, a nosotros nos habría demandado meses, e incluso así: hay tejidos que tú reconstruyes, y nosotros seríamos completamente incapaces de restaurar. Te necesito en mi plantilla. Solo dime cuánto pides a cambio...

¡Vaya! La adolescente venía preparada para un tirón de orejas, y en cambio recibía exactamente lo contrario. ¿Qué diría ahora? Permaneció revolviéndose en su silla, visiblemente incómoda. Al final, consiguió sobreponerse a su bochorno y timidez, para replicar con un suave tono suplicante:

–No me es posible todavía. Soy demasiado joven. ¡Necesito completar mi instrucción!

–Escucha, Maëdin: te daré salario y privilegios de Profesora Cirujana; si quieres decretaré incluso que se te honre con ese mismo título, y se te respete en consecuencia. Y si las condiciones que te ofrezco no te satisfacen o te parecen insuficientes, exige pues las tuyas y las discutiremos. ¡Pero no me rechaces! Porque no conseguiré a nadie como tú en ningún otro lugar.

Meneyént se ruborizó. ¿Cómo explicar a este hombre, acostumbrado a moverse en otra clase de sociedad con otras reglas de juego, que ella era simple y llana, sin dobleces, y no traía segundas intenciones cuando pedía tomarse los años necesarios para crecer y fortalecerse físicamente, y completar sus estudios con el debido rigor académico? Inclinó la cabeza y se acurrucó en su sitio, como buscando desaparecer. Bebió unos sorbos de té, y al final dijo en su característico tono de susurro suplicante:

–No es eso. Es que realmente necesito tomarme por lo menos, un par de años más. ¡La labor del hospital es terriblemente absorbente! Una vez empiece, ya no dispondré ni de un segundo para ninguna otra cosa, ni siquiera para hojear un libro. Significa que si no aprovecho los próximos años para perfeccionar mi ciencia, ya nunca más lo haré. Profesionalmente, me quedaría a medio formar. Y eso no estaría bien... Por eso necesito los próximos años para mí misma. Lo siento mucho, pero a la larga es por el bien de mis futuros pacientes: tendré que insistir en rechazar cualquier ofrecimiento actual. Pero volved a llamarme en un par de años: entonces quizás consienta discutir las condiciones...

–Te tomo la palabra –replicó él con seriedad empresarial, y se despidieron en buenos términos.

Ella volvió a atender a su paciente, y él se encargó de asegurarse de que en el ínterin, se le dispensase un trato interno más respetuoso. Pues habiéndose presentado (ya fuese por humildad, o por especial apego a su oficio más antiguo) como Trovadora Regeneracionista, *"una simple auxiliar médica"* en sus términos, el personal le había dado el trato correspondiente a una enfermera. Mientras que esa joven menuda y endeble de engañoso aspecto infantil, superaba en ciencia y habilidades incluso a los profesores más destacados. Su jefe de Departamento concluyó que debería poner un cuidado especial en prodigarle un tratamiento a su altura a fin de mantenerla satisfecha y asegurarse su futuro regreso. Por eso horas más tarde, cuando Meneyént quiso retirarse a descansar sus veinte minutos indispensables en la Sala de Enfermeras, alguien la interceptó en mitad del pasillo y le pidió con ampulosa solicitud:

–No, señora: debéis acudir a la Sala de Cirujanos. Es por aquí. Seguidme por favor.

Y obediente, ella fue. La diferencia entre una y otra sala era abismal, tanto en dimensiones como en surtido y calidad del refrigerio, como en las más variadas formas de elegancia y confort. A Meneyént, austera como cualquier miembro de su Orden, le satisfacían ampliamente las condiciones, suficientemente cómodas para su gusto, de la Sala de Enfermeras. Pero entendió que su aspirante a empleador buscaba demostrarle respeto, y lo aceptó con discretas muestras de gratitud.

Un par de días más tarde, cuando la joven se avino a dar de alta a su paciente, aquel declaraba sentirse rejuvenecido. Los médicos lo sometieron a diversos estudios, comprobando que aquellas no eran simples efusividades de convaleciente recuperado. Los tejidos nuevos que Meneyént formase en reemplazo de los dañados o perdidos, eran robustos y jóvenes. El hombre, que rozaba la cincuentena, de súbito recuperó la

agilidad física y mental propia de un muchacho de dieciocho. De hecho, su agudeza mental actual superaba la de su juventud, y en eso coincidían con él quienes lo conocieran desde antes. Y lo mismo se podía decir de sus demás capacidades físicas, ya que la Regeneracionista había tenido que reconstruir huesos, músculos y órganos a lo largo y ancho de ese cuerpo quebrantado. A partir de entonces, el hombre gozó de una "salud de hierro" (*"pequeña compensación por la traumática experiencia que le tocara sufrir"*, en palabras de su providencial sanadora). Por eso, llegando al hospital en la que por lo pronto sería su última visita, la esperaba una gran celebración montada entre el Cuerpo Médico y la familia agradecida de aquel hombre que, de no ser por ella, debería llevar cinco días sepultado.

–Por favor, Ninaïth, ¡perdóname!

Por fin Daremlith conseguía reunirse con su hija para compartir con ella un calmado desayuno tardío, sentadas enfrentadas ante una mesita baja, en el rincón más apartado y tranquilo de la concurrida Academia. Le dolía verla vestir el hábito de una Orden que desde siempre, se había habituado a despreciar; pero consciente de que comentar el particular sería ocioso, se tragaba su opinión al respecto. Además, tenía asuntos más urgentes que resolver. Porque su hija, encerrada nuevamente en ese mutismo atronador que le era tan familiar, tardaba en pronunciarse.

–Ninaïth, hija, ¿podemos tener unas palabras?

Silencio.

–Por favor, Ninaïth; piensa que me he pasado días y noches de insomnio, zarandeada por los trenes a lo largo de miles de kilómetros, solo para verte y congraciarme contigo.

Silencio. Daremlith insistió:

–¡No seas tan severa! Dime algo; lo que sea. Dirimamos nuestras diferencias ¡Concédeme aunque sea una oportunidad!

Y así continuó una y otra vez, hasta que su renuente hija se avino a replicar:

–Eso de arrepentirse y pedir perdón, está muy bien –dijo con suave lentitud–; pero no es suficiente. También es necesario expiar y enmendar. ¿O qué crees tú?: ¿que cuatro años de decepciones continuadas se pueden borrar en un instante, con un puñado de palabras?

–Pero Ninaïth –porfió–: ¿acaso no he tenido suficiente? He perdido un hijo, y en la próxima hora perderé al segundo. Solo me quedáis tú y el pequeño que albergo en mi interior, amén de una enorme cuota de amargura. ¿No es suficiente para ti?

–Ese –replicó Meneyént con calma–, es el daño que te has causado a ti misma con tu necedad. Y no va a cuenta de lo que has hecho conmigo, sino del crimen que tú y ese hombre nefasto que tienes por esposo, habéis

cometido contra Kaïnu. Piénsalo: la Unidad os había encomendado el cuidado de un alma pura. Era como un trozo de arcilla fresca que teníais en vuestras manos, para modelarlo a voluntad. ¿Y qué habéis hecho de él?: ¡lo habéis convertido en un psicópata asesino! Quien no sabrá educar, no debería engendrar.

–¡Ninaïth! –Alcanzada de lleno por el implacable latigazo de esa última sentencia rigurosa, la alterada mujer dio un respingo. Su hija replicó, entre vehementes gestos de negación:

–Ya no me llames así. Soy Meneyént. A lo sumo Daërin, si te gusta más. Y yo te llamaré Daremlith. Alcanza y sobra así, entre nosotras.

–¡Pero eres mi hija!

Meneyént seguía negando con atribulada insistencia:

–Has renunciado a tu fuero materno, el día en que declamaste mi nombre Maëdi en público, tratándome peor que a una extraña: ¡como a tu enemiga!, y exponiéndome a un brutal linchamiento espontáneo que si no sufrí, fue merced a la inmediata reacción de mi Maestro. Violaste tu promesa. ¡Me traicionaste! Y yo confiaba en ti... Tienes que entender, Daremlith: hay cosas que una vez quiebras, ya no puedes reparar; y una vez pierdes, es imposible recuperar. Y uno de los dones más valiosos y frágiles, es la Confianza.

Tomando conciencia por primera vez de la magnitud del error cometido, la mujer se desató en un llanto tan intenso, que varios alumnos de la Academia interrumpieron sus ocupaciones para fijarse en ella. Ajena a cualquier cosa que aconteciese en derredor, la mujer suplicaba entre sollozos lastimeros:

–Oh, Ninaïth, mi ángel de luz, por favor: ¡perdóname!

–Meneyént –corrigió aquella, impermeable a las súplicas. La mujer disminuyó la intensidad de sus muestras de dolor, concentrada en cumplir el mandato con enorme dificultad emocional:

–Me... ne... yént –musitó con denodado esfuerzo. Su hija asintió con un gesto.

–Así está bien. Te perdono, Daremlith, pero ahora déjame un poco a solas. Necesito estudiar.

Su esposo llegó seis días después. Venía abatido y hasta parecía avejentado, relatando con acongojada zozobra los últimos momentos de quien fuese su hijo predilecto.

–No sepas lo triste que fue, Daremlith... Te seré sincero: todavía conservaba un rayo de esperanza al llegar. Me aferraba a la ilusión de que quizás... Quizás si yo indagara su Registro personalmente, hallaría la prueba de su inocencia. ¡Con qué tesón lo habría defendido entonces, así fuera contra el mundo entero! Insensato de mí... No te das una idea de lo que encontré allí en realidad.

–¡Ni me lo digas! Ahórrame ese suplicio, por favor. Me es suficiente con las insinuaciones de tu Decano, y la inmediatez del rigor que le dispensó a continuación.

–Tienes razón: no abundaré en detalles. Además, ya está muerto. ¿Qué ganaríamos afrentando su memoria? Solo te diré que, bien a pesar de mis empeños por moverlo a la contrición, se mantuvo impenitente y desafiante hasta el final. ¡Y no pienses que no me esforcé! Con el consuelo que habría significado para mí, verlo contrito y deseoso de retractarse... Pero incluso en los críticos instantes previos a su ejecución, cuando me acerqué desconsolado a dirigirle unas últimas palabras de ánimo y conciliación, me espetó con arrogancia: *"¿Con qué autoridad moral me fustigas? ¿En qué eres tú mejor que yo? ¿Acaso no has pasado dos décadas completas asesinando a destajo?"* Y me lanzó un grueso escupitajo a la cara. ¡Y esas fueron sus últimas palabras! Acto seguido mis colegas se lo llevaron para estrangularlo recurriendo a nuestras famosas técnicas mentales.

"Sin embargo, no creas que permanecí impávido. Su inesperada acusación me sacudió, conmocionándome hasta la Raíz. ¿Sabes?: nunca me había planteado que otros pudiesen percibirme como un simple asesino, otro más entre el montón de matones que oprimen a la gente de bien. Así que liquidé nuestras propiedades con la mayor celeridad posible y partí con tanta urgencia como tú días atrás. Pero dediqué el largo periplo ferroviario de cinco días hasta Kiketh, a reflexionar con calma y recuperar poco a poco la confianza en mí mismo, recordándome que de hecho, jamás podrá haber el menor punto de comparación. ¡Juzga tú misma! Kaïnu se ha aplicado a atormentar a unos inocentes niños desdichados, que ningún daño le habían hecho en realidad. En cambio yo, ¡me he desvelado por combatir a los más solapados enemigos de la Humanidad!

"¡No! –Insistió frente a su callada esposa, ella misma secretamente dividida entre dos lealtades irreconciliables–, ¡no hay punto de comparación posible! Solo una cosa lamento en el alma. Me agobia la idea de haber sido tan injusto con nuestra hija, que ahora sé tan inocente como cualquier otra víctima de Kaïnu. Asalta mi memoria su imagen delicada, tierna y frágil, tal como la vi al nacer. ¡Tan tímida y asustadiza ante mi presencia! ¿Y qué hice con ella? No me extraña que huyendo de mi acoso, escogiese desertar a favor de la Orden que más he combatido y denostado: ¿qué otra cosa cabía esperar, a su efervescente edad juvenil? ¡Cómo desearía obtener su perdón! Dime: ¿crees que todavía sea posible? ¿Piensas que podrá perdonarme alguna vez?"

Pero queriendo ir a congraciarse, ella se negó a recibirlo. De hecho, parecía que sus amigos ya habían sido prevenidos contra él, pues le bloquearon el acceso y ni siquiera le permitieron poner un pié en su Academia:

–Destructor del Láyed, engendro siniestro, ¡sobre nuestros cadáveres! No consentiremos que mancilles nuestro santuario con esos pies enlodados en la sangre inocente de nuestros hermanos. ¡Fuera de aquí!

–Pero mi hija está entre vosotros, y necesito verla –Gariun se deshizo en súplicas, lloriqueando con sincera amargura–. ¿No podríais llamarla siquiera? ¡Será solo un momento! ¿Qué tanto os cuesta? Sólo un mísero instante de diálogo con ella, ¡no pido más!

No importó cuánto ni con cuántas lágrimas o porfía les rogó. Además, al desalentado hombre le era patente que ella nunca se había avenido a considerarlo su padre, ni lo haría tampoco. ¡Era blanco de un rechazo por lejos más tajante y radical, que el que acabara por recibir su esposa! Porque así se lo hicieron saber con no disimulada aspereza, los inamovibles guardianes de la entrada:

–Te equivocas, monstruo asesino: nada que te pertenezca se encuentra entre nosotros. ¡Nada! Apártate y vete donde no te veamos, pues tu sola visión es más amarga que la muerte.

VII
La disputa por Leveri

Daremlith alumbró un mes más tarde. A pedido de la madre y a pesar de que nunca se había dedicado a esta actividad con anterioridad, Meneyént la asistió en el parto. Esto significó que en contrapartida, Gariún no estaba ni remotamente cerca: la joven Maëdin nunca aceptaría tenerlo en sus inmediaciones. Meneyént fue pues la primera persona en sostener al recién nacido en brazos, y le susurró con calma al oírlo soltar su primer llanto:

–Tienes razón: difícilmente vayas a llorar jamás, con mayor motivo que hoy –pues un antiguo refrán de su Orden afirma precisamente eso: que *"pocos llantos en la vida humana, están más justificados que el primero"*.

A continuación y mientras lo aseaba y pesaba, anunció a la dichosa madre:

–¡Felicidades! Es un niño sano y robusto –para preguntar a continuación–: ¿qué nombre le darás?

–Si es varón, su padre ha decidido "Illei Dah'ei Sorian" –respondió.

–¡Vaya! Si ése es Maëdi Neyei Leveri –dijo Meneyént–. Es un buen nombre. ¡Hola Leveri! ¿Qué tal te ha sentado el baño?

Ya limpio y abrigado, lo entregó en brazos de su madre.

Los dos años de tregua para "crecer y completar su instrucción" que solicitara Meneyént, pasaron a la velocidad del rayo. Y como aquel profesor intransigente le había tomado la palabra al pié de la letra, al día siguiente de cumplirse el plazo ya estaba trabajando en el hospital como parte integrante de su plantilla. Días antes, el jefe del Departamento había enviado a citarla. Debatieron entonces los términos del acuerdo, y ella aceptó las condiciones que se le ofrecieran originalmente, aunque reclamando dos adicionales. En primer lugar, declaró que le sería imposible trabajar sin contar con la presencia permanente de un Herbolario Maëdi con su botica tradicional bien provista. Era un pedido razonable, que le fue concedido en el acto.

A continuación, pidió que se le concediese el día libre en los feriados. Pedido no menos razonable, que sin embargo le fue concedido con reservas: *"¿y si se nos presentase un caso crítico, que haríamos?: ¿dejarlo morir porque es tu día libre?"* Muy a regañadientes, la joven de dieciséis años tuvo que admitir la posibilidad de ser importunada en los casos más desesperados, aún sabiendo que eso abría la puerta para que cualquier caso que los demás médicos no se atreviesen a atender, se transformase de inmediato en "desesperado". ¡Lo que al final, podía significar que jamás gozaría de un merecido descanso!

Y pese a que ahora tenía un salario espléndido, quizás el más abultado de su vecindario, siguió viviendo en la Academia como antes, depositando el dinero en su cuenta bancaria. Meneyént ahorraba para el futuro.

Su madre se hizo la costumbre de pasar a visitarla en su Academia por la mañana temprano, y desayunaban juntas antes de que la joven saliese al trabajo. En ocasiones conversaban sobre distintos temas; en otras, todavía amodorrada, Meneyént prefería disfrutar del silencio matinal. Conducido por ella, el hijo menor y único varón sobreviviente de Daremlith las solía acompañar: así se fue acostumbrando a esta hermana tan inusual, que vivía independizada y excluida del hogar familiar. Dolorosamente consciente de su fracaso anterior, la mujer aprovechaba esos encuentros cotidianos para asesorarse de continuo respecto a Illei y su educación. Por ello, nada más natural que, acercándose la edad de inscribirlo en el parvulario, la consultase una vez más.

–Pronto cumplirá los cuatro, sabes. Y aún no estoy segura de lo que le conviene: ¿enviarlo al parvulario, o educarlo en casa?

–No alcanzo a discernir qué motiva tus recelos... –replicó Meneyént con sinceridad.

–¿No lo ves? Illei es un niño Sorian, pero no hay escuelas de *nuestra* Orden por aquí. Y si lo envío a una Maëdi, tarde o temprano surgirán conflictos. Mientras que si opto por formarlo en casa, crecerá solitario y con grandes limitaciones sociales.

–¿A qué conflictos te refieres?

–Por ejemplo, al hecho de que él viste de una manera y sus compañeros lo harán de otra. O también la cuestión del idioma...

–Hmmm... Sí –admitió la joven–: lo del idioma puede llegar a ser un inconveniente serio, por lo menos al principio. Harías bien en permitirle ir aprendiendo el Layedi desde ahora. No sería tan difícil, si le dejases jugar con los niños vecinos...

Daremlith calló, incómoda. Desde que naciera, Illei pasaba sus días encerrado entre cuatro paredes: apenas sí le consentían salir, acompañado y bajo estricta vigilancia de sus progenitores. Su padre no estaba en absoluto dispuesto a permitirle relacionarse con Maëdern. ¿Cómo aprobaría pues, su asistencia a semejante parvulario? Ése era el problema en realidad.

–Condenarlo a reclusión perpetua no es opción. Tu única alternativa razonable, sería enviarlo a otra ciudad. Al efecto, tendría que madrugar y viajar en tren cada día, volviendo a casa por la tarde y cansadísimo. A su edad, ¿realmente te parece justificado imponerle semejante sacrificio? Siempre puedes retrasar esa decisión para cuando crezca y, ya un poco más grande, deba inscribirse en una Academia. Entonces y si la cuestión te sigue pareciendo crucial, escógele una de tu Orden. Pero en lo que es la primera enseñanza, la verdad: ¡no le hará gran diferencia asistir aquí o allá!

No era tan exactamente así tampoco. A esas alturas, las diferencias de enfoques entre ambas Órdenes eran mayúsculas, y se manifestaban desde los mismísimos inicios de la formación de sus miembros. Pero en las instituciones de enseñanza elemental, dicha divergencia se limitaba básicamente a los fundamentos éticos, más arraigados, profundos y firmes entre Maëdern. Mientras que Meneyént se había referido a la instrucción elemental, de conocimientos y habilidades. A nivel de parvularios, realmente no distinguirían diferencias. Es decir que más adelante, el niño podría optar por continuar su aprendizaje en una Academia Sorian sin desmedro. En cuanto a la "educación superior", es decir la impartida en las Academias, y si bien la diplomática Meneyént no lo mencionó, por aquella época la Maëdi superaba ya a la Sorian, particularmente en determinadas disciplinas (como la suya propia, sin ir más lejos). Pero no había necesidad de recordarlo tan pronto: la Trovadora hizo bien en diferir ese debate para más adelante.

A Daremlith, o quizás debamos decir *"a su esposo"*, le costó horrores decidirse, pero la sensatez avalaba a Meneyént, y al final hubo que asumirlo. Fue inscripto para iniciar su primer año de parvulario en Ïiketh, y con sus cuatro recientemente cumplidos, comenzó a asistir al iniciarse el siguiente período lectivo. El primer día, cargando a sus espaldas las dudas y contrariedades de sus mayores, llegaba con evidente recelo. Entró en el aula cohibido, y se situó en el rincón más alejado y oscuro que encontró. Su maestro lo llamó al frente:

–Veamos –le dijo con ternura, hablándole en la lengua Saïri para facilitar su comprensión–: tú debes ser Illei, ¿verdad? –el niño asintió– Pues bien, escucha Illei: ya sabes que estás en una escuela Maëdi, y eso te demandará algún esfuerzo y mucha paciencia. Solo por comodidad, preferiremos llamarte Leveri, que es lo mismo pero traducido. Pero además, no esperarás que imparta mis clases en tu idioma, solo por ti. Las clases generales son en Layedi, si bien iré enseñando la Lengua Saïri a lo largo de este año, y tus compañeros seguirán aprendiéndola también en los siguientes. Pero incluso así, la conversación cotidiana la seguimos manteniendo en la nuestra. Tendrás que aprender, y cuanto antes lo hagas, mejor para ti. Y ahora siéntate aquí adelante, donde te vea y me veas: te ayudará a mantener la atención. Y me tendrás siempre cerca para preguntarme lo que quieras. ¿De acuerdo?

Illei asintió con sumisión y se situó donde le era indicado, pero se lo notaba incómodo. Cuando se produjo la pausa para el refrigerio y el esparcimiento a media mañana, Illei se encontró comprensiblemente solo. Sus compañeros hablaban animadamente entre ellos, y era evidente que muchos se veían desde antes. Solo él, hasta ayer encerrado en el estrecho mundo de sus padres, no conocía a nadie. Un niño se le acercó de manera espontánea:

–Hola, Leveri –saludó con maëdica cortesía e inesperadamente, en la Lengua Saïri–, tú debes ser el hermano de Daërin, la Trovadora, ¿verdad? –El interpelado asintió en silencio, aquel continuó– ¡Vaya! En ese caso, pronto seremos parientes. ¡Hola, concuñado!

Illei se lo quedó mirando, entre pasmado e incrédulo.

–¿Parientes? ¿Concuñados?

–¡Claro! –declaró aquel con alegría infantil–: tu hermana va a casarse con mi hermano mayor.

–¿Va a casarse? ¡No sabía que tuviese novio! ¿Y él, qué es?

Habiendo crecido considerando a su hermana una indiscutida eminencia, con la cual incluso su madre se aconsejaba, el niño esperaba que aquella se desposara por lo menos, con el Maëdi más importante de su Comunidad... o alguien de su entorno. La respuesta de su "concuñado" lo dejó de una pieza:

–Es Copista Ilustrador. ¡Y uno insuperable! También yo seré Copista, y eso significa que solo me quedaré un año en esta escuela. El próximo entro en mi Academia. Pero posiblemente me matricule con los Traductores: me gustan los idiomas, y además se me dan muy bien...

–Pues me alegra tener un pariente en la escuela. Así no me sentiré tan aislado hasta que aprenda vuestra lengua...

El diálogo se interrumpió en este punto: la pausa acababa de expirar, y tuvieron que volver a clase. A partir de ese día fueron buenos amigos, e Illei aprovechó su oportunidad de tener a quién consultar a diario acerca de las palabras difíciles y nuevas que iba aprendiendo. Pero cuando, de regreso en casa, compartió con sus padres las experiencias de esa mañana, cierta noticia les cayó peor que si les hubiese arrojado una bomba... Y al encontrarse con su hija a la mañana siguiente, Daremlith exclamó con aire agraviado:

–¡No sabía que fueses a casarte! –Una declaración que no sonó feliz sino contrariada, como el reclamo de una persona afrentada.

–Ya ibas a enterarte, al recibir la invitación...

–¡Pero con un Copista! ¿Por qué?

La mujer parecía a punto de echarse a llorar de rabia y frustración. Sin embargo, su hija no compartía esos sentimientos, ni los aprobaba, ni siquiera los comprendía.

–¿Cuál es el problema? Es un hombre bondadoso, será un padre excelente y un marido ejemplar, y además es un artista consumado en su especialidad. ¿Se puede pedir más? –Pero como su madre siguiese llorando con creciente desconsuelo, la Maëdin acabó por perder la paciencia y estalló– Daremlith, ¡es mi vida!

Fue como un puñetazo en plena cara. Aturdida, la mujer interrumpió el llanto para posar unos ojos desmesuradamente abiertos en su hija. A estas alturas ya debía saberlo y tenerlo asumido, pero no era fácil convivir con *esa* realidad: había perdido a su hija, quizás para siempre. Jamás la recuperaría. Se quedó mirándola y lagrimeando en silencio.

–Estás invitada, junto con mi hermano –le dijo aquella con suavidad, en un intento por aligerar la tensión–. Pronto recibirás la invitación. Solo recuerda esto: tú, y Leveri. ¡No traigas contigo a nadie más!

Dicho lo cual, se levantó y salió al trabajo.

La boda, que aprovechando el feriado de Meneyént se produjo al siguiente Indavu, fue memorable en muchos aspectos. El primero, por el número de invitados que aglutinó. Además de las amistades y parentela de ambas partes, el recinto de la Academia se llenó de gente ajena a la Orden: los compañeros de trabajo de la joven, y muchos de sus agradecidos pacientes, que se acercaron a saludarla y cubrirla de sus mejores augurios a lo largo de esa jornada festiva.

El siguiente suceso destacable se produjo cuando, al ir a intercambiar sus medallones de acuerdo con la tradición Maëdi, la flamante esposa se quitó el suyo para entregarlo a su marido, con estas palabras:

–Esta flor perteneció a mi abuelo, el último Rector General de las Islas. Pórtala con gallardía, cuídala con honor.

Devri, el novio, se quedó pasmado:

–¡No conocía ese detalle!

La diplomática Meneyént se lo había ocultado adrede, para no darse excesivos aires de importancia, ni apabullarlo demasiado.

–Ya te contaré luego –le susurró con amabilidad, y la ceremonia prosiguió: aceptó a cambio el medallón de él (*"sin tanto pedigrí"*, en palabras del abochornado Devri; *"pero hermoso igual"*, en opinión de su novia), y entre ambos ratificaron su unión, recitando al unísono con emoción:

–Ahora tú llevas una parte de mí, y yo atesoro una parte de ti. ¡Compartiremos nuestros destinos, con amor y dedicación!

Dicho lo cual, se fundieron en un abrazo. ¡Y entonces se produjo el suceso más inesperado y memorable! Un apremiado cadete del hospital irrumpió en la sala atestada, reclamando la presencia de Meneyént. Había entrado con paso resuelto, seguro de conocerla a la perfección, pero una vez dentro se quedó escrutando las caras con aire confundido. ¡Había toneladas de mujeres idénticas y para peor, vistiendo diversas tonalidades de un mismo hábito verde!

–¡Meneyént Daërin! ¿Quién por aquí es Meneyént Daërin? –preguntó al aire.

–Allí la tienes –le indicó un alma caritativa–: es la novia.

–Vaya... pues... –se le acercó con timidez y le tiró de una manga para llamar su atención– Lo siento mucho, señora Meneyént, pero verá usted: me envían a buscarla con urgencia desde el hospital. Alguien no sobrevivirá a este día, si usted no acude a asistirlo de inmediato. ¡No hay tiempo que perder!

–Dame un par de segundos –le pidió ella con semblante serio. A continuación se volvió hacia su flamante esposo–. Lo siento, Devri, pero sabes: no me puedo negar sin cargo de conciencia. Intentaré volver lo antes posible. Hasta entonces, hazte cargo de los invitados: procura que estén a gusto y discúlpame ante ellos...

Y así, sin siquiera despedirse del público, Meneyént lo siguió...

Para cuando regresó extenuada horas más tarde, solo el bueno de su esposo la aguardaba con paciencia.

–¡Oh, Devri! Me has estado esperando hasta ahora... Te habrás aburrido soberanamente. ¡Qué bochorno! Créeme que lo siento. Yo... –Parecía que entre la vergüenza por haberlo "plantado" y la conmiseración por la larga espera a que lo acababa de someter, enseguida se echaría a llorar.

–No te preocupes, Meneyént. Tampoco fue tan grave –la consoló él. Para añadir de inmediato, sonriendo con picardía–. Además, se podría decir que he asumido libre y voluntariamente la posibilidad de esa clase de imprevistos, al desposarte.

–¿De verdad no estás fastidiado conmigo?

–¡No, mujer! ¿Cómo iba a estarlo?

–Gracias, Devri. Alivias mi conciencia de un peso descomunal. No pude quitarme la idea en toda la tarde. Se supone que debía ser el día más alegre y feliz de nuestra vida. ¡Y lo has pasado solo! Y yo trabajando. En fin... Cuéntame un poco cómo terminó la fiesta.

Entrelazaron sus manos y salieron en dirección a su casa, recién adquirida con los ahorros de ella. Por el camino, él iba contando:

–La verdad es que al principio, casi nadie se apercibió. Nuestra orquesta de juglares continuó tocando, los invitados siguieron bailando, comiendo y conversando. Yo recibía y saludaba con calmosa diplomacia a los que se aproximaban a hacer sus augurios, y si preguntaban por ti les decía que enseguida volverías. Pero las horas se sucedían y tú no regresabas, y llegado un momento la gente ya no hacía más que indagar por ti. Al final se retiraron murmurando por lo bajo, y también creo que algo decepcionados. A saber lo que piensan que sucedió en realidad... –Devri sonrió, y Meneyént rió con él.

–¿Ocurrió cualquier otra cosa notable?

–¿Notable? Déjame recordar –murmuró él, acariciándose la barbilla pensativo–. Notable... Pues... No sé si lo llamarías "notable"; pero ahora que lo mencionas, sí: se produjo un incidente –su esposa lo interrogó con la mirada. Él continuó–. Hubo como un tumulto en la entrada. La gente voceaba. Una situación desagradable y caótica. Pregunté qué pasaba, y alguien me dijo "intrusos indeseados", pero no me dieron más explicaciones, y ni me permitieron acercarme a ver, porque según ellos "el espectáculo no correspondía a mi honor".

–¡Vaya! Supongo que el "indeseable" habrá sido ese incordio de Sorian– Meneyént meneaba la cabeza riendo divertida– ¡Qué hombre impertinente! No tiene arreglo.

Entraron en la casa y sin prender las luces, se recostaron. Esa noche, en lugar de dedicarse a los menesteres habituales entre una pareja de recién casados, permanecieron en vela, conversando: entre lágrimas y suspiros, Meneyént narró por fin sus anteriores vicisitudes ante un Devri consternado que debía consolarla de continuo. Tras lo cual compartieron un desayuno temprano y ella corrió al trabajo. ¡Ya se ocuparían de sus quehaceres conyugales la próxima vez!

Los siguientes años pasaron con tranquilidad... dentro de lo que cabía esperar. Devri copió para su esposa su libro favorito: un soberbio Manual de Herboristería Terapéutica de Héilenar con profusión de ilustraciones detalladas, que aquella estudiaba con deleite en cada minuto disponible. El lujoso volumen jamás bajaba de su mesa. Por su parte, Meneyént alumbró dos hijas y, finalizando su cuarto año de matrimonio, iniciaba su tercer embarazo... En cuanto a Illei, en su último año de parvulario, comenzaba a pensar como es habitual, dónde y cómo le convenía continuar su formación, y lo principal: ¿en qué disciplina? Sin embargo, chocaba con cierto inconveniente: mientras que él se sentía atraído por la Ebanistería, su padre se había empeñado en imponerle su deseo de que se formase como Enlace. Acuciado por las dudas, decidió consultar a su Maestro durante la pausa de media mañana. Aguel le respondió con seriedad:

–Leveri: debes seguir tus propias inclinaciones y aptitudes. Así, tu ciencia te construirá. Si desoyes el llamado de tu vía interior para transitar sendas ajenas, más tarde o más temprano se te hará tan cuesta arriba, que ya no podrás avanzar. No llegarás a ninguna parte, y tu progreso personal quedará truncado. ¿Sabes qué? –añadió, viendo que seguía dudando–: ¿por qué no consultas a tu hermana? Anda: ve ahora mismo y vuelve con su respuesta. Yo te esperaré.

Ni corto ni perezoso, Illei corrió en dirección al hospital...

Minutos más tarde, un cadete risueño asomaba su rostro amistoso en un quirófano, anunciando con tono alegre:

–¡Meneyént, tienes visitas! Alguien muy importante te espera en la Sala de Cirujanos.

Al fin y a la postre, la joven mujer no había aceptado que nadie se dirigiese a ella por título alguno. Prefería que la llamasen sencillamente por su nombre. Confió el paciente a manos del resto del equipo, aprovechando que no se trataba de ningún caso particularmente "desesperado". Podría continuar asistiéndolo más tarde, sin desmedro para su salud o recuperación. *"¿Qué personaje tan importante estaría aguardándola?"*, se dijo, y apretó el paso para no malquistarlo.

–¡Leveri! ¿Pero qué haces aquí?

Era la última persona que habría esperado hallar. Pero cierto: se trataba de alguien muy importante para ella. Sus colegas eran, por lo visto, muy considerados con sus sensibilidades. En su fuero íntimo, Meneyént les agradeció que incluso tratándose de un niño de poco más de siete años, lo recibiesen con tanta amabilidad.

–¿Te gusta algo de lo que hay en la mesa? ¡Puedes servirte lo que quieras! –le dijo sonriente, sentándose junto a él.

–Bonito lugar, Meneyént. Nunca imaginé que el hospital fuese tan acogedor.

–Bueno... Esta es sólo una sala de descanso para los médicos. La han hecho especialmente cómoda, a propósito –esperó a que él comiese y bebiese un poco, antes de ir a lo principal–. Y ahora dime: ¿qué te trae por aquí, en medio de tu horario escolar?

–Pues verás... Supongo que ya sabes que papá quiere que yo sea Enlace, como él –Meneyént asintió con un gesto mudo, él seguía–. Está muy obstinado en esa idea, pero la verdad: a mí no me atrae en absoluto. Si de mí dependiera, preferiría ser Ebanista. Le comenté esto a mi Maestro, y él opina que debo oír la voz de mi inclinación personal. Pero para estar más seguros, me recomendó venir a consultarte. ¡Así que aquí estoy! En horario escolar, pero por mandato de mi Maestro.

Cuando el mozuelo terminó, ella permaneció reflexionando con serena concentración, antes de replicar:

–En principio, coincido con tu Maestro. Pero hay algo más: a tu edad, la naturaleza de la propia senda no siempre se distingue con suficiente nitidez. Para saber quién eres en realidad, deberías retroceder hasta tu Raíz. Allí hallarás la respuesta. Te diré pues lo que haremos: iremos juntos, tú y yo, a explorar tu Raíz! ¿Qué te parece la idea?

–¿Ahora mismo? ¡Genial!

Dicho y hecho. Lo indujo a un Sueño Introspectivo y allá fueron ambos: al rato se paseaban tomados de la mano, por un angosto sendero que serpeaba entre un laberinto de exuberantes canteros arbolados, delimitados por elegantes setos vivos de los más variados e ingeniosos diseños, y salpicados de fragantes macizos de arbustos florales. El recogido paraje de ensueño era en sí mismo, un multicolor estallido de optimismo, un canto a la vida y la alegría, pletórico de amor y gratitud: ¡un delicioso paraíso en miniatura! Era duro tener que abandonar ese rincón tan acogedor para regresar de inmediato a la cotidiana realidad insulsa. Pero ambos tenían que continuar, cada cual con sus obligaciones.

–Ya ves, Leveri: llevas un increíble jardín en tu interior. ¡Esa es tu esencia! Con trabajo y tesón, puedes recrear esa belleza en nuestro mundo real. Por supuesto, si quieres puedes complementar tu ocupación principal con cualquier otra, la Ebanistería por ejemplo. No son mutuamente excluyentes. Pero tú eres esencialmente un Jardinero; y si deseas volver a disfrutar de esa visión sublime en tu vida real, deberás aprender a recrearla a tu alrededor, en el mundo físico.

Leveri la escuchaba extasiado. Ahora que la había contemplado, se había enamorado de su propia Oda a la Eterna Primavera, y ya no podía pensar en ninguna otra cosa.

–Ha sido magnífico. ¡Por supuesto que quiero recuperarlo! Gracias por mostrarme esa maravilla, Meneyént. Gracias por permitirme saber quién soy. A partir de hoy, ¡seré leal a mi camino!

Y partió a la carrera, de regreso a su Maestro. Puesto al tanto, también aquel lucía feliz y lo estimuló a perseverar, según su propia convicción. Solo llegando a casa, la firmeza de su resolución despertó una oposición enconada.

–¡Claro! –masculló Gariun rechinando los dientes de rabia–: esa astuta mujer pretende abortar definitivamente, cualquier posibilidad de que mi único varón superviviente se forme en una Academia Sorian.

Un razonamiento hostil que, sin llegar a ser acertado, no estaba exento de lógica. Pues incluso suponiendo que Illei se hubiese empecinado en ser Ebanista, eso todavía dejaba abierta la posibilidad de enviarlo a la Academia de Místicos más cercana: ellos desarrollaban ese arte, entre otros. En cambio, para ser jardinero debería estudiar en una Academia de Botánicos y Hortelanos. Los Maëdern poseían una allí mismo, en Riketh. Mientras que los Sorien tenían sus Academia de ese tipo más próximas, en las remotas Omedir y Anaïr... Su hijo, tan pequeño aún, no consentiría partir en solitario hacia ninguna ciudad tan alejada. Y dado que Daremlith había determinado que no se movería de Riketh, eso equivalía a resignarse a quedarse los tres allí... y enviar a su hijo a una Academia Maëdi.

El daño ya estaba hecho: el niño estaba tan decidido y entusiasmado, que no habría modo de hacerle cambiar de opinión. Hirviendo de ira y frustración, Gariun se precipitó hacia la calle, resuelto a saldar cuentas con esa hija "ladrona" que, con un único movimiento astuto, acababa de arrancar de su seno a su último hijo.

VIII
Un juez riguroso

–¡Tú! –bramó Gariun, abalanzándose sobre ella con tal ímpetu asesino que si al final no la mató, fue gracias a la inmediata intervención de sus colegas– Esta vez has ido demasiado lejos. ¡No te consentiré!

Cegado por la ira, Gariun la había atacado en los pasillos del hospital, y en el acto fue detenido y neutralizado por una multitud enfurecida de médicos y enfermeras, que lo retuvieron hasta que llegaron las fuerzas del Orden. Incluso así, Meneyént había quedado tan malherida, que hubo que internarla. Ypese a la atención esmerada que le prodigaron sus compañeros, tardó varios días en recobrar la conciencia. En ese momento, se descubrió custodiada por dos investigadores policiales que, apenas la vieron despierta, le tomaron declaración.

¡Vaya urgencia atolondrada, la de ese par! Con una voz apenas audible y en respuesta a una cascada de cuestiones, Meneyént recreó para ellos no solo aquel ataque asesino, sino también sus antecedentes: la larga historia de desencuentros con *"ese hombre terrible"*, al que evitaba incluso mencionar. Entretanto, los agentes apuntaban y apuntaban...: nombres, lugares, fechas; no perdían detalle. Pues cada dato por ella proporcionado abría y ampliaba sus líneas de investigación. Les aguardaba una labor ingente; parte de sus pesquisas deberían realizarlas por medio de sus legaciones diplomáticas en la lejana Draïr, y en la aún más remota Neir. Esa era la razón también, de que la hubiesen asediado al instante de despertar: querían interrogarla con la memoria fresca, antes de que el paso del tiempo comenzase a borrar cada vez más detalles cruciales. Su toma de declaración acabó siendo tan prolongada, minuciosa y extenuante, que inmediatamente tras ella Meneyént volvió a dormirse.

Recién despertando al día siguiente, pudo asumir la conducción efectiva del tratamiento: pidió que se disolviera determinada cantidad de un Reconstituyente concreto [categoría que engloba una amplia serie de fármacos, que los Médicos Maëdern aplican según el caso y en función de los demás medicamentos que se estén administrando] en su suero, y se abocó a acelerar la recuperación aplicándose parte de sus técnicas de manera sistemática. Para la semana siguiente ya estaba trabajando otra vez... Pero entonces comenzaron las vistas del juicio y, muy contra sus deseos, Meneyént se vio obligada a asistir.

En la sala atestada de curiosos, el juez se aplicó a tomar nuevas declaraciones a las partes implicadas: acusado, víctima y testigos:

–Gariun Leh'id Sorian –comenzó, mirando ora sus papeles, ora al imputado–: ha renunciado Usted a su derecho a ser representado por un abogado, público o privado...

–Me basto para hablar por mí mismo. No necesito acudir a mercenarios.

–Correcto. Respecto a los cargos que se le imputan, a saber... –se los detalló–: ¿se declara culpable o inocente?

–No sería tan necio de negar la autoría de unos actos cometidos ante tanto público...

–Correcto. No obstante, ¿tiene algo que aducir en su descargo?

–En efecto, Señoría, con vuestra venia –el juez asintió. Gariun continuó–: sostengo que me limité a obrar como cualquier otro padre normal habría hecho en mi lugar.

El magistrado arqueó las cejas en señal de escepticismo:

–¿Explíquese?

–Así como la ve, esa harpía se ha rebelado –comenzó a alegar, señalando a Meneyént–, ha renegado de mí, no me reconoce como progenitor, desafía mi autoridad con descaro y, no conforme con ello, ¡urde continuas estratagemas para arrancar de mi regazo a mi último hijo!

Gariun, que había iniciado su discurso masculando sus palabras con tensa acritud, arrastrado por la vehemencia de sus emociones fue elevando involuntariamente la voz a medida que avanzaba, para finalizar ladrándolas iracundo. Se habría dicho que él era el fiscal de su hija, más que un acusado de agredirla.

–Correcto –el juez tenía esta curiosa muletilla desde sus lejanos días de notario, que en su boca significaba algo así como *"le he oído y registrado"*, pero los inexpertos interpretaban como signo de aprobación–. ¿Qué quiere decir exactamente, al afirmar que su hija se ha rebelado, renegado, desafiado su autoridad?

–¡No hay más que verla!

El magistrado arqueó las cejas por segunda vez:

–¿Explíquese?

–¿Explicarme? ¿Es que no lo ve Usted?: yo y mi esposa somos Sorien. Mi hija en cambio, y solo para humillarme en público demostrando abierto desprecio hacia mi persona, se hace pasar por Maëdin, y viste como ellos.

–Correcto, pero... ¿Cuál es la diferencia?

–¡La diferencia! –estalló Gariun. Las paredes de la sala atestada le devolvieron amplificado, el eco de su vozarrón. Incómodo, lo redujo a casi un murmullo al continuar– Es tan notable como el hecho de que nosotros somos la Orden principal y preponderante, mientras que ellos son rústicos y residuales. Además, estamos plenamente comprometidos con la Humanidad y sus desafíos, nos integramos en la sociedad a nivel internacional, siendo respetados por doquier. Mientras que ellos son arcaicos, retrógrados, reaccionarios y misántropos, razón por la cual se han visto mundialmente asediados y rechazados.

–Correcto. ¿Y cómo exactamente está instigando a su hijo pequeño contra Usted?

–¡Ah! Ese ha sido un plan astuto, desarrollado punto por punto con meticulosa malignidad: primero, consiguió inducirnos a trasladarnos a esta localidad remota, en la cual me encuentro estratégicamente aislado, privado del crucial apoyo de mi comunidad. A continuación, claro: nos vino con el cuento de que no podíamos mantener al niño encerrado o sin educar. ¿Pero a qué clase de formación podía aspirar en este lugar? Obviamente, ¡solo a la impartida por ***su*** Orden, puesto que la mía no está representada! *"Que esa era una solución transitoria"*, dijo, *"hasta que el niño creciera y pudiese viajar a diario, para estudiar en una Academia Sorian de cualquier otra ciudad"*. Lo aceptamos de buena fe, creyendo que por breve e inicial, el proceso sería reversible; que en efecto, solo se trataba de tener paciencia por cuatro años, nada más. ¡Pero no! Nos dejamos embaucar. Porque ahora ha dado su golpe de gracia: resulta que entre tantas Disciplinas buenas, interesantes y útiles que el mozuelo podría desarrollar, ¿qué le ha recomendado ella? La única... Escuchad bien: ¡la única!, que no se imparte en ninguna... Repito: ¡en ninguna! Academia Sorian a todo lo largo y ancho de la Confederación de Draïr. Secuestradora maldita... ¡Debería matarla!

Gariun, que a estas alturas vociferaba otra vez, hizo ademán de saltar de su sitio impulsado por la ira. Sus guardianes lo redujeron en el acto, volviendo a sentarlo con rudeza.

–Correcto. Luego, este ha sido el motivo de su ataque. ¿Lo confirma Usted?

–Lo confirmo, Señoría: fue una reacción incontenible y espontánea, propia del ingenuo que de súbito, se descubre estafado.

–Bien. Lo tomaré en consideración. Y ahora, declarará la víctima. Maëdin Meneyént Daërin –dijo, leyendo de sus documentos el exótico nombre que pronunciaba con dificultad–, la escucho.

Pero llegado su turno de testificar, Meneyént cometió un clásico error de táctica, que por poco no indispone al juez en su contra: dijo que ya había ofrecido una declaración completa a los investigadores policiales, que la misma obraba en poder del magistrado y podía consultarla cuando quisiese, porque ella confirmaba lo ya dicho y no tenía intenciones de enmendar sus palabras. Ante el juez cuyo rostro iba cambiando de colores a medida que el osado discurso avanzaba, acabó por manifestar algo que, traducido a un lenguaje tan sencillo y directo como lo interpretó aquel, significaba que no sabía muy bien para qué la hacían desperdiciar su tiempo allí, teniendo cosas tan importantes para hacer en otro lado... Hacia el final de ese discurso, el magistrado la estaba fulminando con una mirada de fuego, que ella no percibió por estar con la cabeza gacha.

–¿Insinúa Usted que la administración de justicia es una completa pérdida de tiempo? –Bramó encolerizado.

Meneyént casi se desmaya del susto.

–¡Oh, no, Señoría! –sollozó espantada– No fue mi intención. Yo... jamás me habría atrevido a insinuar... ¡Lo siento mucho! No quise ser insolente.

Se la notaba alterada, buscando inútilmente las palabras con las cuales componer un discurso conciliador. No lo consiguió, y el juez exasperado acabó por mandarle callar:

–¡Suficiente! –Rugió. Meneyént dio un respingo y se aferró al brazo de su esposo, que la secundaba en silencio– Basta de tonterías. Cálmese primero, y luego limítese a la descripción de los hechos.

No sin dificultad, ella obedeció: hizo un resumen del ataque y sus antecedentes. A continuación y a medida que el Juez las iba citando, refutó una por una las acusaciones de Gariun, más o menos de la siguiente manera:

–Señora Maëdin Meneyént Daërin: el señor Gariun Leh'id Sorian alega haberla agredido con legítima causa, en primer lugar porque Usted se ha rebelado abiertamente contra su autoridad paterna. ¿Qué tiene que decir al respecto?

–Sostengo, que cualquier persona mínimamente decente habría hecho lo mismo en mi lugar.

–¿Explíquese? –pidió el juez, arqueando las cejas.

–No hay gran cosa que explicar: ya os acabo de exponer la clase de proezas a las cuales ese hombre dedicó sus mejores años. ¿Quién no renegaría de un torturador sádico y genocida, de hallarse en mi lugar?

–Correcto. Tenemos a continuación, su presunto plan para alejar de él a su hijo pequeño. Por ejemplo, el empeño de Usted en forzarlos a trasladarse a esta localidad, donde Usted goza de amplio respaldo social, mientras que él se encuentra estratégicamente aislado...

–¿Que yo propicié su mudanza a Riketh? ¡Si lo último que habría deseado, es que se pegasen a mis faldones! En realidad y si de mí hubiese dependido, habría preferido trasladarme a Malmeniént, donde me habría hallado definitivamente a salvo e inalcanzable. Ahora yo viviría tranquila, sin temores ni sobresaltos, ¡pero ese hombre, mi madre y mi hermano pequeño llevarían ocho años muertos! Es un tremendo ingrato al olvidar que quedándome y previniéndolos, he renunciado a mi tranquilidad para salvarlos a los tres...

–Correcto, pero nos queda aún la cuestión de sus consejos pedagógicos, presuntamente dirigidos a obtener el distanciamiento gradual entre padre e hijo.

–Solo puedo decir que los prodigué de buena fe, teniendo el progreso y bienestar de mi hermano como único objetivo, y sin ningún otro interés ulterior.

Además de a esta clase de cuestiones, respondió a tal multitud de preguntas relacionadas, que el magistrado acabó convertido por fuerza, en experto a nivel mundial en el "conflicto maëdico - soriánico"; esto es, en los orígenes y desarrollo de la agria "disputa por la preeminencia" mantenida entre unos y otros, una de

cuyas consecuencias individuales era precisamente, el caso que estaba juzgando. Razón por la cual, era inevitable que en algún punto le solicitase su propia versión del mismo, que ella resumió así:

–Se trata de un mezquino litigio por la primacía que jamás hemos buscado, pero ante el cual tampoco nos podemos permitir ceder... En primer lugar, porque nosotros somos la Orden original mientras que a pesar de sus jactancias, ellos no son sino una copia fallida en claro proceso de decadencia. Ya diréis vos cuál de las dos es en consecuencia, la principal. Porque en esta cuestión, lo que realmente importa no es la cantidad, sino la calidad; la catadura ética y moral de los miembros. Y en estos aspectos decisivos, ellos se están rezagando cada día más.

"Pero en segundo lugar: ¿desde cuándo el hecho de ser superiores en número o importancia, concede a nadie el derecho de someter o masacrar a los demás? Y podría seguir argumentando, Señoría, pero no os quiero apabullar. Porque el conflicto lleva siglos de desarrollo: comenzó como ligeras controversias respecto a asuntos en apariencia triviales y a partir de entonces, las diferencias no han hecho sino crecer y acumularse. Lo más triste del caso es que ellos se desvirtúan, pero nosotros sufrimos las consecuencias. Es... muy doloroso de exponer."

Terminado el exhaustivo testimonio horas más tarde, la joven mujer se quedó en su sitio, temblando y derramando cascadas de lágrimas. Al final de esa primera sesión, con dificultad consiguió salir trastabillando de la sala, aferrada al brazo de Devri para no caer, y con la mareada cabeza apoyada sobre el hombro de él. De allí se encaminó directamente al hospital, donde iniciaría uno de sus exigentes turnos de guardia.

En Aiketh como en las demás ciudades de la Confederación, un mismo juez llevaba cada caso en su integridad, desde la instrucción hasta finalizar el proceso. Este magistrado en concreto, tenía fama de especialmente riguroso y expeditivo: no solo era muy meticuloso con las investigaciones (por lo cual, el personal a su cargo lo era también), sino que además tenía un sentido muy rígido de la justicia. No era del tipo que iría a dejarse sobornar, ni a dar largas a un asunto; pero además y en sus términos, le gustaba "bajar al terreno". Esto es: parte de sus averiguaciones las realizaba discretamente y en persona. Eso mismo se propuso hacer en esta oportunidad.

Sucede que, salvo a los profesionales del ramo, a nadie le gusta "perder su tiempo" en los tribunales. Mal que le pesase a su orgullo, esa era una actitud socialmente extendida que debía conocer y admitir. Pero a fin de cuentas, la queja había partido de la víctima: la persona cuyos derechos allanados él se proponía hacer valer; no del acusado o de unos testigos. Proveniente de tal dirección, el reclamo era lisa y llanamente insólito. ¿Qué víctima no desea que se le haga justicia? ¿Qué víctima no está dispuesta a pasarse días y noches, meses y años de ser necesario, rondando los tribunales hasta que resuelvan su causa?

Una vez aplacado su sentimiento de amor propio agraviado, el juez se quedó reflexionando. Revisó lo que los crecientes legajos del proceso tenían para informar acerca de esa mujer menuda, delgada y endeble, que primero se había atrevido a insinuar que estaba desperdiciando su tiempo frente a él, para retroceder visiblemente arrepentida a continuación, habiendo captado la cuota de insolencia contenida en sus palabras que al parecer, pronunciara con honesta candidez. *"¿Tanta importancia concede a su actividad? ¿Y tan ocupada está en la práctica?"*, se preguntó mientras abandonaba los Juzgados, resuelto a comprobarlo en persona.

De sus detallados informes había obtenido los datos sobre sus diversos paraderos posibles: Vivienda, Academia y hospital. *¿Dónde la hallaría en esos momentos?* La lógica demandaba que, tras una primera sesión tan prolongada y extenuante (no pudo dejar de notar ese detalle), la joven mujer tendría que haber corrido a refugiarse en la seguridad reconfortante del hogar. Hacia allí encaminó sus pasos, para recibir su primera sorpresa:

–Lo... siento, Señoría, pero no está en casa –explicó su esposo, al que ya había visto secundarla silenciosamente en la sala–. Veréis: apenas nos retiramos, la acompañé hasta la entrada del hospital. Decidió completar su turno de Guardia por la noche, ya que por su obligación de asistir a los Juzgados, no ha podido acudir durante el día.

–¿Significa que en principio, nuestra sesión de hoy ha tenido lugar en su horario de trabajo habitual?

–Exacto.

–Pero la ley ampara a los invocados por un Juzgado: pueden ausentarse del trabajo sin desmedro; no tienen más que presentar al empleador, la citación a tribunales como justificativo...

–¡Ah, sí! Yo también le dije eso, y que más le valía descansar, pues salió muy agotada. Pero no hubo caso. Ella sostuvo que los pacientes no tienen la culpa de que haya tenido que quemar... Eh... ¡Perdón! Quise decir... Bueno: que entre una y otra cosa, hemos pasado la jornada completa en los tribunales. Así que se ha ido a cubrir una guardia nocturna. No volverá hasta mañana, después del amanecer –concluyó ruborizado.

"¡Vaya!", se dijo el anonadado juez mientras agradecía y salía de esa casa sencilla, dirigiendo sus pasos al hospital; *"¡pues sí que esta mujer valora su tiempo!"* Una vez en el siguiente paradero, se encaminó al correspondiente Departamento, allegándose al mostrador de las enfermeras.

–¿Dónde está ahora? –pidió saber.

Sabiendo de quién se trataba y captando al instante lo que se proponía, la jefa de enfermeras lo invitó a pasar y ubicarse junto a ella en el lado interno de la recepción: entre la atestada mesa de trabajo y el estante angosto formado por el mostrador, discretamente ocultos al ojo del público, había una hilera de pequeños monitores de las cámaras de seguridad, mostrando lo que sucedía en cada sala, pasillo y quirófano. La enfermera señaló uno de ellos, diciendo *"está aquí"*. La imagen mostraba un robusto hombretón tendido en la

mesa de operaciones, con un equipo médico al completo afanándose laboriosamente sobre él. De pie junto al paciente, casi pegada a él y en abierto contraste con la frenética actividad desplegada por sus colegas, Meneyént parecía abstraída e inactiva.

–¿Pero qué hace exactamente?

–Mantiene estables sus signos vitales –explicó la enfermera que a fuerza de costumbre, había aprendido a distinguir unas de otras, las tan poco ortodoxas técnicas terapéuticas Maëdern–, recurriendo al procedimiento de insuflarle parte de la propia vitalidad, hasta que los médicos consigan estabilizarlo y sacarlo de peligro.

El juez se concentró en la pantalla con renovada atención.

–Hay un problema –señaló la enfermera tras una pausa–: el paciente es alto y voluminoso, mientras que ella es literalmente diminuta. Mirad: ya ha empezado a tambalearse. No resistirá demasiado. Pronto la veremos caer.

Como buscando confirmar dicho pronóstico, un par de segundos más tarde, Meneyént se desmoronaba. Alguien del equipo se acercó de inmediato y le ofreció de beber.

–Un Reconstituyente –sentenció la experimentada jefa–. Ahora saldrá a descansar veinte minutos.

En efecto, enseguida se veía a la mujer, encorvada y temblorosa como una anciana, trastabillando con pasos lentos y vacilantes en dirección a la Sala de Cirujanos. La enfermera señaló la imagen ofrecida por otro monitor: Meneyént bebió unos sorbos de té, comió un par de bocadillos y se durmió al instante.

–Sueño de Restauración Profunda –explicó la enfermera–. Está "recargando sus baterías", por así decir, para continuar su trabajo con energía renovada.

Y en efecto, veinte minutos más tarde Meneyént corría por los pasillos, de regreso a su trabajo.

–Parece Usted muy familiarizada con su rutina...

–Porque siempre es más o menos igual –explicó la enfermera–. Trabaja sin descanso, hasta la extenuación. Entonces se toma una pausa, renueva sus fuerzas y regresa de inmediato. Pero hoy ha resistido menos de lo habitual: llegó exhausta. En realidad, tampoco tendría que haber venido: este no es su Turno de Guardia. Pero ella es muy exigente consigo misma, demasiado consciente de sus obligaciones...

–Correcto. Me ha ayudado Usted mucho, y le estoy muy agradecido. Solo me resta solicitarle su máxima discreción: nadie tiene por qué saber que he visitado este pabellón, ni mucho menos que he visto lo visto; ¿de acuerdo?

–¡Faltaría más! Descuidad, Señoría: no comentaré el suceso con nadie.

El juez agradeció con un gesto y se retiró admirado. *"¡Pues sí que esta mujer valora su tiempo!"*, se repitió. Nunca antes se había topado con nada parecido: era la horma de su zapato. En cierto modo, era como contemplarse a sí mismo, solo que en versión femenina, con otro oficio y otro hábito. Nuestro magistrado, tan

severo e incorruptible, se conmovió hasta su fibra más íntima. No solo admiró a esta mujer. A partir de ese momento, no pudo evitar detestar con especial encono, a quienquiera cometiese la temeridad de atreverse a agredirla. ¡Esta era una mujer por cuya causa valía la pena batirse a capa y espada! En cuanto a ese hombre despreciable que intentara asesinarla, le aplicaría el máximo rigor que le permitiesen las leyes del país.

¡Y llegó la última sesión de ese exasperante juicio! Fiel a su propia resolución secretamente determinada semanas atrás, aquella noche que presenciara a una parte de la guardia nocturna de su protegida, el juez sentenció a su agresor, a la máxima condena que las leyes estipulaban para su delito:

–Gariun Leh'id Sorian, ¡póngase de pié! Este tribunal lo ha hallado culpable de los delitos de ataque alevoso, agresión con agravantes, lesiones e intento de asesinato. No aceptamos la validez de su alegato. Por lo tanto, y dada la naturaleza injustificada de sus delitos, lo condenamos a veinte años de prisión, sin atenuación ni indulto posibles.

Significaba que Gariun, con unos cincuenta y ocho años de edad en ese momento, solo volvería a ver la luz del día en su vejez... Los guardias del Juzgado se aprestaban a llevárselo cuando, con un súbito e imprevisto ímpetu felino, el hombre saltó por encima de las mesas, cayendo con fuerza sobre la desprevenida Meneyént, a la que intentó estrangular. Se necesitó una hueste de diez policías corpulentos para reducirlo a golpes, apartando a empujones de su víctima al hombre, que se defendía como una fiera acorralada, con la agresividad contundente de un veterano de muchos combates físicos y mentales. Inevitable testigo del suceso y con el rostro desencajado de espanto e ira, allí mismo el juez le agregó una larga lista de culpas a cual más graves:

–¡Qué osadía!: ¡Atreverse a reincidir aquí mismo y en nuestra presencia! Gariun Leh'id Sorian, acaba Usted de cometer una nueva agresión alevosa, de afrentar a la autoridad civil, y de violentar la paz pública. En consecuencia, esta Corte lo condena a veinticinco años de reclusión adicionales, a aplicar inmediatamente tras el cumplimiento de los veinte anteriores y en vista de su manifiesta peligrosidad, a purgar en régimen de máxima seguridad; sin posibilidad de revisión, apelación, amnistía ni atenuación. ¡Sacadlo de mi vista!

Ahora y por longevo que llegase a ser, Gariun jamás saldría de prisión con vida. A continuación, el Magistrado ordenó desalojar la sala, para correr con premura junto a la desvanecida Meneyént. La pobre mujer temblaba de pies a cabeza y respiraba con dificultad. Hizo que sus ujieres la trasladaran con cuidado a su despacho, ordenándoles acomodarla con suma delicadeza en su enorme y mullido sillón. Entonces se aplicó con denuedo a reanimarla.

–Meneyént Daërin, Meneyént Daërin: despertad, por favor... Meneyént Daërin, ¿os encontráis bien?

La aludida abrió unos ojos afiebrados, fijó su mirada exangüe en el hombre que la atendía llorando, sacudió la cabeza levemente en gesto de aturdimiento y se volvió a adormecer. Al rato llegaban los médicos de urgencias, y se la llevaban a internar. Nuevamente, demoraría varios días en despertar: como cualquier otro isleño, era una persona de contextura demasiado quebradiza, en extremo vulnerable a cualquier tipo de agresión. Para cuando recuperó la conciencia, descubrió a Daremlith velando junto a su lecho de convaleciente. El pequeño Leveri la acompañaba: su madre todavía no había resuelto lo referente a su formación. Le costaba decidirse, y esperaba terminar de zanjar la cuestión debatiéndola con su hija apenas esta despertase.

–¡Hola Meneyént! ¿Cómo te sientes?

–Muy cansada... Y tú, ¿qué haces aquí? No me dirás que llevas días y noches en vela por mi causa...

–Pues sí. Es más: algunas noches se me hizo tan tarde que preferí pernoctar en el Hospital. Por fortuna y al tratarse de ti, gozo de trato preferencial. Me trajeron un sillón grande y cómodo, y estuve durmiendo aquí mismo, a tu lado. ¡No sabes cuánto me alegra verte despierta otra vez!

–Ya mí... ¡Hola Meneyént! –saludó Illei.

–¿Leveri? ¿Qué hace aquí? ¿Ha estado velando él también? –había un dejo de desaprobación en su voz.

–No. No te preocupes. Lo dejé en tu casa cada vez que vine a verte. Recién hoy lo he traído por primera vez, solo porque tus colegas me anunciaron que había posibilidades de que recuperases la conciencia. Y quería consultarte respecto a él –con un leve gesto de su rostro, Meneyént le pidió continuar. Daremlith expuso:

–Se trata de su educación. Gariun insiste en su postura, aunque ya no pueda hacer mucho por hacer valer su voluntad. Por su parte, Illei se ha atrincherado en la suya, y resiste irreductible. Yo... ¿qué quieres que te diga? Tengo mis dudas. Una cosa es que el niño siga su propia senda, obedeciendo su inclinación natural. De acuerdo: ¡también nosotros sostenemos que cada cual posee unas aptitudes individuales, en base a las cuales se debe desarrollar! Pero otra muy distinta es imponerle una deserción definitiva; que reniegue de nuestra Orden y se pase a la vuestra. ¿Por qué deberíamos consentirlo?

–Yo no entiendo a qué viene tanta reticencia –dijo una Meneyént cansada, con su débil vocecita vacilante, apenas audible–. Veamos: ¿qué tanto crees que perderá, por estudiar en una Academia Maëdi? ¿Su Ordenación? Si para entonces todavía la desea, más adelante podrá someterse a los requisitos de los Sorien. Pero sinceramente: dudo que llegado ese día le interese. Tu Orden está en franca decadencia. Hasta una Academia de Copistas es preferible a cualquiera de las vuestras.

Aquello constituyó un agravio más súbito e intenso del que nadie habría tolerado. Daremlith sintió como si le hubiesen partido una viga de hierro en plena cara, y reaccionó por instinto, sin pensar. Poniéndose de pie como activada por resorte, estampó una bofetada tan violenta en el rostro de su hija, que aquella giró de

cuerpo completo, cayendo de bruces al suelo por el impulso. Al instante siguiente, el personal médico inmovilizaba a la consternada agresora, en espera de los agentes del orden.

No había hecho más que emerger de una agotadora ronda de juicios, que en el horizonte de Meneyént se perfilaba una nueva... Peor que eso: su salud se despeñaba otra vez. Y de pie junto a ella seguía su hermano pequeño, ahora virtualmente huérfano, sin un hogar al cual regresar. Meneyént alcanzó a invocar la presencia de su esposo antes de dejarse envolver por el sopor.

Para admiración general, ni siquiera su propio abogado defendió la causa de Daremlith con tanta vehemencia como su víctima:

–No fue un ataque premeditado –enfatizaba aquella–, y además yo la provoqué. No fue mi intención, pero debí detenerme a pensar antes de hablar. Lo siento...

El juez se mostró dispuesto a considerar la ausencia de premeditación como atenuante, pero incluso así, la condena que quería dictaminar seguía siendo excesiva para su en ocasiones incomprensible protegida:

–Seis años, para mi hermano que acaba de cumplir los ocho y que quedará virtualmente huérfano por lo que resta de su infancia, ¡es una eternidad!

–Eso, debió pensarlo ella antes de golpear –sentenció el magistrado–. Pero en atención a tu reclamo, le concederé un régimen de visitas especialmente generoso. Así tu hermano podrá visitarla a diario, compartiendo con ella cuantas horas desee.

Acto seguido, el juez concluyó de dictar su sentencia, y Meneyént se echo a llorar desconsolada.

Realmente, ¡qué mujer más impredecible y extraña! Sin saberlo ni proponérselo, la frágil Maëdin se había ganado para siempre, el paternal amparo incondicional del hombre más severo del país. Aguel la hizo conducir por sus ujieres a su despacho, donde pasó los siguientes minutos consolándola y atendiéndola. Extenuada y abatida, la mujer bebió un poco de té, comió con desgano un par de bocadillos, y cediendo al cansancio que la vencía se durmió allí mismo, acurrucada en el sillón del juez. Esa noche, el magistrado tuvo todavía un inusitado gesto adicional para con ella: la hizo recostar en su lujosa limusina, y se sentó como un mero guardaespaldas a su lado, mientras su chófer los conducía hacia la austera vivienda de la mujer. Ingresó en ella portando en brazos el menudo cuerpo consumido:

–Cuidadla –le dijo a su azorado esposo, que había permanecido en casa con las niñas y su joven cuñado, y ahora lo miraba con una expresión de aturdimiento en el rostro súbitamente pálido–. No hay otra como ella en toda la ciudad. ¿Dónde...? –añadió confundido, mirando hacia uno y otro lado en busca de una cama en la cual depositarla.

–Allí –replicó Devri, señalando un ángulo de la casa–: es nuestro rincón habitual.

–¿Allí? ¡Pero si allí no hay nada!

–Es nuestra costumbre: nos alcanza y sobra con envolvernos en mantas...

Todavía perplejo, el juez obedeció. Y tras depositarla con grandes precauciones donde le fuera indicado, la cobijó con esmero y se retiró temblando con temor reverente. ¡Esa mujer increíble, ni siquiera tenía un lecho en el cual reposar!

IX
La última batalla

Sometida a tantas presiones, Meneyént asistía con preocupación a la gradual disminución de sus fuerzas. Una creciente inquietud la desvelaba: ¡su embarazo! Debía conducirlo satisfactoriamente a término. Pero los meses se arrastraban con desesperante lentitud, mientras en cambio, los acontecimientos aciagos se sucedían a ritmo de vértigo.

Una vez más yacía internada, al amoroso cuidado de sus compañeros de Departamento. Sacando cuentas con ansiedad, murmuraba para sí: *"tres meses y medio... Solo tres meses y medio más... ¡No llegaré! Tengo que acelerar el proceso de gestación"*. Y convocó a su Herbolario: urgida por las circunstancias, le hizo cambiar su Reconstituyente por otro, que reforzaría la efectividad de la Técnica de Crecimiento Acelerado que a partir de ese momento, se proponía aplicar sobre su última hija por nacer.

Un par de días más tarde, los consternados colegas de Meneyént capturaron a un intruso malicioso que de alguna manera, había conseguido infiltrarse hasta su cuarto. Por fortuna, no había alcanzado a cometer ningún desaguisado cuando lo inmovilizaron. Y ella no llegó a enterarse del frustrado intento de ataque, pues dormía. Pero iniciadas las pesquisas pertinentes, el juez descubrió una verdad espantosa: el vengativo Gariun debía haber puesto precio a la cabeza de su desgraciada hija, ya que el recién capturado no era sino un Enlace de Draïr. Determinado a defender su vida contra viento y marea, el juez le puso protección permanente, además de cámaras de seguridad en su habitación del hospital. Con su tranquilidad garantizada, Meneyént se fue recuperando paulatinamente. Un par de semanas más tarde, volvía a trabajar con normalidad. Y aunque ella no lo supo, incluso entonces seguía estando protegida: corpulentos policías de paisano rondaban por su conocido itinerario de casa al hospital y de regreso, atentos a frustrar el menor intento de atentado contra su vida o integridad.

Por su parte Leveri, que ahora vestía un hábito Maëdi y viviendo en casa de su hermana, pasaba él mismo por hermano mayor de sus sobrinitas (de tres, y un año y medio respectivamente), habiendo superado el último escollo acudía a la Academia de su elección, de la cual volvía cada día más entusiasmado. Pero cuando por la tarde, iba a visitar a su madre en prisión, aquella lo miraba y lloraba desconsolada...

–Hola –dijo la primera vez a las guardias del servicio penitenciario, presentando sus credenciales–; tengo permiso de visita. ¿Puedo ver a mi madre?

–¡Por supuesto! Pasa.

Los ominosos portones enrejados del penal se abrieron. Leveri seguía a su guía, mirando a diestra y siniestra con temor apabullado. La agente de policía que lo guiaba le iba comentando con suave amabilidad:

–El juez de la causa nos encomió muy encarecidamente que viésemos de recibirte con solicitud. Puedes venir siempre que quieras, y permanecer con tu madre cuanto quieras.

–Gracias –musitó él, distraído. Seguía marchando maquinalmente, con la vista fija en los diversos aspectos del presidio.

–¡Hola mamá! –saludó con alegre voz cantarina, entrando en la celda de ella.

–¡Illei! –Daremlith tuvo una primera reacción de dicha espontánea, enseguida opacada por la decepción– Pero tú...

–Corrí a verte, apenas terminé la comida.

–Sí, pero tú... ¡Vistes un hábito Maëdi! ¿Por qué? –Daremlith lagrimeaba. Su hijo trató de razonar:

–Es que mamá... vivo entre Maëdern, estudio entre Maëdern, ¿cómo esperarías que vistiese?

–A tu padre le daría un síncope si te viera así.

–¡Y no entiendo por qué! Mamá: ¡me va bien! La Academia es maravillosa, me encanta el estudio. Te digo más: supera con creces mis mejores expectativas. ¡Ojalá pudieses venir y verlo! No te das una idea de lo magnífico que es. Tengo excelentes maestros, estoy haciendo nuevos amigos...

–¡Y te estás maëdizando! Illei: eres mi único hijo, y me abandonas. ¡Reniegas de mí! Oh, no... ¡Es demasiado cruel para ser cierto! –y se desató en llanto.

–Pero mamá... ¿Qué mal te hice?

Y al principio, esa fue la regla: no importaba con cuánto pasión y alegría el niño describiese sus descubrimientos y progresos. Daba la impresión de que cuanto más feliz se sentía él, más le dolía a ella. De vuelta en su nuevo hogar, se quejaba de este agobio con su hermana:

–No lo entiendo, Menevént: cuanto más entusiasmado llego yo, más llora y se lamenta ella. ¿Tanto le molesta mi éxito? ¿Es que no desea mi felicidad?

Yaquella le replicaba tajante:

–Concédele tiempo, Leveri. Su situación es difícil, y necesita desahogarse.

–¡Pero sus quejas y reclamos me amargan la vida! Es muy duro acudir tarde tras tarde con la mejor de las intenciones, para ser recibido de esa manera.

–Te comprendo, pero escucha: es tu madre, y sólo te tiene a ti. No puedes abandonarla en su desgracia. Por difícil que sea, no dejes de visitarla, o la soledad la matará...

–Es que... –intentó objetar, pero ella le impidió continuar:

–Mírame, Leveri. Nunca olvides que a tus padres debes el máximo don que puedes recibir en este mundo: la vida. Tú sé paciente y leal para con ella. Algún día, la Unidad te retribuirá con creces.

Así fue que estimulado por su hermana, siguió acudiendo al penal.

Eran las cinco de una mañana común y corriente: Meneyént emprendía su caminata al hospital, cuando se vio súbitamente asaltada por un par de matones que la derribaron con facilidad. Obsesionada por proteger su embarazo, se acurrucó en el suelo: aún con su proceso de gestación acelerado, todavía le restaban cinco semanas para llevarlo a término con éxito. Recibió brutales golpes en la espalda y la cabeza antes de que sus policíacos guardianes de paisano, consiguiesen reducir a los rufianes. Para entonces, Meneyént se sacudía convulsionada y escupía sangre, lloriqueando dolorida y respirando con quejumbrosos jadeos. La internaron de inmediato.

"¡Enlaces de Draïr!", confirmó el juez días más tarde, añadiendo como la vez anterior, diez años más a la condena de Gariun, al que una vez tras otra acusaba de contratar asesinos a sueldo. Para entonces, el hombre acumulaba sesenta y cinco de condena a sus espaldas. ¡Incluso más que su edad actual! Pese a lo cual, no parecía dispuesto a cejar en sus empeños vengativos. ¿Cómo disuadir a un enemigo tan obstinado? El juez veía desesperado, cómo cualquier posibilidad de amparar a su protegida se complicaba en lugar de facilitarse. Era como luchar contra molinos de viento. Solo en su lujoso despacho, lloró con acongojada impotencia.

"Monstruo maldito: ¡no te permitiré disfrutar de tu victoria!", masculló a continuación, e hizo un súbito llamado a la cárcel.

–Buenas tardes, alcaide. Sí, soy yo. Es por el recluso inusual que tenéis en aislamiento. De alguna manera, está violando la seguridad del penal: ya es la segunda vez que contrata asesinos a sueldo. Pues sí: reclamo incomunicación absoluta, pero más que eso. Su contumacia merece una respuesta: ¡sometedlo a régimen de castigo!

Minutos más tarde, Gariun era conducido de su pulcra y aireada celda anterior, al más sórdido calabozo subterráneo. A partir de ese momento, le sería prodigada una única ración diaria, magra y deliberadamente rancia. Además, prácticamente olvidado del mundo en aquellas húmedas y cavernosas profundidades tenebrosas, quedaba sujeto a la arbitrariedad de sus carceleros. Ya no le asistiría derecho civil alguno, puesto que nadie tampoco se lo haría valer.

Sin embargo, tales desvelos poco o nada podían ayudar a la agredida Meneyént. *"Cinco semanas... Solo cinco semanas más... ¡No llegaré! Tengo que acelerar el proceso de gestación"*; volvió a decirse, y convocó a su Herbolario: empeñada en salvar a su hija, cambió su Reconstituyente por segunda vez. A partir de ahora, su Técnica de Crecimiento Acelerado sufriría un impulso exponencial, que dejaría a la madre completamente aniquilada pero a cambio, le permitiría comprimir sus cinco semanas de embarazo restantes, en una. Pero a pesar de los abnegados cuidados que le prodigaban, sus angustiados colegas del hospital asistían al cotidiano deterioro de su salud. Meneyént languidecía a ojos vista, mientras la llama de su vida se consumía con tanta

rapidez como avanzaba su estado de gravidez. Días más tarde, ella misma anunció la fecha y hora del feliz acontecimiento:

–Escuchad: espero alumbrar mañana, a las diez en punto. Reservadme una sala de parto. Además, me gustaría que mi esposo, mi madre y el juez me visitaran durante el evento. Ved de avisarles, por favor. Necesito hablarles con urgencia, y quizás no tenga otra oportunidad.

Y así fue: la puntillosa Maëdin alumbró a la hora señalada, una criatura preciosa, un retoño diminuto y delicado, que daba el peso habitual para una Layedin recién nacida: un kilo doscientos. La minúscula niña entraba en la palma abierta de cualquier médico varón. Tras asearla y vestirla, la depositaron con delicadeza sobre el seno de su madre, que la abrazó aliviada. Meneyént lucía más sofocada que si acabase de correr la maratón; pese a lo cual, sonreía feliz. ¡Lo había conseguido! Aquí estaba por fin, sana y salva, el fruto de sus desvelos...

Lamentó en su fuero íntimo la ausencia de su madre y del juez: pese a haberlos requerido, aquel no había podido asistir y además, había denegado a la otra cualquier permiso de salida. Por lo menos, su esposo sí estaba presente, y eso era lo principal. Le pidió acercarse con un tenue ademán de su brazo debilitado.

–Otórgale mi nombre –le dijo en un esforzado susurro–, y entrégale el medallón de mi abuelo. Por mi parte, le daré una Cápsula de Memoria. Ella siempre será ella misma, crecerá con su auténtica personalidad independiente. Pero una parte de mí la acompañará desde su primer día de vida y hasta el último: seré su amiga, su maestra y su consejera. Jamás la abandonaré...

Dicho esto Meneyént descansó, extenuada por el embarazo acelerado y la labor de parto. Horas después se apagaba en silencio.

–Mi ángel de luz...

Recogida en su celda en la serena oscuridad de la noche, Daremlith percibió la diáfana luminosidad creciente. Pronto el fulgor era demasiado intenso como para mirarlo directamente. Tuvo que entornar los párpados, mientras volvía a susurrar con emoción:

–Mi ángel de luz, ¡cada día brillas más!

–Me voy –respondió una suave voz inmaterial en su mente–, pero antes quisiera sacarte de aquí. Partiría más tranquila sabiendo que mi hermano y mis hijas quedan a tu cuidado, en lugar de crecer desvalidos como huérfanos...

Súbitamente consciente del significado de aquellas palabras, Daremlith se desató en un llanto desconsolado. Entre compungidos hipidos, no hacía más que lamentar sus errores pasados y disculparse una vez tras otra:

–Ninaïth, mi niña, ¡no te vayas! ¡Oh! ¡Cómo lamento lo ocurrido! ¡Qué rabia no poder hacer nada por repararlo!

Pero Meneyént la urgió a callar para prestar atención a sus postreras palabras:

–Ya, ya, Daremlith, escucha: ¡mi tiempo se acaba! Haré todavía un último intento por ablandar a ese juez tan inflexible. ¡Pero necesito tu ayuda! Tanto si viene a verte en persona, como si envía a otros a sondearte en su lugar: tienes que demostrarte contrita y arrepentida, con sincera voluntad de corregir lo hecho. ¡Recuérdalo! Sigue siendo ínfima, pero es nuestra única posibilidad.

Dicho lo cual, la etérea luminosidad se desvaneció, dejando la celda a oscuras otra vez. Daremlith renovó sus demostraciones de luto. Al instante siguiente, el espíritu recién liberado de Meneyént prodigaba una visita similar a su juez.

–Señoría... –susurró en su mente.

El interpelado se volvió, para retroceder asustado al percibir la inesperada presencia.

–Sólo soy yo –lo tranquilizó esa voz femenina tan conocida y venerada–: no soy más peligrosa ahora que en vida...

Las últimas palabras fueron dichas con una irresistible dulzura jocosa. El magistrado no pudo evitar sonreírse. Un poco más distendido, preguntó al aire:

–Luego... ¿Tengo que entender que acabas de expirar? ¡Haberlo sabido! Habría hecho cualquier otro compromiso a un lado para acudir junto a ti.

–No os aflijáis, Señoría, pero por eso estoy aquí: necesito pediros un favor personal –el interpelado asintió con un gesto, ella continuó–. Veréis: se trata de mi hermano y mis hijas. Me angustia saber que al partir, los dejo solos y desamparados. Sería un gran consuelo para mi alma, si pudiese irme con la certeza de que mi madre los cuidará, velando por ellos en mi lugar.

Aquel juez de fama tan rigurosa no se apresuró a responder. Por una parte, era la primera vez en su vida que se veía en semejante situación. ¿Se puede discutir a un espectro? Se estremeció. Por la otra, ella había alegado con astuta diplomacia, no a favor de su madre en prisión, sino por cuatro criaturas indefensas... Comenzó a replicar con cautela:

–Comprendo y comparto tu preocupación por los niños, pero no puedo descuidar mis obligaciones para con la justicia... Aunque haré esto por ti: iré a visitarla. Si noto que su arrepentimiento es sincero, conmutaré su pena por una multa. De una u otra manera, ¡pagará! Pero si la encuentro contumaz, entonces lo sentiré mucho, pero deberá quedarse donde está. En cualquier caso, incluso de salir no lo hará gratuitamente: la obligaré a firmar un compromiso. Saldrá pura y exclusivamente para cumplir tu última voluntad. ¡Y más le vale hacerlo con entrega!

Meneyént agradeció y se esfumó, liberada y tranquila al fin. Pero el magistrado abandonó el edificio de los tribunales de inmediato, decidido a hacer un par de visitas.

Primero se encaminó al presidio en el que Gariun cumplía condena. Se hizo conducir hasta su calabozo y, para su sorpresa y pese a lucir demacrado y consumido, lo encontró más insolente y arrogante que nunca.

–Buenos días, Señoría –lo recibió con una sonrisa desdeñosa–. Así que habéis fracasado, ¿verdad?

–¿Qué sabes tú?

–Siempre estoy enterado. Eres tú, quien sigue sin comprender.

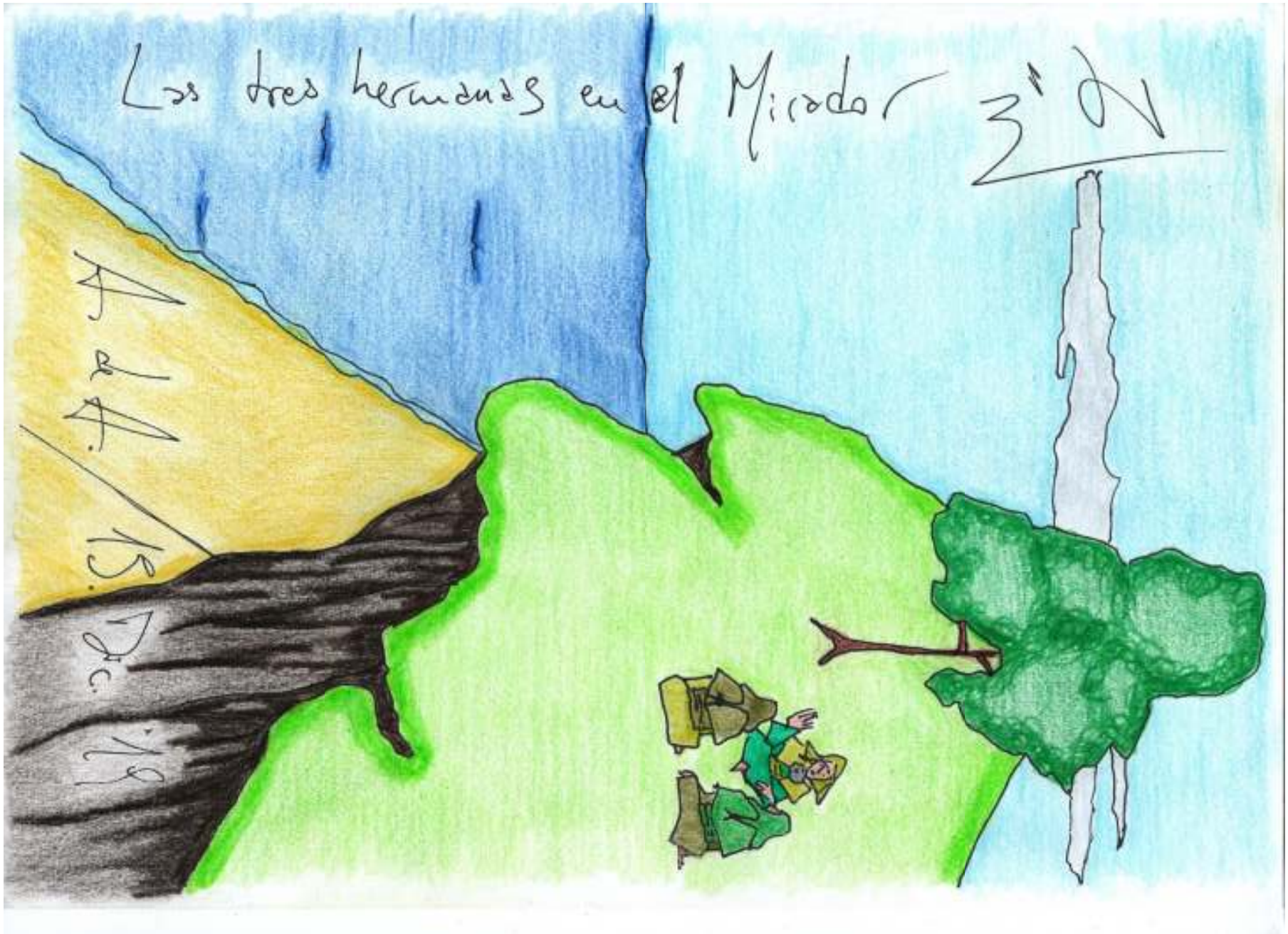
–¿Comprender, qué?

–Que puedes comandar cohortes de matones, pero vuestra primitiva y burda fuerza bruta no es rival para las sutiles técnicas de nuestra Orden.

Vaya insolencia... ¡Ese acosador pertinaz se le mofaba en sus narices! Pues bien: un solo guiño contundente bastó para que los carceleros captaran las intenciones del juez. Tras una larga noche de atroces tormentos, aquel asesino ideológico entregaría su alma impenitente. ¡No viviría para congratularse de su victoria!

Culminada esa tarea, se encaminó a la cárcel de mujeres. Tras su visita a Gariun, el contraste ofrecido por su esposa era impresionante. La pobre mujer se deshacía en lágrimas de genuina contrición, lamentándose sin descanso:

–Tenéis razón, Señoría: no merezco vuestro perdón. ¡Mi ángel de luz! ¿Cómo pude atreverme a herirla? Jamás debí... –y así continuó, incluso mucho después de que el magistrado se hubo retirado: el resto de esa noche y la mañana siguiente, hasta que vinieron a buscarla para conducirla al despacho del juez. Aquel la esperaba con la documentación preparada. Daremlith firmó sus compromisos y salió libre. Y fue una leal madre sustituta de sus nietas, velando por su bienestar con abnegación.


Las tres hermanas en el Mirador
A. de A. / 15. Dic. '19

La deuda con Draïr

Meneyént Daërin (h) creció con una inteligencia precoz. Era una niña retraída y estudiosa. Apenas supo leer, hizo del que fuera el libro predilecto de su madre, su propio favorito a su vez. Siempre que podía, se detenía a hojear con calma aquel lujoso volumen ilustrado que, pese a que su dueña original ya no estaba, seguía sin abandonar su sitio en la mesa, donde su madre lo dejara tras su última consulta...

Aquella había cumplido su promesa: Meneyént Daërin portaba una Cápsula de Memoria en su interior. Era como llevar consigo la presencia materna. Podía asesorarse con ella siempre que lo deseara, y pasaba las horas de la tarde sentada sobre el mullido césped del Mirador (un magnífico punto alto que dominando la ciudad, ofrecía una vista soberbia del paisaje urbano circundante, las incipientes instalaciones portuarias e industriales, y ese océano infinito cargado de promesas aún por explorar), hablando con su madre presente en su interior, aprendiendo su ciencia de ella, reviviendo sus experiencias, y formándose ética e intelectualmente con rapidez. Llegando a su casa por la noche, repetía las lecciones aprendidas a sus hermanas mayores. Así, las tres se iban instruyendo en la Disciplina de los Trovadores Regeneracionistas de Héilenar, ciencia que los Layédern fugitivos se habían llevado consigo a Malmeniént, y de la que ya no quedaban representantes vivos en el Continente Grande.

Entretanto y a medida que fueron creciendo, las tres se matricularon en la Academia de Médicos y Herbolarios. No solo tenían un legado que perpetuar. También se sentían llamadas a ocupar el lugar que su madre, muerta con solo veintidós años, dejase vacío al abandonar el mundo prematuramente. Daremlith, que habiendo vendido su propiedad, vivía con su hijo en casa de su yerno, hallaba consuelo para su espíritu atribulado viendo crecer a sus nietas lozanas y felices: a sus ojos, se le hacían como tres promisorios calcos de su difunta hija. Era un alivio tener la oportunidad, multiplicada por tres, de poder hacer bien lo que antaño había hecho tan desastrosamente mal...

Su hijo Leveri, cuya supervivencia (no podía olvidarlo) debía también a su hija, hacía grandes progresos en su Academia. Había crecido desarrollando su personalidad en plenitud: tras años de formación se perfilaba como un hombre esencialmente bueno, amable y paciente. Un jardinero particularmente amoroso, con una habilidad extraordinaria para atender la vida vegetal que a su paso, parecía brotar y reverdecer espontáneamente por doquier. A Daremlith ya no le escocía su hábito Maëdi. Había acabado por comprender las razones de su hija y, no sin cierta melancolía, ahora compartía su opinión.

¡Y seguía procurando su consejo! Pronto supo ponderar el valor del donativo materno recibido por su nieta al momento de nacer: la menor de sus nietas era en efecto, "ella misma", con su propia vida, identidad,

voluntad, personalidad e inquietudes; pero portaba consigo una curiosa "Cápsula de Memoria", en cuyo interior habitaba un fragmento del espíritu de Meneyént. Y como un fragmento de la luz es equivalente en cualidades y esencia a la luz entera, ese fragmento del espíritu de Meneyént conservaba sus facultades intactas. No solo la hija creció consultándola, dialogando y aprendiendo de ella; apenas descubrió la autenticidad del don, Daremlith hizo otro tanto. Un pequeño consuelo mientras duró, porque Meneyént Daërin estaba siguiendo un plan nítido de acción, delineado por su madre y perpetua confidente interior.

En consonancia con dicho plan, a los quince años comenzó a trabajar en el hospital, como ya lo hacían sus hermanas mayores: así empezaba a ahorrar, y a acumular experiencia práctica para el futuro. El profesor jefe del Departamento estaba exultante. ¡Tres prodigios a cambio del que le fuera arrebatado años ha! Y como ellas eran tan jóvenes y para mejor, no tenían enemigos de ninguna clase, podía considerar que su inversión era esta vez, a muy largo plazo. Sin embargo, el día que cumplió sus dieciocho años, Meneyént Daërin presentó su renuncia.

–¿Por qué? –preguntó el consternado profesor.

–Me voy a Draïr –dijo ella.

–¡A Draïr! ¿Por qué? –volvió a preguntar él, más atónito que antes.

–Mi madre quedó en deuda con su comunidad. He aceptado sobre mí, la responsabilidad de saldarla.

Era una decisión irrevocable, que no había manera de aplazar mediante ofrecimientos de ninguna clase. Meneyént Daërin retiró sus ahorros y cerró su cuenta bancaria, hizo su minúscula maleta y partió en tren hacia el Sur... Y una vez en Draïr, dirigida por la memoria materna, se encaminó a una dirección conocida: el hogar del malogrado tutor de Meneyént.

–¡Hola! –saludó a la Médica Maëdin de pelo encanecido, entrando confiada al atardecer.

–¿Nos... conocemos?

–Pues sí y no –replicó, aclarando con una sonrisa–: mi madre estuvo aquí una vez. Tú y tu difunto esposo la acogisteis cuando huyó de Nerai...

–O sea que tú, eres hija de Meneyént Daërin. Dime: ¿cómo está? ¿Es feliz en Aïketh?

–Pues... no exactamente. Murió de parto hace dieciocho años, cuando nací. ¡Pero una parte de ella sigue viva en mi interior! Y me ha encomendado regresar a Darei, a saldar su deuda.

–Entiendo... Vamos, pasa y siéntate. Beberemos un poco juntas, y más tarde serviré la cena. ¿Sabes? Para mí serás un consuelo, una dulce compañía después de tanta soledad...

Uniendo el acto a la palabra, la mujer preparó y sirvió té. Ya de regreso ante su huésped, se sentó a conversar con ella.

–Luego, has venido a establecerte, ¿verdad? –Meneyént Daërin asintió con un gesto– ¿Y en qué te has especializado, en Riketh?

–A imitación de mi madre, estudié en la Academia de Médicos y Herbolarios; pero además, recibí de ella los arcanos del Regeneracionismo.

–De... ¿ella?

–Pues sí. Ese ha sido su obsequio al alumbrarme: me entregó una Cápsula de Memoria. Es como si ella continuase viviendo en mi interior. Me instruye y aconseja. De hecho, ¡he llegado a esta casa siguiendo sus indicaciones!

–Vaya... ¡Bendita ciencia del Láyed! Tu madre era un ser extraordinario. Me alegra tenerte conmigo. ¡No sabes cuánto me recuerdas a ella! Pero claro: con lo que nos parecemos los Maëdern entre nosotros, tampoco es de extrañar.

Ambas rieron con ganas.

Allí pues, encontró una cálida recepción hospitalaria pero al entrar en funciones al día siguiente, entró en conocimiento de una deprimente realidad que, quizás por su juventud, en su momento había pasado desapercibida a su madre: habiendo conocido épocas de mayor libertad y prosperidad, la Comunidad Maëdi de Draïr era en la actualidad, un grupo sometido brutal y arbitrariamente, agobiado por restricciones y abusos enervantes.

Estaba por ejemplo, la cuestión de las Academias: originalmente, solo se les había consentido tener sus Academias de Copistas. Más tarde y con motivo de la dispersión de la "Sorianir de Qwaïnel" a mediados del siglo XXIV, la súbitamente reforzada Comunidad había conseguido el levantamiento de dicha restricción, permitiéndosele por fin la fundación de Academias diversas a gusto y placer. Semejante arreglo solo había durado ciento veinte años, pasados los cuales y sin ningún motivo realmente válido, ese lujo se les había vuelto a denegar: al parecer, a nadie convenían unos Maëdern en exceso independientes o seguros de sí mismos. Una vez más, quién quisiese formarse en cualquier disciplina que no fuera la Copista debería trasladarse... o aprender de sus padres en la privacidad del hogar. En cierto sentido, una especie de curiosa regresión a la Edad Imperial...

Ahora bien: ¡trasladarse tampoco era tan sencillo! En primer lugar: solo era posible a título individual, y con la condición de que el resto de la familia o parentela permaneciera en la ciudad, sujeta a posibles represalias en caso de ausencia prolongada del miembro itinerante. Draïr se empeñaba en evitar cualquier asomo de éxodo masivo, y lo hacía recurriendo a los métodos más brutales: controlando las salidas, y vigilando a los ocupantes del vecindario noche y día. Una familia Maëdi que sencillamente, se propusiese hacer una inocente excursión de esparcimiento al puerto, o a la ciudad de extramuros, se exponía a pasar por

experiencias en absoluto divertidas. Peor que eso: las patrullas, que al principio les impusieran con la excusa de "protegerlos", podían agredirlos espontáneamente de las maneras más súbitas e injustificadas, sabiéndose amparadas por la más absoluta impunidad.

¡Por no mencionar a los francotiradores! Tenían sus puestos de vigilancia en las alturas de las sierras, desde las cuales controlaban a la población indefensa a sus pies. Era una tarea tan tediosa como puede serlo la de pasarse horas en silenciosa soledad, contemplando los lentos movimientos de unas gentes tranquilas, que se limitan a ir y venir por sus callejas, sin causar disturbio ni inconveniente alguno. Doblegados por el hastío, los guardias de las atalayas perdían los nervios y realizaban disparos ocasionales, solo para cerciorarse de que aún conservaban su buen ojo y puntería.

Tal era la situación general que encontró Maëdin Meneyént Daërin (h), arribando a su nueva ciudad de residencia aquella primavera de 2783. Sin embargo, nada la desalentó más que la cuestión de los Maëdern al servicio del palacio real, con la que prácticamente se topó de narices apenas llegar. Para entonces, la Corona llevaba unos mil años empleando a Copistas selectos para las funciones de bibliotecarios, archiveros, traductores y escribas. Unos puestos que por obvias cuestiones de remuneración y estatus, en principio deberían haberse considerado apetecibles, enseguida se ganaron tan pésima fama, que el rey debía tomar a sus empleados por la fuerza. ¿La razón?: pese a ser contratados en plena adolescencia, rara vez los desdichados sobrevivían a sus primeros diez años de servicio. Enseguida caían víctimas de las calumnias más descabelladas, o acababan castigados por minucias verdaderas o incluso imaginarias.

Un Copista de la Corte podía pagar con su vida por una acusación grave, o también por acumular en su foja una serie de tres faltas leves. No importaba cuán puntilloso o intachable hubiese sido su desempeño, porque una vez se le acusaba, de nada le valían los descargos. Se le sometía a prisión y tormento de ser necesario, a pesar de que nadie esperaba una confesión: ya se sabía por experiencia que por enclenque que fuese, el escribiente Maëdi era capaz de resistir el martirio más atroz sin confesar nada contra su voluntad. Por eso mismo también, la ausencia de confesión no se consideraba exculpatoria. Y tras largos períodos de reclusión y maltratos, acababan ajusticiados en un multitudinario acto público.

Precisamente, un evento de tales características se aguardaba para el próximo Indaïo en el momento de arribar Meneyént Daërin. Por dondequiera que fuese encontraba caras largas, y al preguntar a su anfitriona conoció la escabrosa realidad.

–¿Siempre sucede lo mismo? –indagó consternada, tras la desalentadora exposición ofrecida por aquella.

–Siempre.

–¿Cómo es el procedimiento a continuación?

–Pues, reúnen a los parientes del condenado y a los principales de la comunidad, nos conducen al gran anfiteatro de la Ciudadela y nos obligan a presenciar la ejecución, sentados en el suelo en primera fila y con el resto de la vociferante multitud en las gradas a nuestras espaldas. La víctima de turno es flagelada hasta que entra en agonía, entonces cortan sus ligaduras y la dejan caer. Nosotros corremos a levantarla y asistirla, pero no importa cuánto nos esforcemos: siempre se muere en nuestros brazos. Es tristísimo y muy frustrante. A continuación la trasladamos al Valle, donde se nos pliegan los demás, juntos ascendemos hasta el cementerio en la cara Noroeste de las sierras, y la sepultamos. Allí solemos permanecer llorando hasta el anochecer, y en ocasiones incluso más.

–Y dime: ¿hay atalayas con asesinos traicioneros apostados por encima del cementerio?, ¿o quizás sus malhadados esbirros nos perseguirán durante el cortejo fúnebre, para acosarnos allí también?

–¿Por qué o para qué lo harían? –replicó la Médica– Piensa: lo habitual es que arrastrados por la angustia abismal que nos genera nuestra situación de desamparo, una vez puestos a llorar entre tantos parientes, amigos y vecinos que nos han abandonado, muchas veces arrancados de entre nosotros con caprichosa brutalidad... pues eso: nos concentramos en nuestras propias penas, nos excedemos en el luto, y la aflicción nos aplasta. Siempre sucede lo mismo: si vamos a sepultar un ejecutado, o un asesinado imprevistamente por milicianos o vigías, más de uno acaba sucumbiendo al dolor. Luego, ¿de qué les serviría amenazarnos también allí?: ¿para que no lloremos?, ¿para que no muramos? Cierto que, por lo menos oficialmente, afirman sentirse inquietos cuando caemos en uno de esos letales lutos deprimentes. Pero a lo único que podría ayudarnos, que sería el cese definitivo del hostigamiento, a eso no están dispuestos. Mientras que por otra parte, la represión ya no les serviría aquí: digamos que es muy difícil convencer a alguien de no dejarse morir, amenazándolo con matarlo si se atreve a intentarlo...

–Os dejáis morir de angustia así, sin más... No quiero imaginar lo desesperada que debe ser vuestra situación para que lleguéis a semejante extremo. Dime: ¿perdéis mucha gente de esa manera?

–El número varía mucho en realidad. La emergencia más alarmante conocida se produjo en la época de Alervin Deye. A tal punto, que la subsistencia de la comunidad se vio en entredicho. Desde entonces no hemos vuelto a llegar tan lejos. Pero perdemos gente, sí.

–¡Qué espanto! ¿Y quién sepulta a tantos?

–Tienes razón: en el estado de apatía en que solemos caer, no seríamos capaces. El Saïri compasivo los "absorbe" por nosotros. Supongo que entiendes a qué me refiero: el terreno cede bajo los cuerpos y se hunden paulatinamente, como si se sumergieran en un líquido espeso. Desalienta pensar que el Saïri de la Siamesa Occidental sea por lejos más compasivo, que nuestros compatriotas humanos...

–Lo que en otras palabras significa... ¿que el Saïri está de nuestra parte?

–En efecto...

–Lo imaginé –susurró Meneyént Daërin reflexiva, añadiendo con resolución–. Y aunque todavía no los percibas, he identificado varios puntos de luz en tu descripción: pequeñas ventajas que podríamos aprovechar. Así que, ¡arriba ese ánimo! Invoca una reunión urgente de Médicos y Herbolarios. Tengo un plan que transmitirles, pero debemos ser muy cautelosos, sumamente discretos. Lo mejor será ir reuniéndonos sigilosamente, en el nivel superior de la Triple Academia. Es el único lugar en el cual podríamos ir dejándonos caer de manera aparentemente aleatoria y sin despertar sospechas. ¡Para algo constituye la gran Biblioteca Pública del Valle, centro indiscutido de nuestra vida científica y cultural!

–De acuerdo: les transmitiré tu mensaje. ¿Qué deseas que les diga, exactamente?

–Preséntame en sociedad: les dices quién soy, y que tengo un plan. Que por primera vez en la Historia de esta ciudad, hay esperanzas de que el desenlace sea diferente. Pues para eso estoy aquí: ¡he venido a Preservar la Vida!

Y fue diferente... aunque de cara a la galería no lo pareció.

Los compungidos Maëdern asistieron como siempre, sentados en primera fila, silenciosos y cabizbajos. Derramaban sus lágrimas calladas y se sacudían de dolor solidario, cada vez que el represaliado, apenas sí un joven de catorce o quince años, era brutalmente azotado. Aquel iba perdiendo sangre y fuerzas a medida que se prolongaba el castigo. Pero antes de que expirase su último suspiro, el experimentado verdugo cortó sus ligaduras dejándolo caer. Mientras la multitud festejaba con aullidos salvajes, los Maëdern corrieron como acostumbraban, en dirección a su colega moribundo. Pero a diferencia de otras veces, Meneyént Daërin junto con los Médicos y Herbolarios locales se aplicaron a atenderlo, protegidos de miradas indiscretas por los demás, que cerraban filas compactas en torno a ellos impidiendo la visión pública de lo que ocurría en el interior de ese nutrido círculo verde. Habían venido preparados: mientras Meneyént Daërin sostenía sus constantes vitales insuflándole parte de la propia vitalidad, los Médicos y Herbolarios le administraban un Reconstituyente, detenían las hemorragias, desinfectaban y vendaban sus heridas y lo inducían a un Sueño de Restauración Profunda. Solo cuando estuvo fuera de peligro, lo alzaron.

El joven iba tan dormido y extenuado, que cualquiera lo habría dado por muerto. Entonces iniciaron como de costumbre, su luctuoso cortejo hacia el cementerio. Iban llorando en voz alta y suspirando con grandes aspavientos. Nada hacía sospechar un final diferente. Horas más tarde y ya en la necrópolis, lo depositaron suavemente sobre el suelo y, mientras la comunidad en pleno proseguía con sus visibles muestras de dolor luctuoso, ocultos en el interior de ese círculo forestal, Meneyént Daërin con su equipo médico se aplicaban a continuar el tratamiento. Volvieron a lavar, desinfectar, cerrar y vendar sus heridas, y le

prodigaron alimento, bebida y medicinas. Pero cuando tras la caída de la noche, el maltratado joven abrió sus ojos, Meneyént Daërin le dijo:

–Hoy has muerto para Draïr. ¡Renace ahora, para vivir libre en otro lugar!

E invocando al Guardián de la Sierra, le encomendó entregarlo a Arshashilé quién a su vez, lo conduciría sano y salvo hasta Kiketh. ¡Jamás nadie volvería a hostigarlo! Y tal fue la regla mientras Meneyént Daërin permaneció en el seno de esa comunidad: creyendo asesinarlos, en la práctica la Corona liberaba a los Copistas a su servicio. Aunque eso sí, tras someterlos a unos padecimientos tan horribles como ineludibles.

Merced a aquella proeza, Meneyént Daërin se convirtió en una celebridad en la Draïr Maëdi y en consecuencia, le llovieron propuestas matrimoniales. Pero a imitación de su madre, solo aceptó ser desposada por un Copista Ilustrador. Fue así como la soberbia flor distintiva del último Rector General de las Islas, aquella asombrosa reliquia sin parangón, acabaría formando parte del tesoro de la Triple Academia de Draïr, de donde más tarde sería trasladada a Hísel-Minei, en cuyos Archivos Abovedados la pude admirar.

Yheredera también de los gustos maternos, enseguida obtuvo de la artística pluma de su esposo, una magnífica copia del Manual de Herboristería favorito de aquella, que dejara en Kiketh al partir. Solo en algo se diferenció deliberadamente de su progenitora: no concibió hijos ni hijas. Siendo extranjera, a ella le asistía el derecho a partir cuando quisiera. Pero sus descendientes nacidos allí quedarían condenados a permanecer en el Valle, no podrían salir. ¡Yella no obsequiaría a esa ciudad ingrata, con nuevos prisioneros a los cuales oprimir!

Así pasó sus años siguientes, corriendo de día y de noche a atender a las víctimas (mortales hasta el día previo a su arribo) de las arbitrariedades que el resto de esa urbe prodigaba a sus Maëdern: Copistas al servicio de la Corona condenados por fruslerías, o simples pobladores del Valle apaleados por las patrullas o abatidos por los francotiradores. Hasta que una noche, volviendo de atender a un paciente, fue interceptada por una patrulla y apaleada a su vez; sin que de nada le valieran sus insistentes alegatos de hallarse ejerciendo su irrenunciable labor médica.

XI
Visita nocturna

Sus colegas la atendieron con urgencia y dedicación, pero una vez repuesta los reunió como la vez anterior, en el nivel superior de la Triple Academia, para dirigirles otro de sus encendidos discursos del estilo "esto debe cambiar":

–Ahora mismo, terribles conflagraciones sacuden el Área Central de un extremo al otro –argumentó–. No obstante, los equipos médicos son universalmente respetados, cual si fuesen sagrados. Nadie les pregunta siquiera si son amigos o enemigos: ostentan sus particulares insignias reconocibles, y jamás se los perturba en sus labores. ¿Será posible que nuestra situación aquí, sea peor que la de los médicos en el frente de batalla? ¡Sin siquiera estar en guerra con nadie! ¿Qué clase de ciudad monstruosa es esta?

–Tienes razón, Daërin, pero con la fuerza bruta no hay modo de razonar... –objetó un colega.

–Esa fuerza bruta que dices, también debe estar sujeta a una autoridad. ¿O acaso este país está abandonado a su suerte?

–El país, no. El Valle, sí –muchos rostros asintieron aprobando esta afirmación.

–Yo no me rendiría sin intentar remediarlo. ¿Cuándo fue la última vez que ningún Maëdi presentó cualquier reclamo ante el trono? –en lugar de una respuesta, recibió una generalizada expresión de espanto–. Comprendo –dijo–: en tal caso, iré yo sola si es necesario. ¡He venido a preservar la vida, y esta es parte de mi trabajo! Ved de ponerme una cita...

Yle pusieron la cita, pero no la dejaron sola. Solicitaron ser recibidos en grupo, como delegación. Yallá fueron los Médicos Maëdern al completo, intimidados pero resueltos. Además, abrió su discurso el más anciano, explicando con tranquila parsimonia nonagenaria el problema que más les preocupaba:

–Con vuestra venia, Majestad; nos hemos tomado el atrevimiento de presentarnos ante Vos, con el objeto de solicitar unas garantías mínimas para el ejercicio de nuestra profesión...

–¡Pero si jamás se os prohibió tal ejercicio!

–En efecto, Majestad, el oficio es legítimo. ¡Bendita sea la Unidad! Pero en ocasiones, ejercerlo con abnegación nos coloca físicamente en peligro.

–¿En peligro? –preguntó el rey con notorio escepticismo.

–Pues sí. Veréis: el Valle se vuelve un lugar particularmente peligroso tras el toque de queda. Vale: la gente lo respeta a rajatabla, permaneciendo pacíficamente en sus casas. ¡Eso no evita que de vez en cuando, algún accidente nocturno reclame nuestra asistencia! Decidlo Vos: ¿qué deberíamos hacer en tales casos? ¿Desentendernos hasta la mañana siguiente? Para entonces, ¿cuántos no agonizarían o se desangrarían

lentamente hasta morir? ¿Y cuántos casos leves no se agravarían, dejando incluso secuelas en principio evitables?

El rey puso cara de consternación:

–¿Qué insinuáis con eso? ¿Acaso alguien os hostiga? ¡Medid vuestras palabras! Siendo como sois, una población de dudosa lealtad, ¡no cometáis la imprudencia de acusar falsamente a los ciudadanos decentes, o de calumniar a nuestras instituciones!

Los Médicos callaron. El hecho es que, sabían, a nadie importaba lo que sucediese en el Valle. Hacía siglos que ningún Derecho los amparaba. Captando la situación al instante, Meneyént Daërin dio un paso al frente y prosiguió:

–El Valle forma parte de Draïr, solamente a la hora de pagar sus impuestos. A continuación, es borrado del catastro y entregado en manos de un enemigo caprichoso y cruel. Decidnos, señor: ¿qué ley nos asiste, sometidos como estamos a tantos abusos? Ved, que ni siquiera reclamamos para la comunidad en pleno, el derecho a ser tratados con equidad, en pie de igualdad con los demás. Tememos presentar un pedido que por excesivo, sea rechazado. Pero lo que ni siquiera los peores enemigos enfrentados en combate se niegan entre sí: la libertad de sus médicos para atender a los heridos de guerra. ¡No podéis negarnos también eso!

Su majestad seguía sin entender:

–¿Pero quién os impide nada?

–¡Vuestros Guardias Reales, señor! –estalló Daërin– A los cuales se suman vuestros francotiradores desde sus atalayas. Cualquiera dispone de nosotros a su arbitrio, cuando quiera, con motivo o sin él, lo mismo que del resto de la población cautiva. ¿Acaso alguien nos defiende? ¿Por qué entonces, se cuidarían de nosotros?

Al rey costaba digerir ese discurso. No solo porque hasta entonces jamás nadie se había atrevido a presentar una queja formal. Sino porque además, las conductas por ella denunciadas no estaban oficialmente consignadas en ninguna parte... Hasta ahora había dado por sentado, que cada ejecución o apaleamiento en el Valle estaban justificados. Pues los milicianos sí solían infirmar, especialmente si la acción producía bajas entre los "rebeldes". Pero por lo menos sobre el papel, aquellas siempre estaban puntillosamente legitimadas.

Ya fin de cuentas, ¿qué esperaba Meneyént Daërin? Tratándose de la palabra de unos contra la de otros, ¡lo más natural era que el monarca confiase en sus fieles subordinados, antes que en un grupo desde antaño mirado con suspicacia! Los Maëdern de Draïr eran doblemente sospechados de desafección, en parte por su remota estirpe "oscura", y también por constituir en la práctica, una etnia extranjera artificialmente injertada y nunca asimilada.

–¡Cuídate, Maëdin! –bramó el rey por segunda vez, cada vez más indignado– Tus palabras son tan osadas, que rozan la rebeldía: ¡no pongas a prueba mi paciencia! A ti no te conozco, pero sé quiénes me sirven: hombres intachables y respetuosos de la ley, que jamás cometerían ningún atropello que yo mismo no les encomendase. Luego, ¿es ésa tu intención?: ¿te estás atreviendo a acusarme?

–¡No lo quiera la Unidad! Pero las agresiones injustificadas en el Valle son un hecho. ¡Las he sufrido en carne propia! Y dado que evidentemente, tal situación escapa a vuestro conocimiento, no me queda más remedio que plantearos: ¿lo habéis investigado a fondo alguna vez? –la voz de Meneyént Daërin sonaba dolida.

Sin embargo, el mero hecho de ser puesto en cuestión enervó al rey, que los expulsó de inmediato:

–¡Suficiente! Vuestra temeridad sólo es equiparable a vuestra ingratitud. ¡Salid de mi presencia ahora mismo, o rodarán vuestras cabezas!

Obedientes, los Médicos Maëdern se retiraron cabizbajos, decepcionados y afligidos. Meneyént Daërin era la más abatida del grupo:

–Por lo menos, lo hemos intentado –susurró mientras salían del Palacio Azul, y reemprendían su lento camino al Valle. Pero de sus ojos se escurrían candentes lágrimas de frustración.

Ya a solas, el monarca se sumió en inquietas reflexiones: ¿qué sabía él en la práctica, acerca de lo que estuviese aconteciendo en el Valle? Solo lo que se le informaba. ¿Qué garantías tenía de la veracidad de tales informes? Debía confiar en la honestidad de los funcionarios firmantes. Pero a la postre, si alguien se sabe solapado por el resto de los engranajes del sistema, a partir de determinado momento empezará a hacer lo que le entre en gana. ¿Podría estar sucediendo algo así, sin su conocimiento?

Con la caída de la noche, reclamó la presencia de una fracción de su Cuerpo de Guardia Personal, les ordenó vestir de paisano y, haciendo él mismo otro tanto, se escurrieron de incógnito en dirección a la Ciudad Antigua, encajonada entre las sierras. Formaban un grupo de cinco hombres contándolo a él, y pese a vestir como simples pescadores, los cinco iban discretamente armados. Una vez en el Valle, preguntaron por el paradero de esa Meneyént Daërin que hablara con tanto desparpajo, y hacia allí se encaminaron, recorriendo las calles de un vecindario que parecía ir muriendo, a medida que la gente se encerraba en sus casas y trancaba las puertas a fin de evitarse molestias nocturnas.

–Siempre tuve entendido que los miembros de ambas Órdenes sois hospitalarios, y dejáis vuestras pertas abiertas en consecuencia –reprendió a una mujer, sorprendiéndola en el acto de cerrarla.

Aquella le clavó una mirada amedrentada:

–¡Esta no es hora de merodear, señores! Incluso siendo forasteros: podríais acabar mal. Hasta que nadie notase el error, para vosotros sería tarde. ¡Volved a vuestras casas! –y se apresuró a trancar la suya.

El miedo de esa mujer no solo era palpable. Se notaba generalizado. Luego, ¡era cierto! La población del Valle vivía atemorizada. Avanzaron entre las sombras con sigilo, hasta el hogar de Daërin hacia el Norte: una de las últimas casas antes de los prados que se extienden frente al embalse. Golpearon y esperaron. En su interior se hizo un silencio ominoso, pero nadie abrió. Volvieron a golpear. Silencio. Golpearon por tercera vez y como seguían sin recibir respuesta, a una señal del rey su Guardia Personal forzó la puerta, revelando a sus ocupantes: Meneyént Daërin y su esposo se abrazaban, estremeciéndose llorosos en un rincón. El rey se conmovió al verlos, lívidos como mortajas, las rodillas temblorosas y los ojos desencajados de pavor.

–Lo siento... No pretendí asustaros –musitó al entrar.

Sus guardianes entraron con él, devolvieron la puerta a su sitio y se quedaron custodiando la salida, dos de cada lado. El rey permaneció unos instantes mirando en derredor: las dimensiones minúsculas del inmueble y la ausencia de comodidades lo desconcertaban. Buscaba un lugar idóneo para sentarse. Captando sus intenciones, Meneyént Daërin le señaló la alta silla de escribiente de su esposo:

–No hallaréis ninguna otra clase de asiento por aquí.

Lo había reconocido a pesar del disfraz, pero eso no la hacía ni más feliz ni menos preocupada que cuando escuchara los primeros golpes. A falta de otra opción, el rey se sentó donde le indicaban.

–Dime la verdad: ¿qué pasa en el vecindario por las noches? He visto a la gente trancar sus puertas. Parece algo rutinario...

–Y que tampoco ayuda demasiado, en realidad. También esta puerta estaba trancada, y la habéis forzado. Es lo habitual. Nos protegemos como podemos, pero la verdad es que estamos desamparados. Cualquier patrulla que ronda por las noches puede decidir combatir el tedio asaltando una vivienda al azar. Apalean al dueño de casa, violentan a su esposa, incluso pueden herir a los niños. He tenido que asistir muchos casos por el estilo desde que llegué a tu ciudad. Es un lugar deprimente para vivir...

–Pero vosotros –procuró objetar el rey–, algún motivo debéis dar. Una provocación, quizás algún desacato cometido en las horas del día, algo que os dejase previamente señalados...

–Siempre estamos señalados –replicó ella–: vestimos el hábito de los Alumnos de Milie. Es señal suficiente. No se necesita más en Draïr.

–¿Y qué propones tú? –el monarca parecía más agraviado que solícito. Sobreponiéndose a su natural aprehensión y plenamente consciente de estar arriesgándose a incurrir en su ira, la mujer replicó con no demasiada cautela:

–No lo sé. Soy Médica, Herbolaria y Trovadora Regeneracionista: esos son mis oficios, de eso entiendo y con eso procuro ayudar. No soy el rey. No tengo milicias armadas bajo mis órdenes. No sé controlarlas. Sólo supongo que si Vos mandaras, obedecerían. Y si hasta ahora han hecho lo que les vino en gana... –súbitamente

consciente de la proximidad del abismo, Meneyént Daërin se detuvo a tomar una bocanada de aire antes de eludir por muy poco, la conclusión inevitable de su razonamiento-: no necesariamente significa que les habéis consentido. Pero sí que les sale gratis. Que jamás pagan por sus abusos. Eso se llama "impunidad". ¡En Kiketh de dónde vengo, no tolerarían ni la décima parte!

¡Kiketh! Ahora entendió por qué esta joven mujer le parecía tan peculiarmente extranjera: estaba sumando dos acentos a cual más extraño, entre el de la remota Kiketh y el espantoso acento Maëdi. Se propuso investigar más acerca de ella en cuanto le fuese posible. También le habría gustado preguntarle qué experiencias traía de aquella localidad, pero en cambio prefirió plantearle:

-¿Y qué desearías tú?

-Si es por desear, me gustaría asistir al fin definitivo de los abusos y el terror callejero. Que los integrantes de esta comunidad pudiésemos vivir libres del temor a que nadie nos dispare por la espalda sin motivo ni aviso, de día o de noche. Que nadie nos agrediese en las calles ni irrumpiese salvajemente en nuestras casas, de día o de noche. Pero si eso es demasiado pedir, me conformaría con que por lo menos, a los médicos se nos permitiese asistir a las víctimas. Ni más ni menos que como Usnir y Enedir lo consienten en el frente de batalla, en mitad de sus combates, y a pesar su mutua animadversión.

-¡Usnir y Enedir! ¿No encontraste a nadie mejor con el cual compararnos?

-Es que de hecho, ¡las considero preferibles! Pensad: arrastran un largo contencioso de mil años en el cual, ambas y ninguna llevan razón. Su rivalidad y enconamiento son pues, comprensibles. E incluso así, han tenido la sensatez de imponerse un límite: ¡los médicos son sagrados! Pero los Maëdern, ¿cuándo jamás hemos alzado un solo dedo contra vosotros? Y sin embargo, somos peor tratados que unos prisioneros de guerra. En nuestro caso, poder gozar de las garantías que amparan a nuestros colegas de Usnir y Enedir, significaría un progreso considerable.

-¿"Cuándo jamás", dices? -bramó el rey con tanta vehemencia, que casi se cae de su alta silla de Escribiente. Tuvo que asirse con ambas manos al plano inclinado del no menos alto pupitre con atolondrado apremio, para no irse de narices al suelo- ¡Pero si vivís conspirando y traicionándonos!

Meneyént Daërin no pudo evitar estremecerse, al evocar mentalmente la macabra imagen torturada de esos pobres niños de catorce o quince años, simples Copistas sin poder, malignidad ni sofisticación alguna, tan neciamente acusados de las más disparatadas patrañas. ¡Y el precio que los pobres infelices debían pagar, una vez tras otra!

-Señor... si realmente creyeseis eso, hace siglos que habríais prescindido de nuestros servicios. E incluso, nos habríais expulsado del país. Es lo que demandaría la lógica. Pero insistís en obligarnos a ejercer siempre las mismas funciones, tan sensibles en vuestra opinión. Y en retenernos aquí contra nuestra voluntad. Ambas

políticas demuestran que en la práctica, no solo nos sabéis incapaces de cualquier mal. Es que además... –se detuvo al borde mismo del precipicio y, eludiendo caer en una acusación directa contra la Corona, concluyó con un rodeo ambiguo sin señalar a nadie concreto– en fin: muchos disfrutan de la embriagadora sensación de sentirse poderosos, sometiéndonos con rudeza y sin exponerse a ningún peligro real. Pobres descarriados que no saben que el único poder genuino se encuentra en la construcción, y no en lo opuesto. Porque hasta los párvulos saben romper con irresponsable desdén, incluso los objetos más valiosos. ¡Pero para restaurarlos se necesita ciencia, pericia y dedicación!

–Eres extremadamente crítica con nosotros –objetó el monarca, frunciendo el entrecejo en señal de disgusto–. Es evidente que Draïr no te simpatiza. ¿Por qué has venido entonces?

–Vine a saldar una deuda –respondió ella, con una tierna suavidad no exenta de tristeza–. Un abnegado Maestro de esta ciudad fue asesinado salvajemente en su día, por salvaguardar la vida amenazada de mi madre. De no haber sido por él, ni mi abuela, ni mi tío, ni mis hermanas ni yo viviríamos hoy. La Comunidad Maëdi de Draïr ha perdido a un hombre admirable por nuestra causa. Yo he venido a reintegrarles lo que me sea posible, preservando la vida de su gente.

Al rey incomodaba esta extraña clase de Maëdin, tan joven, tan frágil pero tan audaz. Los de Draïr vivían resignados a una inmutable humillación de siglos. Pero esta había nacido y crecido lejos, en un país donde se los trataba como a seres humanos dignos, libres e iguales. Su discurso rozaba continuamente la insolencia... pero era fastidiosamente irrefutable.

–Comprendo –dijo en el acto de incorporarse, aunque sin demasiada convicción–. Consideraré tus palabras y veré qué se puede hacer.

Y se dispuso a salir. Meneyént Daërin le recomendó cuidarse, en términos bastante similares a los empleados por aquella otra mujer: su regia identidad no era reconocible, e incluso sin vestir el verde hábito de la Orden Restringida se estaba exponiendo; sus eventuales agresores podían llegar a descubrir el error demasiado tarde. Y para peor, ¡la buena Trovadora no quería ni imaginar la desgracia que se abatiría sobre el Valle, si un rey caía asesinado en sus calles! Aquel la tranquilizó y salió a la oscuridad de la noche, rodeado por sus guardias. Pero no se habían alejado siquiera diez minutos, cuando un desgarrador alarido femenino quebró el recogido silencio nocturno. Parecía provenir de algunas casas más adelante pero en lugar de continuar, el rey con sus escoltas deshicieron el camino recorrido, de regreso a su anfitriona.

–Mucho me temo que alguien necesitará de tus servicios –dijo el rey sin preámbulos, volviendo a entrar–. ¿Quieres acudir protegida? Nosotros te escoltaremos.

La mujer asintió con un gesto de su rostro súbitamente adusto, tomó su maletín de emergencias, siempre aprovisionado y listo en una repisa especial junto a la puerta, y salió con paso resuelto. Parecía saber de

antemano a dónde dirigirse: la había precedido el Ojo de su Conciencia Extendida. Los presuntos pescadores la seguían de cerca, intrigados. Caminaron de ese modo hasta que Menevént Daërin entró en una casa, y ellos detrás. Una mujer joven yacía de espaldas, tendida sobre un charco de sangre. De rodillas junto a ella, su esposo e hijos lloraban temblando angustiados. Daërin los urgió a levantarse y cooperar, repartiendo las tareas: poner agua a hervir, traer ropa limpia, y así por el estilo, mientras se aplicaba con tesón a detener la hemorragia y cerrar la herida. En ello estaba, cuando una patrulla irrumpió con brutal violencia.

Los recién entrados no alcanzaron a ver a los "pescadores", que asistían silenciosos apoyados contra la pared, a ambos lados de la puerta. Traían la vista fija en la Médica Maëdin, a la que se proponían escarmentar. Ya estaban por atacarla a traición, cuando resonó en el aire el imponente rugido del jefe de la Guardia Personal del rey, el más alto oficial de la Guardia Real en su conjunto:

–¡Si-Sverdriki!

Se trataba de un viejo grito incomprensible en el Draïroth moderno, cuyos orígenes se remontaban a la prehistoria de su pueblo, y que presumiblemente significara en su día *"¡de firmes!"*; y lo usaban los miembros de la Guardia Personal del rey en exclusiva, para alertar de la real presencia. La respuesta inmediata de cualquier súbdito, ya fuese uniformado o civil, ante esta voz, era una temerosa rigidez repentina. Los protectores de su majestad aprovecharon esa súbita inmovilidad para reducir y apresar a los agresores, a los cuales esposaron con las manos a la espalda y obligaron a sentarse en el suelo, a la espera de que la mujer terminase su trabajo. La noche estaba avanzada cuando dando su labor por concluida, ella se volvió por donde viniera, con su ahora nutrida comitiva masculina pegada a sus talones:

–Señor, ¿estáis pensando en permanecer el resto de la noche en mi casa? –dijo, viendo que la seguían llevando a sus humillados prisioneros con ellos. El rey asintió. Ella objetó– Pero habéis visto que mi vivienda es harto reducida. ¿Dónde cobijaré a tanta gente?

–No te preocupes: ellos no te importunarán. Pero hay todavía un par de cosas que necesito saber y entender. ¡No he terminado de hablar contigo! Pernoctaré con vosotros, y aprovecharemos para conversar largo y tendido...

Llegados a la casa, dejó a sus hombres fuera. A uno envió al palacio, a pedir refuerzos, además de su catre de campaña y ropa de recambio. Una vez llegaron los refuerzos, su Guardia anterior pudo volverse al palacio escoltando a los prisioneros, a los cuales ya juzgaría más adelante. Los de reemplazo se apostaron fuera mientras el rey, reclinado con relativa comodidad en su catre, bebía té y conversaba con sus anfitriones.

–No sepas lo humillado que me siento, Maëdin; pero por mi honor, deberé solicitar tu disculpa: ¡lo que habías dicho era cierto! Perdona mi ruda severidad de esta tarde. Jamás habría imaginado que semejante

situación pudiese ser real. Esta... bueno: se supone que esta es una ciudad civilizada, y yo siempre me he jactado de emplear mi autoridad a fondo para hacer valer la ley...

–Yo también me debo disculpar, Majestad: fui insolente a sabiendas. Temeraria, aunque con motivo. Pero no fue un ánimo de rebeldía, sino el amor y la compasión lo que me impulsó a arriesgarme, incluso sabiendo que podría no haber sobrevivido a este día...

–¡Eres valiente!

–¡Nada de eso! Me atengo a mi Regla: como Maëdin y más aún como Médica, mi misión en este mundo es preservar la vida. Es lo que procuro hacer, ¡así me cueste la mía!

–Luego, ¿debo suponer que sucesos como el de hoy, son completamente rutinarios?

–Sí, y no. En efecto, las agresiones son normales. Sin embargo, la de recién fue especial.

–¿En qué sentido?

–La víctima era una nieta de nuestro Rector. Vale –aclaró, percibiendo las reservas del rey–: no lo es por dirigir ninguna Academia, sino que por ser el más anciano, lo respetamos como autoridad consensuada. Sospecho pues, que la víctima no fue escogida al azar, sino de manera deliberada.

–¿Qué te induce a pensar así?

–¡Está claro como el agua! Con cínica astucia, esos matones esperaban castigarnos por partida doble: a nuestro Rector, causándole aflicción por la muerte de una nieta. A mí, asesinándome sin más. Así quedaríamos satisfactoriamente escarmentados, los únicos dos que tuvimos la osadía de denunciar ante Vos nuestra situación.

–Pero esto... ¿Cómo podían saber que tú y no otro, acudiría?

–Nos tienen estudiados... –al decir esto, Meneyént Daërin sonrió con amargura– Veréis: los Médicos del Valle estamos repartidos por sectores. Ahora bien: ¡nuestro Rector tiene cantidad de nietos! Pero ella es la única que por su ubicación, cae de lleno en ***mi*** sector. Yo no puedo dejar de acudir, como ya os dije: mi Regla es ineludible. Y eso, ellos lo saben tan bien como yo. Luego, ¡contaban con instrumentar mi Regla en mi contra, para ultimarme en mitad de mi labor! ¿No tengo razón entonces, de acusarlos de astuto cinismo?

–En otras palabras, de no haber estado yo aquí esta noche, ¡se habrían producido dos asesinatos en el Valle!

–Y habrían quedado tan impunes como siempre. Pero para peor, mis desamparados correligionarios estarían desde hoy, más aterrados que nunca. ¡Tal era el objetivo principal del doble atentado! Forzarlos a callar, obligarlos a seguir sometidos a la opresión más brutal, sin siquiera atreverse a quejarse.

–Y pensar que estos abusos se estaban cometiendo en mi ciudad, en mi nombre, ante mis propias narices y bajo mi autoridad, sin que yo lo supiese –el rey no salía de su agraviado estupor–. Perdóname una vez más,

Maëdin. Difícilmente lo habría creído de no haberlo presenciado. Esto es escandaloso. ¡Inaudito! No consentiré que continúe. ¡Ya verás! –el rey, cuya resolución se encendía a medida que avanzaba en su discurso, se detuvo en seco al captar la enorme cuota de recelo con que eran recibidas sus palabras–. ¿Cuál es el problema ahora?

–Señor... el Valle vive sometido a este régimen de terror desde hace siglos. ¿Cómo lo revertiríais con éxito?

–¡Ese es mi trabajo! Te adelantaré las pinceladas generales del plan, tal y como empieza a perfilarse en mi mente: en primer lugar, esa patrulla prepotente será sometida a un castigo ejemplarizante frente al Cuerpo íntegro de la Guardia Real. A continuación, emprenderé una reestructuración completa de las fuerzas del orden, a las que además se impartirían reglamentos con instrucciones claras, y tajantes limitaciones en el ejercicio de sus funciones. Alguien deberá aprender la lección de inmediato y con contundencia: ¡esta clase de sucesos no se pueden reiterar!

–Pero señor... ¿Consideráis procedente castigar a un puñado de hombres, por hacer algo que hasta ayer todos hacían y consideraban permisible, avalados por una tradición milenaria?

–Tú... ¿estás intercediendo por ellos? –el monarca la miraba con una mezcla de ira y confusión– Ayer por la tarde denunciabas que aquí no existe la eficiente e imparcial justicia imperante en Aiketh. ¿Y ahora insinúas que no la debo aplicar? Lo siento, pero por mi honor, deberás asistir al castigo de tus atacantes. ¡Nunca volverás a argüir que seamos un pueblo sin ley!

–Comprended, señor: no disfruto con la desgracia de nadie. En lo que a mí respecta, me alcanza con una garantía de que a partir de hoy, viviremos seguros y en paz. Si ponéis fin a los atropellos, nuestra Comunidad os lo recordará siempre con gratitud. Así la tregua no se prolongue más allá de vuestro reinado; para nosotros, su valor será incalculable.

–Lo imagino. Y ahora sí, creo que nos hemos ganado nuestro derecho al sueño, aunque solo nos queden un par de horas hasta el amanecer –y diciendo esto, el rey se echó sobre su catre, se arropó en sus mantas y se durmió. Pero la pareja de Maëdern permaneció en vela, sentados en silencio ante su mesita baja, bebiendo té sin intercambiar palabra. Aún bajo su propio techo, la real presencia los cohibía.

Y el monarca cumplió su promesa: castigó a aquella desafortunada patrulla por haberse atrevido a hacer, de hecho, lo que todas las demás solían. Lo hizo frente a su Guardia Real al completo, formada en columnas compactas en el enorme patio de la Fortaleza Superior. Pero también ambas destinatarias de la agresión planificada debieron presenciar el castigo. El rey, todavía profundamente abochornado, buscaba resarcirlas: que vieran que también él les hacía justicia. Pero las buenas mujeres no hicieron más que sacudirse de espanto

y llorar a lo largo del suplicio de sus verdugos, que tras una larga serie de tormentos y vejaciones fueron degradados y despedidos del Cuerpo.

A continuación, el rey anunció con solemnidad que se había acabado la edad de los abusos. Removió de sus puestos a quienquiera hubiese servido en el Valle hasta el momento, ya fuera integrando las patrullas o como francotiradores, reemplazándolos por gente nueva, a la que se procuró disciplinar previamente, formándola en el respeto a las normas y la legalidad. Sin embargo, la propia existencia de unas patrullas urbanas o unos francotiradores apostados en sus atalayas, vigilando día y noche a la inerme Draïr Maëdi: eso jamás llegó a cuestionarse siquiera. Pero dado que los niveles de agresividad arbitraria descendieron en picado, y que los Médicos Maëdern no volvieron a ser importunados en el ejercicio de sus funciones, Meneyént Daërin pudo apuntarse una victoria parcial.

XII
El precio de la celebridad

El rey tampoco olvidó sus secretos propósitos: a la primera oportunidad, encomendó a sus espías recabar información acerca del pasado de Meneyént Daërin en Kiketh. Supo así muchas cosas: algunas (como su breve pero intensa biografía personal) le gustaron, otras (como las consecuencias del paso de su madre por Draïr, y las desavenencias de aquella con los Sorien) no tanto. Pero nada le impactó más, el hecho de que en su ciudad de origen fuese reconocida como una eminencia médica, mientras en Draïr estaba "desperdiciada", limitándose a servir únicamente en el vecindario Maëdi. ¡Eso no podía continuar así! La citó a su presencia.

–Maëdin Meneyént Daërin –comenzó diciendo, con un acento de Draïr que hizo estremecer a la pobre mujer. A sus oídos, el propio nombre sonaba tan rudo como "Majdin M'neínt Dajrrin": ¡un auténtico estropicio! Insensible a tal cosa, el rey seguía–: te he nombrado mi médica de cabecera...

–¡No! –exclamó aquella de una manera tan súbita y espontánea que no se alcanzó a contener.

El rey la miró sorprendido, sin tiempo siquiera para ofenderse: la pobre temblaba de pies a cabeza, y empezaba incluso a lagrimear. *"¿Quién entiende a esta gente?"*, pensó. Pero en voz alta dijo, casi en un bramido:

–No es una consulta, ¡es una orden! Y además, te he nombrado jefa del Departamento de Urgencias del Real Hospital de Clínicas...

Meneyént Daërin se desmoronó. Cayó al suelo llorando y temblando, asiéndose las sienes y musitando *"¡no!, ¡no!"* Pronto su desesperación fue tal que pareció olvidar por completo dónde y ante quién estaba: empezó a quejarse en su propia lengua, como si hablase consigo misma haciéndose un pronóstico terrible; pues cuando el rey pidió que le tradujesen lo que ella venía murmurando con voz lastimera entre lágrimas e hipidos, le fue dicho que musitaba: *"es una condena a muerte..."*

Ordenó que la ayudasen a reincorporarse, y aunque en su fuero íntimo la desdichada le inspiraba bastante lástima, mantuvo su augusta firmeza y le mandó callar con otro de sus soberanos bramidos. Ella obedeció intimidada, pero seguía derramando un torrente de lágrimas silenciosas, que no le ayudaron en nada. A partir del día siguiente, entraría en funciones en el hospital. En cuanto a su puesto en la Corte, no era una obligación rutinaria sino esporádica: sólo debería presentarse al ser expresamente solicitada. Pero en tales ocasiones, no le valdrían excusas ni retrasos. Sin importar qué estuviese haciendo en ese momento y en dónde, debería interrumpirlo para acudir de inmediato al palacio. Meneyént Daërin inclinó la cabeza en señal de sumisión, pero seguía llorando en silencio. Se retiró deprimida, cargando un profundo sentimiento de catástrofe personal inminente.

¡Y no iba mal encaminada! Su súbito "ascenso social" y su repentina notoriedad le crearon cantidades de enemigos, detractores y envidiosos que antes no tenía. Yaquellos, se dedicaron desde el primer minuto a hacer lo imposible por desacreditarla. Difundieron bulos, calumnias, abundaron los chismorreos y rumores más descabellados, y siempre había un público ansioso por escuchar tales cuentos. No importó con cuánta abnegación o eficiencia la mujer cumpliese sus nuevas funciones: las malas lenguas siempre encontraron mentiras maliciosas para difundir acerca de su persona, métodos o finalidades. Esto último era lo peor: se le atribuían los objetivos más ruines. Algo así como conspirar para dominar al monarca y a sus súbditos, teniendo la salud de todos en su puño, para hacer o deshacer a voluntad. Meneyént Daërin debía acudir a la Ciudad Nueva a diario, sintiéndose cada vez más amenazada.

–No lo entiendo –murmuraba desanimada para sus adentros, preocupada ante la creciente hostilidad general–: se supone que un mismo pueblo, oriundo precisamente de esta capital se ha ido extendiendo a través de los siglos a lo largo de la costa occidental. Aiketh es el asentamiento más reciente de la que en la práctica constituye una misma nación con idioma, costumbres, orígenes y tradiciones compartidas. ¡Y sin embargo, la diferencia es abismal! ¿Cómo puede ser?

–La diferencia la hace el poder –respondía la presencia materna desde su interior, parafraseando las palabas que antaño le dirigiese su tutor-Maestro Herbolario–: aquí, los Sorien ostentan una notable influencia política y social, que utilizan para instigar a grandes y pequeños contra nosotros. ¡Mientras que en la joven Aiketh no hay Sorien en absoluto!

–Cada día que pasa, añoro más mi ciudad...

–Y tienes razón, pero ni se te ocurra intentar escapar: te acusarán de deserción, de abandono de funciones, y vaya a saberse de cuántos crímenes más... Por lo pronto estás atrapada, pero no te desanimes: día y noche intercedo por ti ante la Unidad.

¡Cuánta razón llevaba su madre! Pese a la creciente animadversión general, no le asistía el derecho a renunciar. Procuró presentar una queja formal pero el rey, más interesado en garantizar el bienestar de sus súbditos que en salvaguardar los derechos o sentimientos de aquella extranjera, no se avino a atender sus reclamos. Mal que le pesase, tendría que someterse y seguir... Pero lo malo de las calumnias, es que ejercen un efecto corrosivo acumulativo. Un año más tarde, incluso el rey comenzaba a prestarles oídos...

Especialmente perjudicial, fue que los más entusiastas difusores de tales bulos fuesen los Sorien. Ya que el monarca escuchaba a sus consejeros Sorien, pero no procuraba equilibrar la balanza consultando también a algún Maëdi... o a la propia Daërin, que para entonces había adoptado un aire completamente derrotista. Por eso, al ser citada ante aquel llegó temblando de pies a cabeza, visiblemente alterada. ¡Y con razón! Hubo de oír una lista de acusaciones tan horrorosas como descabelladas, que la dejaron tiesa y pálida, imposibilitada de

pronunciar palabra. Para el caso, nadie esperaba tampoco que dijese nada en su descargo, porque nadie pretendía escucharla. Apenas el rey terminó su discurso acusatorio, fue detenida y encarcelada.

"Ahora me torturarán hasta reducirme a un guiñapo humano", se dijo Daërin, apresurándose a inducirse a un estado de animación suspendida. Ya podían ejecutarla si querían. Eso no lo podía eludir. Pero haría lo posible por evitarse el tormento, cuya sola evocación le causaba el más profundo pavor. ¿Ya quién no? Pero en el caso de ella era tan especialmente terrible como para cualquier Layedi: gente de complexión endeble, a los cuales cualquier agresión resulta doblemente dañina.

Sin embargo sus rivales más enconados, los Sorien, no la dejaron estar. Cada vez que ella se sumía en el suspenso anímico, ellos se apresuraban arrastrarla de regreso a la realidad. Ya continuación, se producían las espantosas sesiones de castigos. Mientras su ánimo la sostuvo, procuró defenderse con argumentos:

–Bien sabéis que jamás he aspirado a ningún nombramiento oficial. Además, sabéis tan bien como yo que no soy una mujer ambiciosa, y que ambos cargos me han sido impuestos contra mi voluntad...

Pero a cada alegato, sus hostigadores oponían un sinfín de conjeturas como objeciones plausibles, y redoblaban el maltrato para obligarla a confesar. Su salud se despeñó enseguida, y muy pronto renunció a cualquier intento de razonar con ellos; pese a lo cual se mantuvo incólume, sin "admitir" ninguna de las patrañas de las cuales la acusaban. No por eso se ahorró la condena...

–Venid de inmediato... ¡Os necesito! –resonó la angustiada voz de Meneyént Daërin en las mentes de su padre, sus hermanas, su abuela y su tío: su familia en Kiketh. Preguntada por su situación, explicó– Me están matando...

La familia interrumpió cada cual sus ocupaciones, se organizó con premura y tomó el siguiente tren a Draïr. Ya en ella, se hospedaron en el seno de la comunidad Maëdi que los puso al corriente del devenir de los acontecimientos. Oyendo tal reporte, los recién llegados se dejaron aplastar por el desánimo, pero los colegas de Daërin les insuflaron ánimos.

–¡No desesperéis! Con suerte, quizás todavía consigamos sacarla de aquí con vida, imitando el mismo método que ella ha ideado para salvar a tantos –dijeron. Dicho lo cual y con sumo sigilo, les detallaron un plan arriesgado para concluir–: si falla, nos exponemos a una masacre. Pero ella merece el sacrificio. ¡Quiera la Unidad velar por nuestros pasos!

Con arreglo a ese plan, cuando llegó el día de la ejecución y los Alumnos de Milie fueron obligados como de costumbre, a situarse en primera fila para asistir a la ejecución de otro de los suyos, aquel público Maëdi iba precedido por la familia de la víctima. La anciana Daremlith (de ochenta y un años) era la más compungida del grupo: a sus veinticinco años, la menor de sus nietas se le hacía un calco exacto de su hija, ultimada a los

veintidós. Era como asistir a un segundo suplicio de aquella. Y una vez más, su propia Orden estaba directamente implicada. Aplastada por el dolor y el bochorno, la anciana cargaba el blanco hábito que habrá debido enorgullecerla, con un lacerante sentimiento de oprobio culposo.

Meneyént Daërin, andrajosa, sucia y consumida tras semanas de encierro y tortura, alcanzó a verlos desde sus ojos entornados al ser izada por sus huesudas muñecas, y en su fuero interno se sonrió aliviada. Aún conservaba un resquicio de esperanza... Aunque mucho dependía de con cuánta saña y por cuánto tiempo la castigasen. Llegaba tan debilitada, que con dificultad sobreviviría a los primeros golpes. Y en efecto, perdió el sentido a los pocos minutos, pero eso no era suficiente para el verdugo, concentrado en la repercusión pública del espectáculo. Se aplicó a flagelar ese cuerpo flácido haciéndolo saltar en trozos ensangrentados. Para cuando se dio por satisfecho y la soltó, Meneyént Daërin no conservaba un solo centímetro sin lastimar. La pobre mujer había quedado irreconocible, pero aún respiraba.

Viéndola caer, liberada por fin de sus ligaduras, los Maëdern corrieron hacia ella en tropel, ajenos al bullicioso festejo que estallaba a sus espaldas. Las hermanas de la joven maltratada llegaron en primer término. Una se aplicó a sostener sus constantes vitales transmitiéndole parte de la propia vitalidad, mientras la otra le daba a beber un Reconstituyente y la inducía a un Sueño de Restauración Profunda. Entretanto, los demás Médicos se ocupaban de atender sus múltiples heridas: la asearon a las apuradas, le aplicaron potentes desinfectantes y cicatrizantes, y la vendaron de la cabeza a los pies: ¡tal era la magnitud de la agresión sufrida!

Mientras la atendían y antes de caer en su hondo sueño reparador, Meneyént Daërin entreabrió los fatigados ojos por un instante.

–Sostened... el... hilo... de mi vida... –alcanzó a musitar mirando a sus hermanas, tras lo cual dejó caer su cabeza hacia un costado.

Su tío Leveri, el varón más robusto y fuerte de la comitiva, la alzó entonces en sus brazos y dio inicio al cortejo... ¡No en dirección al cementerio Maëdi, sobre las faldas de las sierras! Sino hacia la terminal del tren. Eran de Ñiketh y se volvían a Ñiketh. ¡No le regalarían a esa ciudad tan ingrata el cadáver de su hija, hermana, nieta o sobrina! Con sus filas paulatinamente engrosadas por la comunidad que seguía afluyendo desde el Valle, los Maëdern de Draïr los escoltaban, cerrando el círculo en torno a la familia, aislándola de cualquier mirada hostil y protegiéndola de la enardecida muchedumbre, pero despertando a su vez una alarma general entre las autoridades y sus perros guardianes: *¿intentarían una huida masiva?*

La tensión en derredor iba en aumento a medida que ese cortejo cada vez más nutrido, se aproximaba a la Estación Central. Para cuando arribaron, una amenazadora fuerza militar y policial acordonaba el imponente edificio. Pero mientras los mansos miembros de la Orden Restringida franqueaban las filas blindadas, cual silente marea humana que desborda los bordes mellados de unos oscuros diques afilados, nadie pronunció

palabra: el mutismo era entre ominoso y marcial por una parte, y furioso y reprimido por la otra. Y así llegaron a los andenes, seguidos de cerca por una amenazadora fuerza represiva con sus fusiles cargados, dispuesta a iniciar la matanza al menor movimiento en falso. La familia de Meneyént Daërin subió entonces al último vagón, que habían reservado al completo y de antemano, cerraron sus puertas y se atrincheraron en el interior, solos con el cuerpo de la joven mujer represaliada.

Por su parte y para alivio de las autoridades y de sus acorazados comandos, los Maëdern de Draïr no intentaron darse a la fuga. Pese a que más de alguno lo habría deseado (el aturdido esposo de Meneyént Daërin, por ejemplo, cuyo ánimo quedó tan quebrantado por la pérdida, que no sobrevivió a los primeros días de duelo general), mantuvieron la disciplina y permanecieron de pie en la plataforma, callando un torbellino de emociones. Congoja: una congoja abismal por la enorme pérdida que sufrían. Dolor: un dolor consternado por los golpes que le fueran prodigados a esa bondadosa mujer que no los merecía, y que había venido a ellos para ampararlos, a sabiendas de los riesgos que corría. Y desazón: desazón por lo que significaba ser Maëdi en Draïr, que no importaba siquiera si era un local o llegado de fuera: cualquiera estaba igualmente expuesto al mismo grado de sádica arbitrariedad.

El tren hizo sonar su potente bocina y partió, lento al principio, aumentando gradualmente su velocidad. Viéndolo perderse en el horizonte, se dieron la vuelta a regañadientes y volvieron a su Valle arrastrando los pies, derramando sus lágrimas de desesperación en silencio. A partir de allí siguieron su protocolo habitual, como si aún portasen un cadáver entre ellos. Se dirigieron a su viejo cementerio, se sentaron sobre la gramilla entre las tumbas de tantos amigos, parientes, familiares y vecinos perdidos, y lloraron. Un día, dos, tres... Las jornadas se sucedían y el luto no cesaba. La vida del Valle había entrado en amortajada suspensión.

Los Sorien fueron los primeros en notar que la situación era más grave de lo acostumbrado. Cada patrulla estaba habitualmente formada por cinco Guardias Reales y un Enlace. Los Guardias, por su misma índole castrense, eran más insensibles a esta clase de detalles, pero los Sorien lo percibieron enseguida, e informaron ya al segundo día:

–Sire, con vuestra venia, tenemos un problema en el Valle...

–Un... ¿problema? ¿Qué clase de problema? –masculló el rey, hombre impulsivo y propenso a la ira– ¿Han organizado un motín, una huelga o algo similar?

–No exactamente, Señor... Aunque en cierto modo, quizás sí. A fin de cuentas, son Maëdern. Y su "rebelión" no es de la clase que podrías reprimir por la fuerza...

–Explicaos –pidió el rey impaciente y con el ceño fruncido.

–Pues veréis... –el Enlace lucía claramente incómodo al explicar– Un motín en el Valle no es un episodio violento. No saldrán a manifestarse, ni te servirá reducirlos a golpes. Porque no hay castigo capaz de disuadir a una gente empeñada en dejarse morir...

–¿Cómo? ¿Qué clase de revuelta es esa?

–Una, que os coloca en la difícil situación de escoger: si todavía os interesa conservarlos vivos, o ya no os importa perderlos hasta el último.

–No... –el rey, que había palidecido, tartamudeaba al cuestionar– No serían capaces de llegar a tales extremos, ¿verdad?

–Quizás –el Enlace seguía luciendo asaz incómodo al exponer–. Veréis: ¡hay precedentes!

–¡Os escucho!

–Tampoco es necesario: disponéis de los Anales de la Ciudad. La comunidad Maëdi ya se vio en peligro de desaparecer hará cosa de un milenio. También entonces, el luto por una represalia que consideraron desmedida fue tan intenso, que permanecieron días y noches llorando en su cementerio. Para cuando se sosegaron, casi la mitad del público asistente había muerto. Eso es lo que tememos: una repetición de la experiencia, quizás incluso agravada. Decid pues: ¿os interesa conservarlos? ¿O por el contrario, preferís desentenderos, dejándoles conducir su luto hasta las peores consecuencias?

–No... No podemos permitirnos perder esa comunidad. Sería una desgracia, y una vergüenza nacional. Pero, ¿acaso se puede evitar?

–Puesto que vuestra voluntad manifiesta es conservarlos, nuestro deber como súbditos es intentarlo. Veré si conseguimos apaciguarlos.

–Perfecto. Id, y procurad mediar.

Obedientes, aquellos enviaron a su Decano Mayor, escoltado por un par de Enlaces. Pero los agraviados Maëdern ni siquiera les dejaron hollar la necrópolis. Cierto: nadie movió un dedo contra ellos, pero les clavaron unas miradas de fuego y lágrimas que los dejaron abochornados, sin atreverse a violentar con su presencia a unas personas que ya de por sí, se sentían irreparablemente agredidas. Desde los límites, ladera abajo, les suplicaron que interrumpieran el duelo y volvieran a sus casas.

–¿Qué os importa a vosotros? ¡Dejadnos en paz! –replicaron, sin inmutarse ni ocultar su amargura– Ya se nos pasará.

Pero no se les pasaba. Tras reiterar sus súplicas sin resultado, los Sorien se retiraron alicaídos. Entretanto, desde su trono en el palacio, el rey se iba manteniendo informado de las bajas y se horrorizaba aterrado a medida que las cifras aumentaban. Al día siguiente no pudo contener su sensación de apremio y salió raudo rumbo al Valle, rodeado de sus cortesanos más próximos. También él se acercó a negociar,

ascendiendo el sendero sinuoso de acceso al enorme cementerio Maëdi por primera vez. Aquel se extendía por la ladera de la Siamesa Occidental, iniciándose a la altura de las últimas viviendas del Barrio del Extremo Norte e internándose entre las arboledas por encima del Embalse, hasta alcanzar la intersección de ambas Siamesas: oficialmente, tenía por punto más alejado una tumba solitaria que la tradición Maëdi local atribuía a una Copista, bisabuela de su legendario antepasado común, el célebre Amadu Neh'l.

A diferencia de lo ocurrido con el Decano, nadie hizo el menor intento por detenerlo: el rey pudo allegarse tranquilamente al mismo centro de aquel bosque humano derribado en tierra, para implorarles a su vez. Los Maëdern lo miraban sin verlo, con los ojos anegados en mares de lágrimas, pero nadie replicó.

–¡Volved, por favor! ¡Poned término al luto y volved! –imploró el rey una y otra vez. Nadie respondía, ni se movía de su sitio, ni dejaba de llorar.

–Decid por lo menos: ¿qué queréis? –dijo más tarde, en el colmo de la desesperación.

–Hubiésemos deseado vivir –replicó una voz apagada desde algún punto indefinido entre la multitud–, pero no nos está permitido. Luego, ¿qué tanto importa si morimos? Déjanos estar, señor. Ya se nos pasará.

–¡No!, ¡no se os pasa! –clamó el rey, cuya voz empezaba a sonar angustiada a su vez–: ya habéis perdido al quince por ciento de vuestra población desde que disteis inicio a vuestras expresiones de duelo, ¡y todavía no se os pasa!

–¿Y cuál es el problema? –objetó una voz.

–¿A quién le importa? –insistió otra, desde otra dirección.

–¿Qué tanta diferencia le hace, que nos vayáis matando de uno en uno en el anfiteatro, o muramos reunidos aquí? –planteó una tercera, desde una zona alta.

–¡Claro que le hace! –respondió una joven voz encendida, cargada de cáustica acritud– Una cosa es que muramos aquí tranquilos donde nadie nos ve, y el Saïri compasivo nos sepulte luego con amor. ¡Y otra muy diferente es que la ciudad en pleno se prodigue el gusto de divertirse, aplaudir, reírse y festejar mientras nos despedazan con saña, y baile luego sobre nuestros sanguinolentos cadáveres!

–Cierto –aprobó una mujer–: ¿cómo renunciarían a ello?

–Déjanos, señor. ¿Acaso no lo ves?: sólo contribuyes a agravar la situación –le dijo un viejo enclenque–. Déjanos: el daño ya está hecho. Ahora te toca armarte de paciencia y esperar. Ya se nos pasará –y como el rey no daba señas de resignarse a dejarlos, insistió–. Es eso, o enviar tus esbirros a acribillarnos por desacato. Hagas lo que hagas, obtendrás el mismo resultado.

Conmovido hasta la médula, el rey se sentó allí mismo y se desató en un llanto desconsolado. Los demás lo miraron incrédulos, pero desde los encanecidos ancianos resignados a los afiebrados infantes aferrados a las amplias túnicas de sus madres, nadie pronunció palabra. Más tarde el rey se levantó y se fue, visiblemente

abatido. Y de regreso en su palacio se negó a ocuparse de ningún otro asunto mientras la crisis Maëdi no se resolviese. Continuó recibiendo sus informes sobre la mortandad creciente. Pero cuando el número de bajas amenazaba superar a la mitad de la población del Valle, se llegó por fin a un punto de inflexión: el terrible luto que se habían impuesto empezaba por fin a "pasárseles" y poco a poco, con una aflicción más serena, los sobrevivientes comenzaban a volver a sus casas. En ellas quedaron encerrados a cal y canto unos días adicionales: seguían negándose a ver a nadie, pero por lo menos estarían comiendo o bebiendo algo, porque cesaron de morir.

El monarca suspiró aliviado, aunque sentía que lo peor se había evitado muy a duras penas y a último momento. Conmocionado, dedicó el resto de su reinado a velar por que la situación de esa comunidad agredida, mejorase. No volvieron a producirse ejecuciones durante su administración, y continuaron siendo harto infrecuentes incluso en las dos siguientes; y tanto las patrullas como los francotiradores apostados en sus atalayas estaban tan estrictamente controlados, que no se permitieron el menor exceso desde entonces y mientras los reyes se empeñaron en salvaguardar a sus súbditos Maëdern.

Tal había sido de hecho y aunque no lo supiera, el verdadero motivo de aquella inusitada depresión fúnebre: los miembros de la Orden Restringida tenían la certeza de haber conseguido sacar con vida a Meneyént Daërin de ese infierno; cosa que el rey, sus Sorien y demás ciudadanos no podían saber todavía. ¿Qué había aniquilado a sus espíritus, entonces?: la cruda conciencia de su situación de permanente desamparo. Un estado tal de desánimo, que entretanto se les había vuelto intolerable.

Y... sí: al final se les había pasado. ¡Pero a qué precio!

Epílogo

No fue tan fácil sacar a Menyént Daërin con vida. Varias veces entró en agonía a lo largo de ese rudo viaje en tren; pero allí estaban sus solícitas hermanas, turnándose sin pausa para insuflarle vida renovada hasta que cuidados y medicamentos hiciesen su trabajo, fortaleciendo su salud. Arribó a Hïketh un día y medio después, debilitada y dolorida pero con vida. Y a partir de allí, ya a salvo y atendida con inmejorable dedicación, se restableció con rapidez. Entretanto, en el hospital daban por sentado que se reintegraría al servicio activo en su Pabellón de Urgencias, que por entonces ya ostentaba con orgullo el nombre de su madre. ¡Pero no hubo tal! Apenas repuesta, Menyént Daërin se volvió a casa de su padre y anunció que a partir de entonces, quien quisiera aprender la ciencia del Regeneracionismo podría acudir a ella en la Academia de Trovadores.

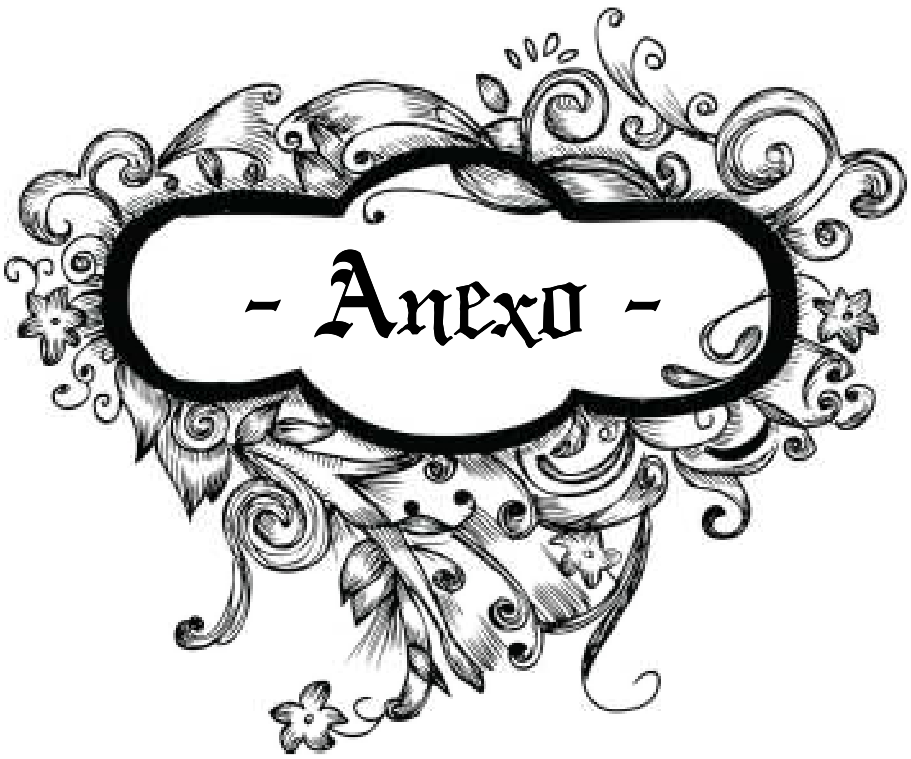
Allí tuvo muchos discípulos; parte de ellos procedentes de Draïr, donde siguió siendo considerada una personalidad célebre, un ejemplo de abnegación a imitar. Hay quién dice que el mismo rey tuvo que enterarse en algún momento, de que su represaliada de ayer vivía y enseñaba tranquila en la lejana Hïketh. Sin embargo y ya arrepentido de sus errores pasados, prohibió tajantemente que nadie intentase importunarla. ¡Y nadie la importunó!

Continuó enseñando en la Academia, formando nuevas generaciones de Trovadores Regeneracionistas hasta el año 2866, cuando falleció a los ciento un años de edad...

⸗ los relatos de ⸗

Mundo Saïri

Año y orden de redacción	Cronología Interna
Mundo Saïri I: ---------- 1998-2000	Balada de Aïnilé Saïri: ---------- 01
Balada de Aïnilé Saïri: ---------- 2000	Mundo Saïri I: ---------- 00-700
Mundo Saïri II: ---------- 2002-04	Historia de Aïnilé Saïri: 00-920 (aprox.)
Historia de Aïnilé Saïri: ---------- 2004	Mundo Saïri II: ---------- 500-1538
Auntobigraf. M. T. Lidki: ---------- 2004	**Anecdotario: ---------- S VIII-XXIV**
Emperador Penitente: ---------- 2004	Sobre Meneyú: ---------- 1204
Hist. d. l. Sorien d. Aleinir: ---------- 2004	M. Manervi: ---------- 1205-20
Documento Nareidin: ---------- 2004	M. T. Lidki: ---------- 1202-71
M. Udei Laëmi: ---------- 2004	L. Caminos...: -- S XIV (fecha imprecisa)
M. S. post Imperial: ---------- 2004	Emperador Penitente: ------ 1337(?)-65(?)
Sobre Meneyú: ---------- 2005	M. U. Laëmi: ---------- 1375-79
E. Abismo e/ l. Mundos: ---------- 2005	Sorien de Aleinir: ---------- 1426-47
U. Indiv. u. Universo: ---------- 2005	Iútheltehr: ---------- 1496-1514
El Legado de Manervi: ---------- 2005	M. S. post Imp: ---------- S XVI-XXIV
Anecdotario: ---------- 2005	Doc. Nareidin: ---------- 1514-1676
L. Caminos d. l. Esclavitud: --------- 2005	El Castigo...: ---------- 1680-1707
Iútheltehr: ---------- 2005	El Inmortal: ---------- 1945-2238
El Castigo d. l. Inocentes: ---------- 2005	Demoledor: ---------- 2281-96
Hist. d. 1. Demoledor: ---------- 2005	Un Individuo...: ---------- 2295-2317
El Inmortal: ---------- 2005	El Abismo...: ---------- 2325-29
Post Imperial I (continuac.): --------- 2018	Post Imp. I (cont.): ------ S XXIV-XXXII
Post Imperial II (C. Dehi): ---------- 2018	**M. Meneyént Daërin: -------- 2734-2866**
M. Meneyént Daërin: ---------- 2018	Cap. Dehi: ---------- S XXXII-XXXV
Bendita Torre I – Devri: ---------- 2019	Capitán Devri: ---------- 2365-2439
Bendita Torre II – Milie: ---------- 2020	Ingeniero Milie: ---------- 2404-2439


- Anexo -

Mundo Saïri

Anecdotario

Una colección de refranes, sentencias, fábulas e instantáneas,
ilustrativos de la vida, costumbres, y mentalidad de los Sabios
Sorien y Maëdern

Recopilados a lo largo de esporádicos viajes
y visitas a sus diversas comunidades
esparcidas por el orbe

Por A. de A.
Jardines de Esperanza
Año 5765
del nacimiento de Adam

Introducción

Por supuesto, la idea de recopilar anécdotas diversas (lo que me propongo hacer aquí) no es mía. Me precedió Maëdi Ineiri Dehi, el famoso Cronista de Héilenar.

Su colección de *"Anécdotas de la Vida Cotidiana"*, que leí y releí con auténtico deleite varias veces, despertó en mí la idea de redactar un trabajo similar. Más que nada, porque pronto comprendí la ventaja del género: al ser informal, permite incluir material inconexo y variado, lo que vuelve al conjunto mucho más ameno, fácil de leer y hasta entrañable.

Paralelamente, estas instantáneas nos acercan al microcosmos cotidiano del pensar y quehacer de los miembros de ambas órdenes, y del modo en que manejan sus relaciones con el entorno, que no siempre les es amistoso. He decidido reunirlas, porque muchas de ellas pueden ser válidas, útiles y aleccionadoras incluso para nosotros, que vivimos tan lejos de su mundo. Quizás así sea, porque esos "Alumnos de Milie" consiguieron, de alguna manera, acceder a una clase de sabiduría que es universal. Y que por ende, tiene la capacidad de trascender los tiempos y los espacios.

A. de A.; Jardines de Esperanza, 2005.

Un detractor de la Orden preguntó a un Copista: *"¿Por qué cubrís vuestras cabezas con capuchas?"* El escribiente meneó la suya y dijo: *"No lo sé. Pero a mí, me ayuda a concentrarme"*. Insatisfecho, el detractor fue y preguntó lo mismo a un Decano. Le respondió: *"Illei vino de las Islas, y nos trajo la costumbre de allí. Ve pues, y consulta a un Isleño"*. Fue y preguntó a un Rector. Este le dijo: *"¿Acaso yo soy Milie?"* Y se negó a explicar más. Así fue como la mejor respuesta recibida, fue la que recibió al principio y desdeñó.

Y a mí me dijeron: *"No te apresures a rechazar una enseñanza. Podrías desperdiciar una oportunidad de aprender, que no volverá"*. Y me dijeron: *"Es bueno recordarnos que tenemos límites. Y todavía mejor es, delimitarnos. Solo así conseguimos evitar la dispersión y confusión de los sentidos. En menos palabras: ¡nos concentramos!"*

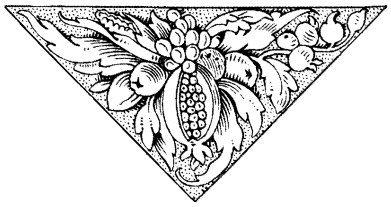
Con el paso de los siglos, en Draïr se construyeron barrios nuevos, extramuros; a ambas orillas del Camino del Este que ahora es una gran avenida. Deseoso de recompensar por sus valiosos servicios a uno de sus Enlaces, el Rey le encomendó la vacante gobernación de dicho sector urbano. Aquel se estremeció y se echó a llorar.

Dijo: *"Mi Señor, ¿por qué me castigáis? El gobierno es un premio para quienes ambicionan el poder, del que se proponen abusar. Y un castigo para el amante de la sabiduría, que lo único que pide a la vida, es un rincón tranquilo donde sentarse a reflexionar".* Le preguntó el Rey: *"¿Y qué retribución deseáis?"* Le dijo: *"Vuestra venia, magnánimo Señor, para volverme a Axeirra Elde y refundar en ella, nuestra tradicional Academia de Enlaces".*

Así partió ese veterano Embajador. Llevando, como único pago de sus servicios, el permiso de regresar a su patria ancestral. En ella estableció la deseada Academia, de la que tampoco aceptó ejercer el Decanato. Sino que, fiel al deseo expresado, se sentó en un rincón de la estancia, a disfrutar del simple placer de estudiar y aprender.

En el tren viajaban sentados, uno junto al otro, un encapuchado y un togado. Se acercó un tercer individuo y preguntó: *"¿Qué hora es?"* El profesor se fijó en su reloj y respondió.

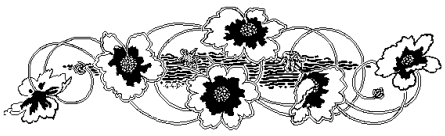
Le dijo el Sorian: *"Tu reloj atrasa"*. El ofuscado académico objetó: *"¿Cómo puedes saberlo?"*; porque el Sorian no llevaba reloj. Aquel dijo: *"Vivo esta vida mía una única vez. ¿Cómo no sería consciente de cada segundo que pasa y se va, para no regresar?"*

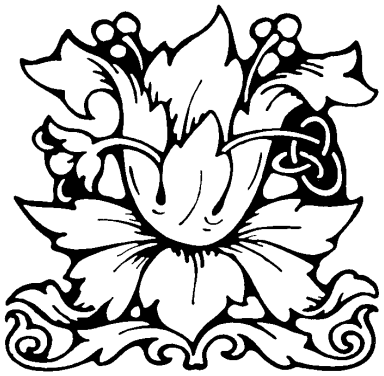


Un estudiante universitario y el alumno de una Academia Sorian discutían sobre un asunto controvertido. Con la intención de quitar validez a las posturas del encapuchado, el estudiante le espetó: *"¿Es lo que piensas, o lo que crees? Un pensamiento es propio y original, fruto del análisis crítico de las circunstancias, confrontadas con hechos, datos y experiencias anteriores. Pero una creencia es un pensamiento ajeno que uno repite, por haberle sido inculcado como verdad indiscutible, y que uno admite sin analizar ni cuestionar".*

Dijo el Sorian: *"Es lo que sé. Tu pensamiento crítico puede serte muy útil a la hora de desarrollar tu inteligencia y sagacidad. Pero si te dejas guiar solamente por él desdeñando el consejo ajeno, no siempre arribarás a la verdad. ¿Y qué te dará tu sofisticación, fuera de aumentar tu arrogancia? Pues también el recto raciocinio puede ser torcido por los intereses, deseos y pasiones del corazón humano. Y entonces, conduce al tropiezo.*

"Preferible es lo seguro aunque sencillo, que lo hipotético con sofisticación. Por eso yo, no derrocho energía mental cuestionando lo que es seguro. Pues no con sabiduría se comporta quien pregunta al día: «¿No será la noche?», ni con sensatez quien encara a Inda para decirle: «¿Quizás eres Ista?»"





Un detractor espetó a un Sorian: *"¿Por qué vosotros no contribuís con vuestra ciencia, al desarrollo tecnológico?, ¿es que aborrecéis el progreso?"*

Replicó: *"Y vosotros, ¿por qué no dejáis que sean los Constructores, quienes construyan?, ¿es que no confiáis en la eficiencia de su labor? Que Dúvdivia Saïvir, sin conocimientos de matemáticas, arquitectura o ingeniería, alzó una Torre que todavía se sostiene, dos mil años después y a pesar de la devastación del lugar. En cambio, el moderno puente de acero que vuestros ingenieros tendieron hace dos años sobre el Muvar, se derrumbó al pasar el primer tren".*

El detractor sentenció ofuscado: *"Fácil es para quien se mantiene inactivo, criticar los defectos del trabajo ajeno".* Replicó: *"Que edifiquen, quienes para edificar fueron hechos. Y nosotros los humanos, construyámonos a nosotros mismos, que para eso fuimos creados".*

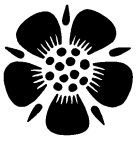
Un hombre corpulento subió al tren. Viendo que no quedaban asientos disponibles, se abalanzó sobre un Sorian, arrojándolo al suelo para ocupar su lugar. El agredido preguntó: *"¿Por qué me expulsas?"* El fortachón rugió: *"¡Calla!, ¿no sabes que soy Campeón Nacional de Lucha?"* El Sorian lo desafió diciendo: *"Si eres fuerte, demuéstralo"*; y le extendió una vara de hierro que llevaba consigo. El hombre musculoso la tomó por sus extremos y la fue venciendo, hasta partirla.

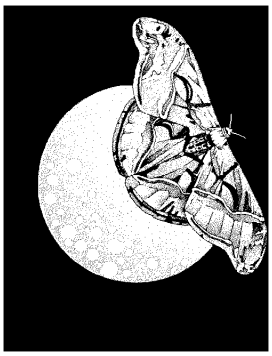
Recibiendo las mitades, el Sorian preguntó: *"¿Sabrás devolverlas a su estado original?"* El Campeón negó. El Sorian acercó una mitad a la otra y las volvió a fundir. Después dijo: *"Si no sabes enderezar lo que arruinas, ¿por qué aduces ser fuerte? Romper cosas, hasta los párvulos lo saben. Mayor poder es necesario para curar y construir. Pero tú, no arruines lo que no sabes reparar"*.

Una mujer encontró a un niño Sorian sentado en el banco de una plaza, cabizbajo y con semblante triste. Dispuesta a consolarlo, le preguntó: *"¿Qué te aflige?"* Le dijo: *"Niños desconocidos me agredieron"*. Antes de pensar en lo que decía, la mujer le espetó: *"Te lo tienes merecido, por misántropo. Pues si no despreciaras a la Humanidad, no tratarías de excluirte, como haces al vestir diferente y hablar una lengua extraña entre tu gente"*.

El niño le clavó sus ojos compungidos durante un lapso prolongado, antes de decirle: *"Si la diferencia denota desprecio, también tú adoleces de misantropía. Pues siendo las personas de este país de cabellos oscuros, tú los llevas rubios"*. Ella replicó: *"Así nací"*. Dijo él: *"También yo, nací como nací"*. Refutó ella: *"Tu excusa no es válida. Pues si quisieras podrías modificar tus modales y actitudes; y no lo haces"*. Insistió él: *"También tú de quererlo, podrías teñir el color de tus cabellos"*.

Y a mí me han dicho: *"No es la diferencia, señal de desprecio. Se puede ser singular, como de hecho cada humano lo es, y respetar a los demás. Demuestra desprecio hacia las personas, quien las agrede. Pero a los violentos, ¿quién les pide rendición de cuentas?"*





Antes del éxodo de los Maëdern de Aleyént, se producían en ella frecuentes ataques contra jóvenes miembros de esa Orden. Hasta que los Rectores se reunieron para buscar una solución. Al final resolvieron: *"Quien debiendo salir a la calle, tema ser golpeado a causa de su identidad, que la disimule".*

Algunos individuos obraron según este consejo. Otros, a los que desprenderse del hábito resultaba más doloroso que cualquier golpe, no. Un joven que optó por 'vestir de paisano', fue reconocido por una pandilla estando solo en la calle. Le gritaron: *"¿Qué viles traiciones estás tramando tú, que te disfrazas para embaucar a los incautos?"* Y le molieron la osamenta a puñetazos.

Dijeron los Sabios: *"Si nos destacamos, porque nos destacamos. Y si nos camuflamos, porque nos camuflamos. Quedémonos pues, como somos. Que más vale recibir agresiones a causa de ello, que procurar parecernos a los violentos".*

Sentada junto a un lago artificial en un Jardín Público, una Trovadora encapuchada tocaba su laúd con parsimonia. Una dama elegante que pasaba, se paró junto a ella y le dijo con jactancia: *"Mira la diferencia existente entre tú y yo: que yo, siendo Primer Violín en la Orquesta Nacional, recibo los aplausos y la admiración del público; recorro el mundo, disfruto de la vida y me adorno con oro y diamantes. En cambio tú, ¿qué obtienes de tu arte?: apenas sí una mísera flor de plata, con que añadir un toque de brillo a tus andrajos".*

La mujer Maëdin se sintió agraviada. Pero calló unos instantes, serenándose antes de responder: *"Mira la diferencia existente entre tú y yo: que tu música no añade ni quita nada a nadie. Y sin embargo, si no te pagan generosamente por ella, la escatimarás. En cambio yo, con mi música sé curar heridas en el hombre, el animal, el vegetal y el mineral. Y donde quiera que el consuelo de mi canto es necesario, lo brindo sin esperar retribución a cambio".*

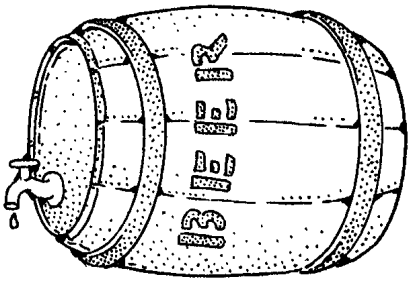
Un detractor preguntó a un Sorian: *"¿Por qué los Maëdern son bien vistos en sus Islas, mientras que vosotros tenéis problemas de aceptación social en vuestras ciudades de residencia? Será, porque al ser menos engreídos, ellos no se hacen tan odiosos"*. Le dijo: *"De ser como tú dices, ¿por qué los Maëdern de Aleia se enfrentan a dificultades similares a las nuestras? Será, porque los Maëdern de Héilenar hablan la lengua de Héilenar. Y como sus compatriotas pueden entender lo que dicen, no viven temiendo complots y traiciones imaginarias"*.

Pero a mí me dijeron: *"La gente de las Islas es pacífica y sencilla, también sin pertenecer a la Orden. Parecida es la situación en el Oeste, donde los Sorien son bien tratados, pese a que entre ellos tampoco hablan el idioma del lugar. Y aquel Sorian no quiso dar esta respuesta al detractor, para no ofenderlo"*.

Cuando la noticia de la admisión de los Últimos Esteparios se supo en Draïr, los Copistas de aquella se ofuscaron. Dijeron: *"A nosotros apartáis a causa de un linaje diluido y remoto. ¿Y a ellos, que de seguro se encuentran más próximos a esa raíz, admitís?"* Les dijeron: *"No somos responsables por los actos de nuestros hermanos de Qwaïnel"*. Replicaron: *"Cierto, pero podríais aprender de su ejemplo positivo"*.

Se reunieron los Decanos y Maestros de Draïr en cónclave, y discutieron el asunto durante tres días. Al cabo de los cuales, les comunicaron su resolución: *"Podremos admitiros, pero imponiendo un cupo máximo; para evitar el abandono masivo de vuestras disciplinas"*.

Ofendidos por no haber sido su Rector invitado a participar del debate, replicaron: *"No queremos limosnas"*; y se quedaron como estaban. Pero cuando los Maëdern de Qwaïnel se desbandaron, muchos buscaron refugio en Draïr. Y sus colegas de aquella los recibieron, nombrándolos Rectores de nuevas Academias. Así fue como, aquellos que así lo quisieron, pudieron acceder al conocimiento profundo sin necesidad de mendigarlo a los Sorien…



En Fandir, topando a un anciano Sorian en medio de la vía pública, un intelectual especialmente insidioso, le preguntó: *"¿Por qué es que vosotros vivís encerrados en vuestras Academias? Será, que rehuís el contacto con la gente común, para no 'contaminaros'".*

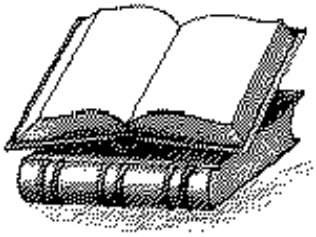
Respondió con parsimonia, preguntando a su vez: *"¿Por qué es que vosotros, los intelectuales, os reunís a intercambiar opiniones en tabernas y cafés, en lugar de hacerlo en vuestras Universidades? Dudo que sea por amor a la bebida... Sino que os embriagáis con la adulación de las personas. Que al escucharos debatir con agudeza en alta voz, exclaman: «¡Ved, qué filósofo brillante!»"*

Tras su captura en Nek Varak y traslado a Aleia, pero antes del retorno forzado de los Sorien Orientales, Deraïneh' Neiroth (mal que le pesase, la 'curiosidad' del momento) fue invitado a un programa de radio. El locutor, orgulloso y entusiasmado, dedicó diez minutos de emisión a enumerar ante el rústico y primitivo joven, los últimos avances de la Ciencia Técnica (la radiodifusión entre ellos).

Al retraído minero no gustó que intentasen impresionarlo. Esperó a que esa eufórica Oda a la Tecnología terminara, para decir: *"Vuestro progreso os ha llegado con quince siglos de retraso"*. Como el locutor no entendió el significado de esa sentencia, el joven explicó: *"Decías recién, que lo que tú y yo estamos hablando aquí, es escuchado en este momento en muchos otros lugares. Es decir, que está siendo transmitido a distancia. Eso mismo hacen los Alumnos de Milie desde hace mil quinientos años. O sea, que os llevó mil quinientos años de investigación y desarrollo, aprender a imitar artificialmente una sola de nuestras técnicas mentales..."*

Un detractor encaró a un Copista, para preguntarle: *"Y ustedes, ¿qué utilidad tienen?"* Semejante pregunta sorprendió al verde encapuchado, que repitió extrañado: *"¿Cómo, que «qué utilidad tenemos»? Si nosotros no transcribiéramos, no habría libros. ¿De dónde obtendrían su ciencia, los aprendices de sabios?"* Se explicó el detractor: *"Cientos y miles de vosotros lleváis decenas de generaciones transcribiendo. A esta altura de los acontecimientos, debéis tener sobreexceso de literatura…"*

Dijo el escribiente: *"¿Entraste alguna vez, en una imprenta? ¿Acaso hallaste a los impresores holgando? Ellos editan en un día, lo que yo en un año. ¡Y no por ello dan la labor por terminada!"*



Los Copistas del Sur de Aïdi estaban desmoralizados. Decían: *"Nosotros garantizamos la fiel transmisión de una ciencia, de la que no disfrutamos"*. Les dijeron: *"Nadie os obliga"*. Aclararon: *"No pretendemos renunciar a nuestra disciplina, ni introducir reformas en nuestras técnicas. Solo quisiéramos recibir de regreso una mínima fracción de lo que damos, para no vivir sumidos en la ignorancia"*. Les dijeron: *"Vuestro reclamo es justo"*.

Se reunieron los Decanos y Maestros de esa remota Sorianir austral y resolvieron que en adelante, los Sabios se turnarían para que, una vez a la semana, los escribientes recibieran en sus Academias, una conferencia de una hora de duración. A un mes de la puesta en marcha del proyecto, quienes lucían desmoralizados eran los Maestros. Se presentaron ante el Decano Mayor, para quejarse: *"Los Copistas se duermen durante nuestras clases"*.

Les dijo: *"Continuad adelante y amenizad las charlas. Que para cada uno de vosotros, no significa más que perder una única hora en medio año. Pero para ellos, significa nuestra mayor prueba de aprecio y reconocimiento. Y si algunos de ellos prefieren aprovechar ese intervalo para descansar de sus fatigas semanales, ¡que duerman pues!"*

Cuando Deraïneh' Neiroth fue entrevistado por radio, se quejó diciendo: *"Yo me paseaba y dormía en lugares salvajes, rodeado de fieras y alimañas; despreocupado y sabedor de que tales criaturas no me dañarían. En cambio, desde que llegué a la civilización no encuentro un minuto libre de sobresaltos. ¿Es posible, que la humanidad sea una amenaza mayor que las fieras, y sus ciudades más peligrosas que desiertos y junglas?"* Objetó el locutor: *"Sucede, que tú y tu gente sois moralistas exigentes y jueces rigurosos".*

El muchacho meneó su cabeza y replicó: *"¿Exigentes?, ¿rigurosos? Yo solo soy un minero, no entiendo nada de eso. Pero sé que en nuestro país, se puede merodear solitario por las noches, sin temor de ser asesinado a la vuelta de la esquina. Y sé que no tenemos cárceles, a falta de maleantes que encerrar".* Objetó su entrevistador: *"Es fácil ser virtuoso, cuando uno nace en un medio en el cual es la norma".*

Dijo: *"Los Sorien tuvimos también otras épocas, en que fuimos minoría dispersa y hostigada. Y no por eso nos permitimos esa falsa indulgencia. Decir que somos rigurosos en demasía, es el modo más cómodo de no aceptar el desafío. Pues nosotros somos gente como cualquiera, y nada de lo que hacemos es imposible para los demás".*

Aduciendo argumentos históricos incuestionables, Aleinir exigió y recibió la mayoría de los Maëdern capturados en Dúar. Al principio, falta de un lugar idóneo donde ubicarlos, los reasentó en forma dispersa. Pero inmediatamente el Gobierno se abocó a construirles un enorme vecindario, adaptado a sus conocidas costumbres edilicias. Al cabo de seis años, ya no quedaba ninguno alejado. Pero incluso estando juntos no estaban aislados, y alcanzaban a recibir los ecos del desprecio y la animadversión generales.

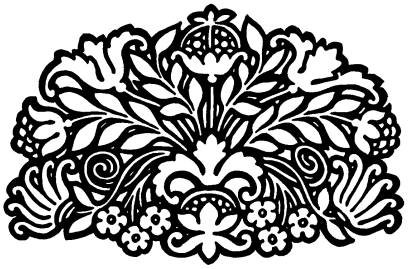
A fin de descongelar esas relaciones, las mujeres Trovadoras idearon una estrategia: formaron una Orquesta y prepararon un concierto para la gente del país. La novedad atrajo a miles de curiosos y el día del debut, el teatro estaba lleno a rebosar.

La maëdica orquesta femenina interpretó música de compositores afamados. Finalizada la audición, el público salió temblando y llorando de emoción. El Director del Teatro se acercó a la Conductora de esa Orquesta, para decirle: *"Nos habéis hecho redescubrir nuestra propia música".*

Desde entonces, se ofrece en Aleyént un concierto similar al año. Y como acuden gentes del mundo entero a presenciar el inusual (y conmovedor) espectáculo, las localidades se agotan con meses de antelación...

Se cuenta que una vez, cuando el Durrexu Elde Lenn eligió un nuevo Administrador Quinquenal, el 'agraciado' de turno respondió a la noticia escapando de la ciudad. Ni cortos ni perezosos, los Sorien locales decidieron 'castigarlo': apresaron a su esposa, a la que obligaron a ocupar las funciones del fugitivo. La treta dio resultado: la angustiada mujer bombardeó a su marido con desesperados pedidos mentales de auxilio, hasta que a aquel no quedó más remedio que regresar y hacerse cargo.

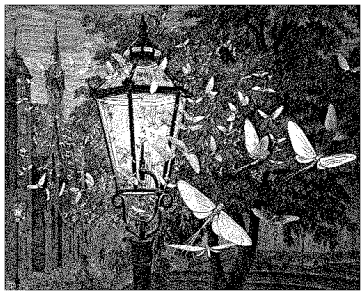
Se dice también, que el mentado terminó siendo uno de los más abnegados y eficientes Administradores con que aquella Comunidad contara jamás. Y que a esos Sorien costó sobremanera atenerse a ***su*** parte del convenio, conteniéndose de imponer al desdichado, la obligación de mantenerse en su puesto durante un lustro adicional.



Cuando Fellel Saïvir regresó al Delta, fue recibido con 'bombos y platillos'. Lo alzaron entre muchos, llevándolo en volandas hasta el vacío Palacio Real. Una vez allí lo sentaron en el trono de plata y esmeraldas, y la multitud aclamó: *"Adelante, Deleri Vereyú: ¡gobierna sobre nosotros!"* El gigante puso cara de espanto y se echó a temblar. Los presentes le imprecaron: *"Entonces, ¡danos un Rey!"*

Fellel paseó su mirada concentrada por la atestada estancia y dictaminó: *"No está aquí"*. Salió pues a recorrer el país, hasta que lo encontró en su extremo Norte. El hombre, que era floricultor, se llamaba Meneyú. Nombre por demás frecuente en las Islas, ya que el Último Rey de Héilanir había sido muy querido y venerado.

A este Meneyú redivivo lo llevaron a la Capital y lo coronaron en medio de grandes festejos. Y dicen que mientras la exaltada multitud cantaba y bailaba de dicha, el joven Rey, sentado en su trono labrado con motivos vegetales, se tomaba la coronada cabeza entre las manos... ¡y lloraba!

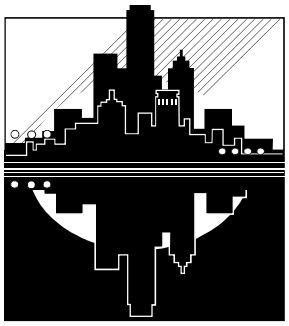


Cuenta la leyenda que en Irienir, antes de la Era Imperial, hubo una niña—genio hija de un rico comerciante, que quería estudiar. Se disfrazaba de mozo y acudía a un maestro de párvulos para que la instruyera. Mientras fue niña, la treta funcionó. Pero al entrar en la pubertad, las nuevas curvas adquiridas por su cuerpo en desarrollo, la delataron.

La condujeron para ser juzgada por el Rey. Sentenció aquel: *"Cabeza de hombre, cuerpo de mujer. Escoge tú, qué es lo que prefieres conservar, y qué habrás de perder"*. La muchacha, que lloraba en silencio, no respondió.

Al final la condenaron a ser enterrada de pie, con solo su cabeza sobresaliendo por sobre la tierra. Vino quien fuera su maestro y se sentó ante ella, amonestándola. Le replicó la joven: *"Calla tus reproches e instrúyeme, que por ese derecho estoy pagando"*. Aquel, conmovido, obedeció.

De esa manera vivió la muchacha sus últimos días. Y dicen que incluso muerta, su rostro sereno lucía una luminosa sonrisa de resignada satisfacción.



Deraïneh' Neiroth abrió su primer discurso diciendo: *"Un hombre caminaba por un páramo, cuando se desató una tormenta. Corrió hacia el único refugio visible. Pero no solo que aquel era pequeño. Además, vino a chocar allí con otro caminante que había corrido como él. No habiendo espacio suficiente para dos, le dijo: «Vete. Yo llegué primero»; y le dio un empellón. El otro respondió con otro tanto. Así, pronto estuvieron revolcándose por el lodo, propinándose mutuos puñetazos.*

"La misma situación, pero en mi país: al encontrarse bajo el minúsculo refugio, uno dirá al otro: «Arrímate más; no vayas a mojarte». Y a fin de ocupar el menor espacio y protegerse mutuamente, terminarán estrechándose en un abrazo.

"Y ahora, decidme: ¿Quiénes obtienen a la larga, el cumplimiento de sus propósitos?" Un asistente quisquilloso objetó: *"¿Quiere decir usted, que yo debería abrazarme a cualquier extraño?"* Replicó: *"O sea que en tu opinión, molerle los huesos a cualquier extraño, ¿**sí** es un correcto proceder?"*

En un pabellón lateral de la Universidad Nacional de Fandir, tienen una Sala de Escribientes. Aquella está hábilmente ambientada como una típica Academia de la Orden. Y en su interior trabajan a diario, una docena de Traductores isleños. Plantel que constantemente se renueva, pues aquellos solo aceptan venir por contratos limitados. A su oficio se dedican, aunque no trasladan literatura Sorian ni Maëdi. Sino libros y documentos antiguos de diversa procedencia que, por algún motivo, la Dirección de esa prestigiosa Casa de Estudios prefiere encomendar a aquellos y no a sus propios Profesores.

Prácticamente desde el día de su arribo, sufrieron agresiones por parte de alumnos airados, que percibían la presencia de encapuchados como una especie de profanación de un reducto sagrado. Los Copistas se quejaron a la Dirección, diciendo que si la situación persistía, se volverían 'a casa'. A fin de evitar el encuentro de los escribientes con el alumnado, se les practicó una salida apartada, y se modificaron sus horarios de entrada y salida.

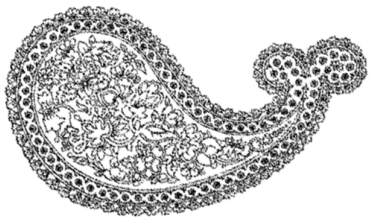
Como la solución solo resolvió el problema parcialmente y los Copistas volvieron a quejarse, alguien propuso una idea novedosa: organizar visitas de grupos estudiantiles a la Sala de Escribientes. Y por extraño que parezca, la idea dio los frutos esperados. La gente se acerca, ve, recibe explicaciones del Maestro Coordinador de Copistas, pregunta y se va satisfecha; entendiendo más y por ende, valorando mejor.

Por eso dicen los Maëdern: *"El secreto consiste en remover la capa exterior de diferencia aparente, para descubrir que en el interior existe una esencia común. Que es, ¡simplemente humana!"*

Existe entre Sorien un fenómeno paradójico: cuanto más poderosos son, más sumisos procuran volverse.

Incapaz de comprender tal habilidad y sus motivos, alguien preguntó a uno de ellos, tras el forzado regreso de aquellos a las ciudades orientales: *"¿Dónde estuvo vuestro tan cacareado poder, a la hora de defender vuestras personas en vuestro país?"*

Le respondió: *"Es que tú no entiendes, que de haber tenido que defendernos, habríamos acabado por arrasar la mitad del mundo. ¿Y qué hacer, si nuestra Orden fue fundada para construir, y no para lo contrario?"*



Es cosa harto sabida, que los isleños son gente sencilla y pacífica. En consecuencia, no hay Historia más insulsa que la de las Islas: sin excesivos sobresaltos o enfrentamientos, ni crisis dignas de mención. Salvo, claro está, el período de dominación Imperial... amén de otra excepción aislada.

Una vez, trescientos años después de la edad imperial, hubo un demagogo que intentó organizar una revolución política y social. Reunía a las multitudes para decirles: *"Como yo mismo hasta hace poco, también vosotros debéis creer con candidez que nos gobierna el Rey. Sabed pues que se trata de una engañosa ilusión. Desde el día de su nacimiento, nuestro Rey fue confiado a educadores Maëdern. Y también actualmente: no mueve un dedo sin consultar a sus cortesanos Maëdern. Y lo mismo nos sucede a nosotros: si deseamos recibir instrucción, no tenemos otra alternativa que acudir a los Maestros Maëdern.*

"En suma, ellos modelan las ideas, tanto de plebeyos como de los reyes. Son por lo tanto, quienes ***realmente*** *detentan el dominio del país y deciden su destino".*

Quizás cueste creerlo; pero sus palabras encontraron un amplio eco entre esa gente que tiende a confundir *'cambio'* con *'progreso'*. Una numerosa multitud ofuscada se manifestó (en forma pacífica pero contundente) ante la Academia Principal, reclamando explicaciones y dimisiones.

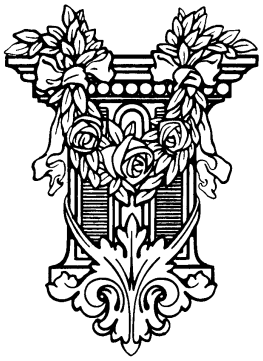
Salió el abucheado Rector General, y respondió diciendo: *"No existe sociedad humana, sin gobierno. Desde los H'aïsien salvajes hasta las grandes potencias, no hay quien carezca de una organización gubernamental y administrativa. La diferencia la hace, la calidad de esos gobiernos y los fines que persiguen. Lamentablemente, lo usual es que los gobernantes velen por el propio interés antes*

que por el de sus naciones. Porque el poder corrompe. Y es muy difícil regir un país sin sentirse su amo, o administrar el erario público sin considerarlo propiedad personal. Por eso, quienes detentan el gobierno pronto se desvirtúan, transformándose en opresores. Y quienes no lo detentan, lo ambicionan y confabulan para obtenerlo.

"A la Unidad gracias, esa no es la situación en nuestras Islas. A nuestro Rey le preocupa antes que nada, el bienestar de sus súbditos; a los que no agobia ni oprime. Y también por eso, confía en la colaboración de la Orden. Pues sabe que, contando con medios para hacerlo, no se enseñorea sobre nadie. Indagad y lo comprobaréis: que no hay colectivo más pobre que nosotros a lo largo y ancho del Delta. Luego; ¿de qué nos acusaréis?: ¿¡de educar!? ¿Acaso hemos inculcado principios torcidos o perversos? ¿Acaso hemos propiciado la injusticia y la opresión? ¿Acaso hemos abusado de ese supuesto dominio nuestro, para expoliar a nuestros vecinos?

"Por lo tanto, sabed: precisamente porque somos una nación pacífica, debemos cuidarnos más que ninguna otra. Pues si permitiéramos que un sujeto ambicioso y corrupto se adueñara del poder, pronto nos hallaríamos sujetos a un régimen tiránico del que no sabríamos desembarazarnos. De modo que, ¡cuidaos!: detrás de ciertos reclamos 'altruistas y justificados', puede ocultarse la perversa intención de usurpar un dominio, que precisamente aquellos que más lo ambicionan, son quienes menos lo merecen".

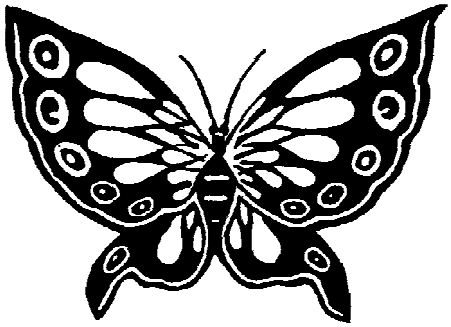
Una fervorosa ovación recibió el fin de este discurso, y así murió el brote de rebeldía antes de llegar a mayores. Pero aquel demagogo incitador fue llamado a comparecer ante el Rey; quien lo expulsó del país, en castigo a su intento de sedición.



Al serme relatada, la anécdota anterior me chocó. Tan visiblemente, que mis amigos Maëdern me preguntaron: *"¿Qué está mal?"* Les dije: *"Entra en conflicto con los principios democráticos en que fui educada".* Como por supuesto, mis buenos Maëdern no entendieron el intraducible término griego, les di un magnífico discurso sobre la Libertad de Expresión, la Soberanía Popular, la División de Poderes, etc., etc.

Me dijeron: *"¿Significa que no existen en tu mundo, regímenes democráticos represores o coercitivos?"* Dije: *"Hay".* Preguntaron: *"¿Quizás no los hay demagógicos y populistas?"* Dije: *"Hay".* Preguntaron: *"¿Tal vez no los hay corruptos o abusivos?"* Dije: *"Hay".* Objetaron: *"Luego, ¿cuál es su ventaja?"* Callé abochornada.

Me dijeron: *"Tú ves, que la diferencia no la hace tanto el sistema, como* ***las personas*** *que ejercen su control. También un Imperio podría ser una fuente de bendición, de hallarse dirigido por gente virtuosa, desinteresada y honesta. Y también tu alabada Democracia puede convertirse en un arma de opresión masiva, si sus dirigentes son perversos y corruptos. Por lo tanto, la solución no pasa por reformar los sistemas. Sino por educar y mejorar* ***a las personas.*** *Pues en definitiva, solo la calidad de éstas hace la diferencia. Pero tú, si no conseguirás gente decente, entonces no les des poder."*



Un Sorian paseandero se topó casualmente, con un ejemplar de *'Los Ocultos Designios...'* expuesto a la venta. Picado en su curiosidad entró en el local, tomó el libro y hojeó al azar.

Leía un párrafo, reía y lloraba. Leía otro párrafo, reía y lloraba. Le preguntó el librero: *"Si ríes, ¿por qué lloras? Y si lloras, ¿por qué ríes?"* Dijo: *"Con fingida seriedad profesional, el autor afirma una increíble sarta de sandeces disparatadas. ¿Cómo no reír? Pero detrás de esas patrañas están el odio, la inquina y la maldad. Ese hombre nos culpa de la noche y del día, por la ausencia y la presencia, y hasta por tomarnos el atrevimiento de respirar. ¿Cómo no habré de llorar?"*

Cuando el anciano Vuraïs Deh'eth Neiroth me hizo la relación de sus fatigas, dos detalles llamaron mi atención: su gratitud retrospectiva hacia el Imperio, y su conocimiento de la olvidada lengua del mismo. Sobre lo segundo, me dijo: *"Muchos Enlaces (y algunos Traductores también) la aprendemos. Puede ser útil para redactar mensajes cifrados. Pero no solo por eso la conservamos. Sino porque nos causaba tristeza pensar, que el recuerdo de una nación extinta se perdiera por completo".*

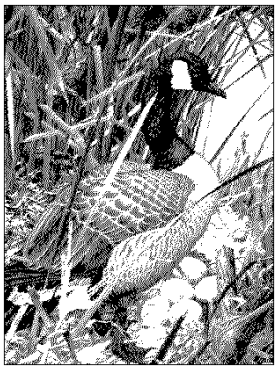
Y pasando del segundo al primer asunto, me explicó: *"No es que de súbito, amemos o añoremos ese Imperio. Sino que los siglos pasaron, y las viejas heridas se cerraron. En cambio, las heridas recientes son frescas y todavía nos duelen. Tal es la naturaleza humana: con la llegada de nuevas desgracias olvidamos las viejas. ¡Y hasta las echamos de menos!"*

Por haber inquirido respecto a los motivos de la exagerada austeridad observada por los integrantes de ambas Órdenes, me fue preguntado: *"Di tú, ¿qué es una ciudad?"* Cité la célebre definición Saïvir: *"Un hábitat artificial, adaptado a las necesidades humanas"*. Volvieron a preguntarme: *"¿Qué es, 'artificial'?"* Dije: *"Que por no existir en la naturaleza, debe ser fabricado"*. Me dijeron: *"Luego, admites que son cosas de las que es posible prescindir."*

No estuve de acuerdo. Insistieron: *"Cierto es que el humano, es el más vulnerable de los seres creados. El problema radica en que, cuantas más soluciones artificiales adoptamos, más nos vamos limitando, acentuando nuestra fragilidad y acrecentando nuestras necesidades. Míralo así: si a mí me arrojaran en una selva sabría vivir en ella, incluso disfrutando mi estadía. Si a ti te sucediera lo mismo, ¿qué pasaría?"* Respondí: *"Supongo que, de no conseguir retornar a la civilización con rapidez, no tardaría mucho en perecer"*. Me dijeron: *"¿Y no es trágico? Piensa: no existe lugar con más abundancia de vida, que una selva. ¿Cómo se puede morir por perderse en ella?"* Dije: *"Falta de conocimiento y adaptación"*.

Me dijeron: *"¡Exacto! Por eso, nosotros nos entrenamos. Pues nos gusta deambular por lugares recónditos y visitar a sus Saïrien. Y si queremos desenvolvernos en esas regiones y disfrutar la experiencia, debemos estar preparados. Cosa que hacemos, reduciendo nuestras necesidades básicas al mínimo. Míralo así: no en cualquier lugar encontraremos un lecho bien tendido para echarnos a dormir. En cambio suelo: ¿dónde nos faltará?"*

Dije: *"¡En el mar!"* Y todos reímos con ganas.



Desde dónde se lo mire, Héilenar es un país interesante. Considérese por ejemplo, su abundante población en contraste con su escasa urbanización. Su Capital no ocupa más que una isla. La mayor del Delta, cierto. Que no por eso deja de ser un territorio limitado, cuyas fronteras hace siglos la ciudad podría haber trascendido. Cosa que hasta el momento, evitó hacer.

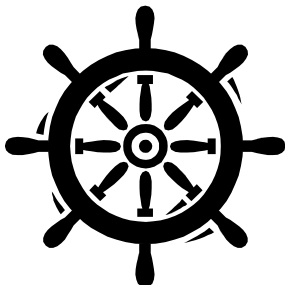
Salvo la llamada 'Capital de Puncó', no hay otras urbes (ni grandes ni pequeñas) en el extenso territorio nacional. Esta última está situada en el Norte del país, y lleva el nombre de sus fundadores. A la sazón: *'Vayedern'*. Esto es: 'Ilustradores'. Pues, tal como su nombre lo indica, la ciudad comenzó a desarrollarse en torno a la Academia (en su momento clandestina) de dicha disciplina que se estableciera allí durante la Era Imperial.

Y se dice que es la Capital de Puncó porque de hecho es la única urbe del mundo próxima al Macizo. Por ello la habitan también, muchos plateros, que trabajan el metal que Audeilé Saïri, su Guardián, les provee en abundancia. Y ellos dicen, que la plata de Puncó es de calidad superior a la de Qwaïda. Yo la vi, y me pareció que viene mezclada en forma natural con platino. Pero no dije nada. Para el caso, sé que a mis buenos Maëdern tal detalle los tendría sin cuidado.

Cuando Maëdi Milie comenzó a reunir adeptos, unos trajeron a otros hasta que el grupo inicial se multiplicó varias veces. Pasado un año eran tan numerosos, que despertaron los temores de la Corona, desconocedora de la naturaleza y propósitos de este incipiente 'movimiento'. Supo Milie y dijo a sus alumnos: *"Preparemos un presente para el Rey"*. Pidieron a Audeilé Saïri la plata y esmeraldas que aquel trajo desde Puncó, y se abocaron a trabajarla. De Fellel Saïvir aprendieron a fundir y labrar el metal, a cortar y pulir las gemas. Con lo cual elaboraron una delicada diadema de argénteas flores con corolas verdes, y hojas plateadas con delgadas nervaduras de esmeraldas. También hicieron un cetro de trepaderas ascendentes, coronado por una Victoria Regia de cien pétalos abiertos. Además de un anillo de sello y un medallón con su cadena, ostentando los símbolos tradicionales de la Casa Real. Pero lo más magnífico fue el trono de media tonelada de peso, fundido en un bloque monolítico de plata maciza. En Héilenar lo llaman 'la Selva Blanca', pues representa las tupidas ramas entrelazadas de las especies de la flora local, cubiertas de hojas, flores, botones y demás. Señorea sobre la cabecera, la emblemática flor del Irupé.

Los trabajos se efectuaron en el Norte del país, y fueron trasladados a su Capital por agua, con la ayuda de Anerlié Saïric. Entonces Milie y sus alumnos presentaron sus obsequios al Rey, diciendo: *"Un presente a nuestro Señor, que tenga larga vida. Y a nuestra patria, a la que hemos venido a traer bendición"*. Y el Rey rió y lloró emocionado. Desde entonces, ésas son las Joyas de la Corona de Héilenar. Porque las anteriores, que se exponen en la Antesala del Palacio, eran de esa madera oscura y tersa tan cara a los ebanistas isleños, quienes la trabajan con primor.

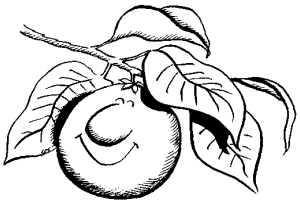
Y el Imperio invasor buscó ese tesoro, cuyo valor era conocido por el Emperador. Más no pudo hallarlo, pues los Maëdern arrojaron al río las 'cositas pequeñas' (corona, cetro, etc.), y enviaron el enorme trono a Puncó; donde permaneció oculto y custodiado hasta que el país recuperó su independencia...



La primera vez que oí hablar de Meneyú (I), tuve un arranque de escepticismo y declaré en alta voz: *"Los reyes buenos que 'habrán de regresar' son creados por la leyenda popular, en aciagos tiempos de malos gobiernos".*

La frase se podría haber considerado ofensiva, pero mis amigos Maëdern no se ofendieron. Sino que meditaron mis palabras, antes de responder: *"Meneyú existió, y fue tal cual se lo describe. Pero es cierto que a los servidores del Imperio molestaba que se recordara e invocara su nombre con tanta frecuencia. Y el mero hecho de que cantásemos sus loas lo consideraban como una especie de 'resistencia pasiva'. Por fortuna y por más que lo intentaron, no consiguieron borrar su memoria...*

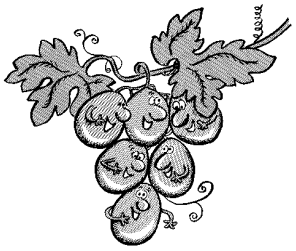
"Pero si quieres una frase hecha, podrías decir que «a los regímenes opresivos y corruptos, no agrada que se conserve el recuerdo de los reyes buenos, ¡ni que se añore su regreso!»"



Una vez que Deraïneh' Neiroth terminó de relatarme la leyenda del Inmortal, medité en ella durante varios días. Volví a su término, para decirle: *"La historia fue interesante, pero me quedó una curiosidad: ¿por qué no me enseñaste lo que pretendías en forma directa, en lugar de recurrir a un cuento tan largo?"*

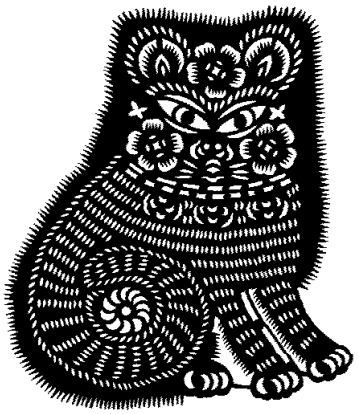
Me dijo: *"Esa es nuestra costumbre al tratar con gente ajena a la Orden. Verás: la experiencia nos ha enseñado que, por lo general, las personas suelen tener sus ideas preconcebidas, prácticamente respecto a cualquier asunto. ¡Pero es imposible que lo sepan todo! Significa que, inevitablemente, gran parte de lo que creen saber, está errado. ¡Pero a nadie le gusta que le refuten sus opiniones! Luego, ¿cómo les enseñaremos?*

"Por eso efectuamos rodeos, narrándoles cuentos aleccionadores. Tras lo cual permitimos que cada cual saque sus propias conclusiones. Entonces y sin percatarse de nuestra intencionada participación en el proceso, descubren sus errores de juicio 'por sí solos' y los rectifican en su fuero interno, sin sentirse 'derrotados' por nadie. A resueltas de esto, terminan defendiendo ***nuestras*** *posturas, aunque considerándolas de autoría propia."*



Es muy difícil sondear a ese Deraïneh' Neiroth. Cada vez que uno lo presiona con intención de conocerlo en mayor profundidad, se esconde tras la trillada excusa: *"¿Qué quieres de mí? ¡Sólo soy un Minero!"* En una de las oportunidades que quiso escabullirse de ese modo, se lo impedí objetando: *"¡Oh, claro! Y Thaïleh' era 'solo un Platero'; y Leveri 'solo un Trovador'; y éste 'solo un Hortelano', y aquel 'solo un Decano Mayor'... Y por supuesto, ¡todos vosotros no sois sino 'solo unos Sorien'! Luego y a vuestro juicio, ¿quién queda que merezca la pena?"*

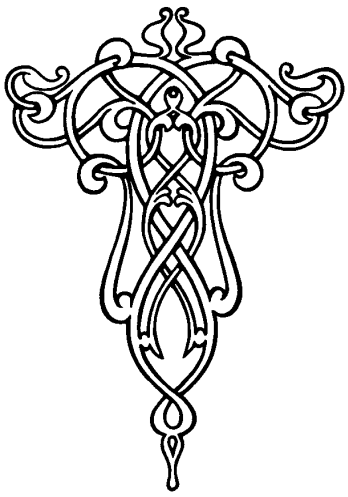
Se sonrojó, y hasta me pareció que un ligero temblor lo sacudió. Después me confesó, sonriendo abochornado: *"Compréndenos: hasta un Copista puede parecer muy sabio, si se lo compara con la gente que merodea por las calles. Pero hallándonos entre nosotros, somos tan conscientes del conocimiento infinito que todavía nos queda por adquirir, que a veces tendemos a subestimar la ciencia que ya hemos atesorado..."*

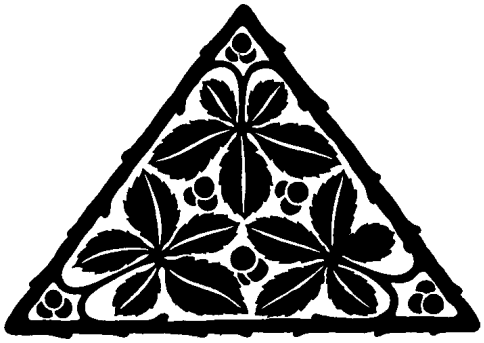


Sucedió en Draïr, como broche de cierre de la llamada Crisis de los Copistas: los Sorien airados se permitieron insinuar, que era jactancia por parte de sus escribientes portar el noble emblema de la Orden, sin ser sabios genuinos. Dijeron: *'Deberían reducir la cantidad de pétalos del medallón, por lo menos a la mitad'.*

La recién llegada Maëdin Alervin Deye les envió responder: *'Añadid una única palabra a lo dicho y modificamos la insignia, pero no como vosotros proponéis. Sino que en lo sucesivo, la flor de plata de cada Copista tendrá tantos pétalos como volúmenes haya memorizado su portador.'*

Huelga decir que el asunto no volvió a ser mencionado, y el statu-quo se mantuvo.



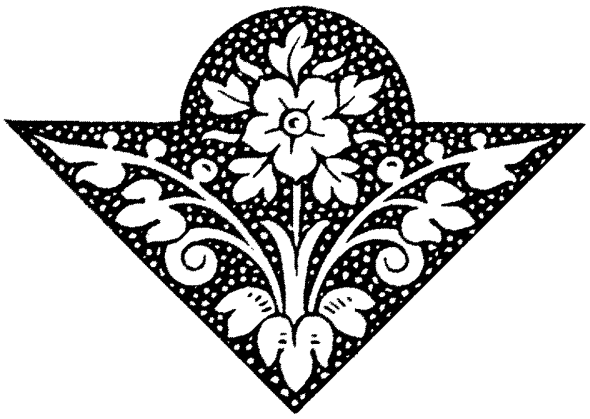


Se dice en el Mileive Láyed:

"Nadie en nuestra Orden, más sublime que el Copista; que poseyendo tan poco, nos brinda tanto.

"Ni nadie más fuerte que el Copista; que habiendo sido combatido con saña, sobrevivió a su enemigo sin oponer violencia a su violencia.

"Para que aprendas a apreciar la genuina nobleza que hay en la entrega, y el poder incontestable que confiere la mansedumbre."

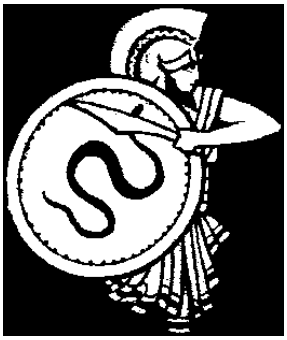


Deraïneh' Neiroth acostumbraba llamar a sus oyentes, *'Personas Buenas que desean hacer Bien'.* Él los estimulaba diciendo:

"El mismo hecho de que asistáis a estas conferencias, demuestra que vuestro deseo se orienta hacia el bien. Objetaréis: '¿A qué se debe entonces, que en ocasiones causemos daño a otros, o cometamos maldades diversas?'

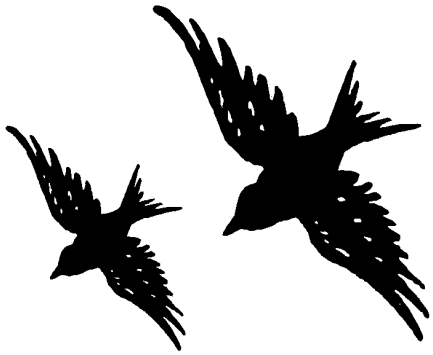
"La respuesta es que ***la violencia es un vicio en el que se reincide por costumbre*** *y por eso, incluso cuando nos volvemos conscientes de lo reprochable de determinada actitud, nos cuesta modificarla. En otras ocasiones, el tropiezo se debe a la ignorancia, o a nuestra falta de sensibilidad.*

"¡Pero a no desesperar! Aunque el trámite demore, todo puede enmendarse con paciencia y empeño. ***Lo principal es estar bien encaminados, y no permitir que la decepción nos arredre."***



Discutiendo sobre el proverbial poderío del extinto Imperio, adujo un togado experto: *"La arrolladora ferocidad en el combate del Ejército Imperial, se debía a que todos los ciudadanos de su Capital se dedicaban pura y exclusivamente al ejercicio de las armas. Mientras que aquellos que salieron a combatirlo, ¿qué eran?: no más que humildes campesinos y pacíficos artesanos que debieron interrumpir sus labores para salir a batallar por vez primera."*

Pero un sabio Sorian respondió: *"No siempre los malos son más fuertes que los buenos. Por el contrario, puede que suceda precisamente lo contrario. La principal diferencia radica en que el malvado no escatima medio alguno, por cruel o macabro que sea, en aras de la obtención de sus propósitos. Mientras que al recto, sus escrúpulos no le permiten imitar ese vil proceder..."*



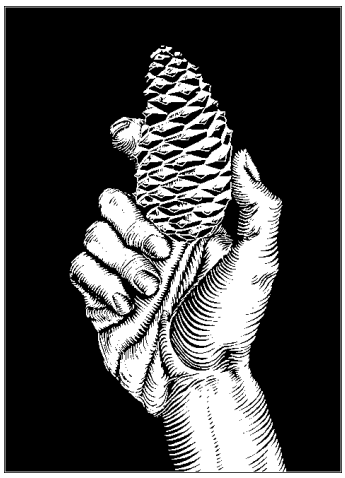
Se cuenta que una vez, un soldado imperial que merodeaba por un bosque topó una joven escribiente. A punto estaba de ultimarla cuando, fijándose en ella, quedó prendado. Echando a un lado sus armas, se arrojó sobre ella y la abrazó suplicando con voz temblorosa: *"¡Ámame!"* Ella lo rechazó, argumentando: *"Tus manos tintas en sangre inocente, me repugnan. ¿Cómo podría amarte?"*

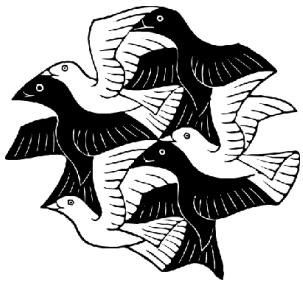
Él se fue, para volver al día siguiente. Dijo: *"Podría haberte denunciado, y no lo hice. Podría matarte, y no lo hago. ¿Necesitas mayor prueba de mi amor?"* Ella replicó: *"Eso no demuestra, sino la intensidad de tu pasión: no quieres arruinar el objeto de tus deseos, antes de haber obtenido la ansiada satisfacción. Pero una vez que hayas conseguido tu propósito, me asesinarás sin miramientos."*

Él se fue, para volver al día siguiente. Dijo: *"Si no me correspondes, me suicidaré por tu causa."* Ella sentenció con desdén: *"Tampoco ésa, será una demostración de amor. Sino de tu estúpido empecinamiento en un capricho insensato."*

Hallando a un Copista dormitando tumbado de costado en un Jardín Público, un detractor lo sacudió para preguntarle: *"Ustedes, no tienen fama de ser los más inteligentes miembros de vuestra Orden, ¿verdad?"*

Aquel, entreabriendo un ojo y con soñolienta calma, respondió: *"En efecto. Si lo fuéramos, exigiríamos por nuestra labor una remuneración ciento o más veces mayor, que nos haría ricos. Y como la gente tonta confunde riqueza con éxito, y éxito con inteligencia seríamos también, más respetados."*



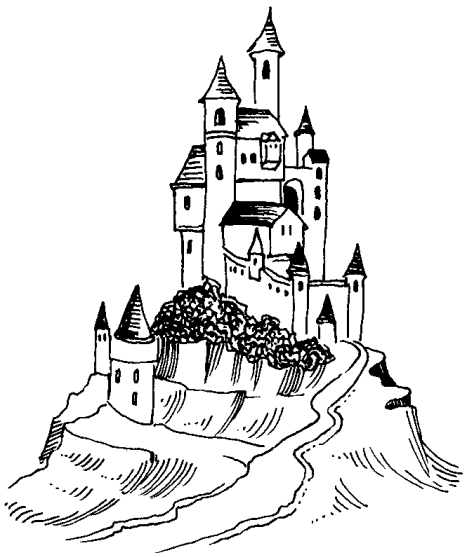


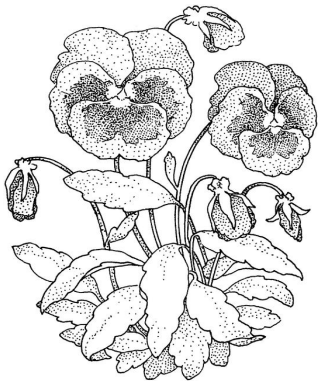
Yo estaba en una Academia, discutiendo aspectos de la historia de la Orden con el Decano. Llegados a cierto episodio, el anciano lamentó diciendo en alta voz: *"Es cierto que podríamos haber sido mejores..."* Oyéndolo, un alumno optimista se apresuró a rebatir: *"¡Pero también podríamos haber sido peores!"*

Al Decano disgustó tanto esa observación, que exclamó exasperado: *"¡Nunca digas eso! Que no se crece mirando hacia abajo. Quien desea progresar, debe proponerse nuevas alturas que superen su estatura actual. Pues la vana autocomplacencia solo sirve para alimentar la soberbia, pero es veneno para el alma."*

Notando en él una peligrosa tendencia a recurrir a los servicios del verdugo, un consejero Sorian dijo a su rey:

"Si te sientes obligado a utilizar tu poder para sostener tu poder; entonces tú no tienes el poder. El poder te tiene a ti."





En cierta ocasión admiraba yo la delicada maestría de los Ebanistas Maëdern, cuando una inquietud cruzó por mi mente. Sentencié: *"Veo que también vosotros taláis. Luego, ¿a qué vienen vuestros sermones sobre el respeto a la Naturaleza, y demás?"*

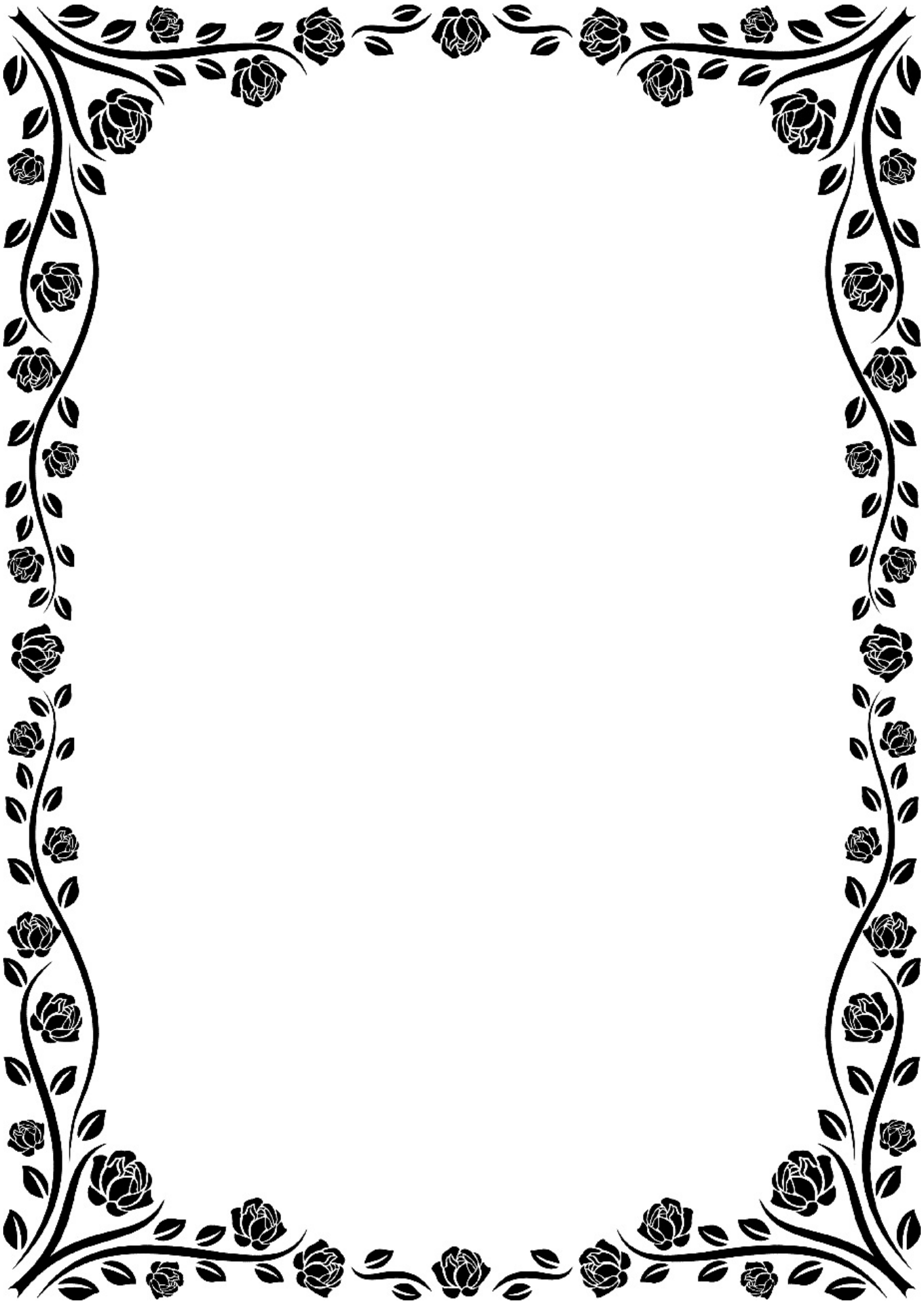
Me respondieron: *"Cierto: talamos si necesitamos madera, y cazamos si necesitamos alimento o calzado. Pues en efecto, las cosas fueron puestas allí para que las utilicemos y disfrutemos. La diferencia está en que podemos tomarlas con prepotencia... o con amabilidad."*

Tras oír el relato íntegro de sus últimas peripecias, pregunté a mis nuevos amigos Maëdern de la Torre Hísel-Minei: *"¿por qué los Sorien acabaron sucumbiendo?"* Se tomaron su tiempo para reflexionar con calma antes de responder acongojados: *"porque un Árbol no puede renegar de su Raíz, ni una Torre puede prescindir de sus Cimientos. La ingratitud recalcitrante estuvo en el origen de su decadencia"*. Asentí con un gesto y pregunté en voz muy baja, con un nudo en la garganta: *"¿volveréis a fundar una Orden Sorian, alguna vez?"* Se hizo un pesado silencio en torno a mí antes de que alguien respondiese en un susurro: *"ya estamos tan dispersos, que nosotros somos ahora la Orden Genérica. No. Ya no habrá otra. ¡Pero conservaremos su memoria!"*

Lloré, pero una Oficial de Seguridad me dijo: *"No lo lamentes. Piensa que tras cerrar un círculo virtuoso se han ido en paz, reconciliados. Pues así como nosotros los trajimos al mundo al principio, ellos nos han devuelto a la vida al final. Y a su modo, ¡han ganado la disputa! ¿Pues a qué mayor preeminencia podían aspirar jamás, que a la de ser honrados como padres?"*

Entre algunos descendientes de los Renacidos está surgiendo una Corriente de Renovación Originalista, muy crítica con sus mayores, que aspira a recuperar las esencias de su Orden en sus días prístinos. Se limitan a las Disciplinas Tradicionales establecidas por Milie y reniegan de las posteriores, relacionadas con la industria. Esto está creando tensiones en la Gran Isla Oriental, y agrias discusiones cuando unos y otros se cruzan en el Club de Draïr durante sus tenidas semanales… como me tocó presenciar.

Al parecer, este Hortelano y un Jefe de Ingenieros venían debatiendo desde antes. Decía el primero: *"…porque enamorados del progreso y cegados por la ganancia, habéis perdido los fundamentos originales de nuestra Orden."* Replicaba el segundo: *"Ya te dije que no. ¡Jamás hemos hecho tal cosa!"* Hortelano: *"Veamos: ¿qué vida preservas tú, si sólo te ocupas de las máquinas!?"* Ingeniero: *"Cierto, me ocupo de las máquinas; pero esas máquinas sustentan la vida de quienes se confían a ellas. Dime tú: si fallan los motores de un navío en altamar, ¿qué sucederá a los que navegan en él?"* Hortelano: *"¿Y quién dijo que deberían navegar?"* Ingeniero: *"¡Hombre terrible! ¿Me estás insinuando que la vida de los marineros no merece ser preservada?"*

El airado debate se interrumpió en este punto… aunque es posible que se reanudase más tarde. ¡Curiosa reedición de la vieja polémica entre Saïrien y Saïvirien! Me intriga saber cómo la resolverán.

Un joven marinero, nieto de "Renacidos" se dijo un día: *"apenas sí conozco mi país, el mar, la línea costera de "La Grieta" y sus puertos vistos desde cubierta. De cómo será el Continente Grande, sus paisajes y gentes, no tengo la menor idea. ¡Pero allí vive la inmensa mayoría de la Humanidad! Mi ignorancia es oceánica…"* Dicho lo cual se tomó vacaciones y salió a recorrer el mundo. Tuvo un viaje muy accidentado, porque algunas fronteras en litigio eran peligrosas, incluso para un Maëdi errante. Pese a lo cual, una vez abatido e identificado, era bien atendido e incluso agasajado por doquier. Descubrió que todas las ciudades del Área Central ansiaban "recuperarlos" *("¡pero si jamás tuvimos una Comunidad aquí!")*; y desde sus autoridades hasta el pueblo llano se deshacían en súplicas al respecto. En una de tantas localidades, debatiendo acerca de las diferencias entre la vieja Orden y las demás naciones, alguien mencionó el delicado problema del incontestable poder Maëdi frente a su inveterada reticencia a servirse de él: *"al final, mejor nos habría ido si nos hubieseis impuesto vuestro dominio. Habríamos tenido un mundo sin guerras, más sabio y más virtuoso"*. Nuestro joven se espantó: *"¿Pero qué decís? ¿Acaso no habéis sufrido en el pasado, el asfixiante yugo de un "Imperio de la Virtud"?"* Sus interlocutores intentaron objetar que un dominio no tenía por qué parecerse al otro, pero él replicó: *"Comprended: la virtud, la bondad, el anhelo de superación personal no se pueden imponer. Si no serán fruto de una elección voluntaria, no prosperarán. Porque la virtud forzada degenera en hipocresía, delación, odio y rencor, socavando los cimientos de la sociedad."*